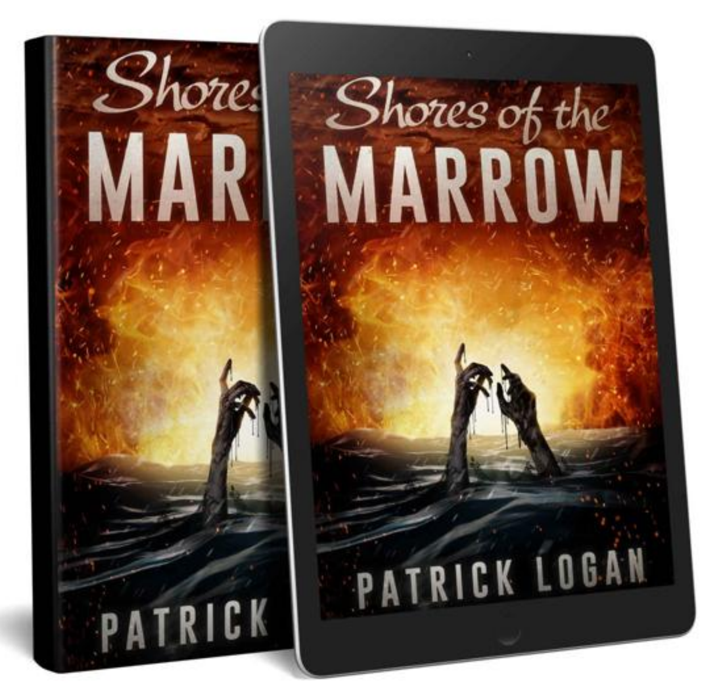
Orillas de la MÉDULA



PATRICK LOGAN


Shores of the
MARROW
PATRICK LOGAN

Orillas de la médula

La serie embrujada

Libro 6

Patrick Logan

Prólogo

"¡No! ¡No podemos dejarla! *¡No!*" Robert gritó con todas sus fuerzas. "*¡Nooooo!*"

Pero los brazos que tiraban de él hacia atrás eran demasiado poderosos, demasiado fuertes, y antes de que se diera cuenta, lo estaban empujando hacia una habitación pequeña y poco iluminada, y luego hacia una escalera. Su mente se llenó de visiones de Bella, mirándole fijamente con sus ojos oscuros saliendo de detrás de su extraño corte de pelo, y de la hoja contra la suave piel blanca de Shelly.

La tienen... y tienen a mi bebé.

El pensamiento, la constatación, fue como un picahielo que le golpeara directamente en el centro de la frente.

Unas manos invisibles lo empujaron hacia arriba, hacia una especie de conducto de ventilación, pero Robert apenas percibió estos hechos. En cambio, su mente fracturada estaba reproduciendo una serie de imágenes -la cara sonriente de Bella, el miedo reflejado en la de Shelly- en algo parecido a una animación stop-motion.

Vio a su padre, Leland Black, La Cabra, y observó cómo la bestia alada salía del enorme agujero en el centro del pecho de Sean Sommer como si se tratara de una especie de parto bastardo.

Está aquí... Carson finalmente trajo a Leland de vuelta de la Médula. La Cabra estaba aquí.

"¡No!" Robert volvió a gritar, pero esta vez una mano asquerosa le rodeó la boca, amortiguándolo.

"Sigue moviéndote", ordenó el agente Cherry, empujándole aún más fuerte.

Una parte de su mente se dio cuenta de que ya había estado una vez en este conducto de ventilación, sólo que entonces no había sido un agente del FBI borracho el que le había empujado, sino un Sean Sommers mucho más joven.

Sean... el hombre que le había devuelto al redil aquella noche mortal y lluviosa. El hombre que no podía dejarlo en paz, que no podía permitirle vivir una vida normal. Sean, que ahora estaba muerto; su quiddidad le había sido arrebatada por su madre, la vasija hecha jirones que una vez había albergado al anciano destrozada por su padre.

Las lágrimas corrían por su rostro, y Robert no podía evitar pensar que *todo* había desaparecido, que se lo habían robado.

Destruido.

Primero Amy y Wendy, luego Shelly y su hijo nonato. Todo arrancado de su alcance.

Su vida, su mente, su cordura.

En algún lugar lejano, Robert sintió que bajaban su cuerpo por una escalera y lo introducían en una pequeña habitación. El aire que le rodeaba seguía vibrando con aquella horrible energía eléctrica, y la tierra temblaba ligeramente, pero Robert no podía decir si se trataba sólo de su cuerpo temblando o si el propio suelo se estaba moviendo.

"Por aquí", ordenó una voz ronca, y un gran filtro de aire se despegó de la pared, revelando un oscuro túnel excavado en la piedra.

Robert vaciló mientras contemplaba aquel túnel de tierra. El olor rancio de la tierra húmeda invadió sus fosas nasales, y le recordó el aroma salobre y ácido del mar, de su breve estancia en la prisión de Seaforth.

Debes mantener el control, le dijo de repente una voz dentro de su cabeza. *Tienes que mantener la calma.*

Era Helen.

Robert, por el bien de ambos, y por el bien de Shelly y tu hijo, no puedes dejar que la oscuridad se apodere de ti.

Pero a pesar de la súplica, Robert sintió que su visión se estrechaba.

Una mano se posó suavemente en su hombro, sacándole momentáneamente del borde del abismo.

Se volvió y clavó los ojos en la capa que su madre utilizaba para cubrirse. Aunque Robert no podía verle los ojos, sabía que le estaba mirando.

Dentro de él.

"Robert, por favor", fue todo lo que dijo.

Haciendo acopio de lo último de su voluntad, Robert se adentró en el túnel y echó a correr.

Los demás le siguieron.

***

El túnel se abría en la ladera de una colina que dominaba el orfanato del Sagrado Corazón. Mientras Robert contemplaba el edificio, la luz seguía brotando de cada una de las docenas de ventanas, y un gran haz de luz salía disparado del tejado y se extendía hacia el cielo.

Eran siete en aquella colina, con los rostros sucios y horrorizados: Robert, Cal, la agente Cherry, la Capa y el más joven de los dos detectives, Hugh. También estaba Aiden, que había subido la colina para unirse a ellos.

Su cuerpo había adquirido más textura, y Robert se dio cuenta de que ya no era capaz de ver a través del hombre como antes.

Algo malo estaba pasando aquí, algo terrible.

Y ninguno de ellos podía hacer nada para impedirlo.

La Cabra está aquí...

El viento subía por la ladera y hacía que sus cabellos mugrientos se arremolinaran en torno a sus rostros manchados de suciedad.

Nadie dijo nada durante una eternidad.

Finalmente, fue Hugh quien habló.

"¿Qué ha sido eso?", susurró.

La única respuesta procedía del propio cielo: espumeaba locamente, las nubes se arrastraban unas sobre otras como cigarras atrapadas en un tarro de albañil. Por un instante, Robert pensó que los propios cielos se rasgarían y que la quididad se derramaría, llenando este mundo con su locura, con su maldad.

Pero justo cuando la danza de las nubes alcanzaba su punto álgido, la luz se apagó y su iluminación quedó reducida a la tonalidad azulada de una luna creciente.

La Capa se quitó la pesada capucha de la cabeza, mostrando su rostro lleno de cicatrices.

Robert se sintió atraído por el buen ojo de su madre.

El aspecto de Cloe era quizá aún más horripilante que el de la criatura que había visto salir de la Médula, pero no le repugnaba.

En cambio, sintió una punzada de tristeza en la boca del estómago.

No era el único que había perdido durante esta batalla.

Y algunos de ellos habían sufrido durante mucho más tiempo que él.

Cloe tenía dos hijos, dos chicos que habían sido atraídos a lados opuestos de esta batalla entre el bien y el mal, entre lo que era correcto y lo que era decididamente malo.

Atrapado en el extraño y místico mar entre la vida y la muerte.

Con un suspiro estremecedor, Robert apartó los ojos del rostro lleno de cicatrices de su madre y miró a Cal, que tenía la mirada fija en el Orfanato, con las mejillas húmedas de lágrimas. Luego miró a Hugh, que parecía tan confuso como asustado, y después al agente Cherry. El pelo rubio del hombre estaba húmedo de sudor y su boca era una fina línea.

Aiden tenía la misma cara de piedra, pero sus ojos... había una oscuridad en sus ojos que hizo temblar a Robert.

Sí, todos habían perdido algo en esta batalla.

Un horrible gruñido, un profundo sonido retumbante que hacía sonar las muelas y nublaba la vista, llenó la noche, pareciendo *convertirse* de algún modo en él. Era un sonido que Robert sabía que sólo podía haber sido emitido por una entidad, y sintió que todo su cuerpo se entumecía.

Tras este aullido, Chloe Black habló por fin, con su voz grave arrancada de su garganta por el viento.

"Necesitamos movernos... no es seguro aquí. Todavía tenemos

trabajo que hacer. Esto... esto es sólo el principio".

PARTE I - El aroma de los tuétanos

Capítulo 1

HACE VEINTICINCO AÑOS

Callum Godfrey se subió los vaqueros y luego aspiró la tripa antes de subirse el botón. Cuando se relajó, su vientre se desplomó sobre la cintura, y el duro material se le clavó en la piel. Se bajó la camiseta blanca, metiéndosela primero por delante, y luego se giró de lado para mirarse en el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta.

Hizo una mueca de asco al verlo y volvió a sacarlo, dejándolo colgar sin apretar.

Mucho mejor, pensó.

"¡Cal, baja y desayuna! Vas a llegar tarde a la escuela".

Cal se miró una vez más en el espejo, se alisó el pelo oscuro, que inmediatamente volvió a ser casi igual que antes, y abrió la puerta de su dormitorio.

"¡Ya voy!", gritó, subiendo las escaleras de dos en dos. Llegó al rellano y vio a su madre de pie, con la bolsa del almuerzo en la mano. "Gracias", dijo, mientras la cogía.

"¿Y el desayuno?", gritó su padre desde la cocina.

Cal miró por encima del hombro hacia la cocina. David Godfrey, vestido con su habitual camisa de vestir blanca y sus pantalones azules, le miraba por encima de las gafas que tenía bajadas sobre el puente de la nariz.

"No tengo hambre", se limitó a decir Cal. Los ojos de su padre se desviaron hacia la camisa de Cal, que estaba desabrochada y, por tanto, en contra del código de vestimenta del colegio, tan rápidamente que no creyó que Cal se diera cuenta.

Pero Cal se dio cuenta.

"No tengo hambre", repitió, intentando no fruncir el ceño.

"De acuerdo, hijo. Que tengas un buen día en la escuela".

Cal asintió y se volvió hacia su madre. Ella se inclinó y él le dio un rápido beso en la mejilla, y puso los ojos en blanco.

"Adiós, mamá."

Cal se apresuró a salir de casa justo a tiempo para ver el autobús escolar amarillo alejarse de la acera. Para guardar las apariencias, lo persiguió, pero su esfuerzo fue, en el mejor de los casos, fabricado. Cuando dobló la esquina y perdió de vista a su madre, que sabía que lo había estado observando desde la puerta principal de su casa, se detuvo y miró a su alrededor en busca de sus amigos.

Dos chicos y una chica aparecen con una sonrisa en la cara.

"¡Cally!", gritó el más alto de los dos, levantando la mano. Cal le chocó la mano y luego hizo lo mismo con el otro chico.

"Hey Brent, Hank."

La chica también levantó la mano, pero cuando Cal fue a chocar los cinco con ella, le quitó un poco de mostaza a la palmada, y esto de alguna manera sirvió para que fuera un movimiento menos coordinado.

En lugar de oír el satisfactorio *golpe* de la palma de la mano contra la otra, Cal no acertó con su mano, mucho más pequeña, y se golpeó contra su hombro. Cal empezó a sonrojarse de inmediato.

"Lo siento", refunfuñó. "'Sup Stacey."

Stacey sonrió ampliamente.

"Hola Cal. ¿Has vuelto a perder el autobús hoy?"

Cal se rió entre dientes.

Accidentalmente a propósito.

Hank, que era casi medio metro más alto que todos ellos, pero al que Cal seguía echando al menos cuarenta kilos encima, miró nervioso a su alrededor antes de sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo.

"¿Quién quiere uno?", preguntó, sacando uno para él.

Stacey negó con la cabeza, pero Brent estaba ansioso. Echó la cabeza a un lado, apartándose el desgreñado pelo rubio de la cara, y cogió una.

Hank levantó los ojos hacia los de Cal.

"¿Y tú?", preguntó, tendiendo el paquete.

Cal escrutó los ojos oscuros de Hank ocultos tras unas gruesas gafas, luego los de Brent y, por último, los de Stacey.

"No... no, estoy bien. La Sra. Johnson es un halcón para esa mierda. La semana pasada dijo que Tom Tricker olía a humo y lo mandó directo a la oficina. Dijo que hacía dos días que no fumaba un cigarrillo, e incluso entonces, sólo habían sido una o dos caladas."

Brent negó con la cabeza.

"No hacía dos días que había fumado, fue esa mañana temprano; lo sé, porque era mi humo".

Cal se encogió de hombros.

"Lo que sea, pero no quiero que vuelva a llamar a mi madre. Se va a cagar".

"No importa, porque ni siquiera vamos a la escuela hoy, ¿verdad, chicos?" Hank dijo con una sonrisa.

Acercó aún más la mochila a Cal.

¿No vas hoy?

Los pensamientos de Cal se volvieron hacia su madre, hacia la bolsa marrón del almuerzo que ella le había dado y que él aún sujetaba en una mano repentinamente sudorosa.

"No, no vamos", confirmó Stacey. "Vamos a ir al Pit otra vez. Brent consiguió algo de whisky del armario de su padre".

Cal miró a Brent, que desde entonces se había bajado la mochila de

un hombro y procedió a tirar de la cremallera unos centímetros hacia atrás. Cal se inclinó y miró dentro. Efectivamente, vio el reflejo de una botella en su interior.

Se mordió el interior del labio y estaba a punto de protestar cuando Hank le empujó los cigarrillos contra el estómago.

Con la camisa tan suelta, Hank calculó mal la distancia entre ellos y la mochila se arrugó al chocar contra su vientre.

Cal volvió a sonrojarse y cogió el paquete de la mano de su amigo.

"Qué coño", dijo, "¿por qué no?".

A Cal le gustaba la escuela, pero le gustaba más Stacey Mclernon.

El Foso es...

Capítulo 2

"Mis padres son cuadrados como la mierda, ya lo sabes."

"Espera, ¿tu mierda es cuadrada?" dijo Hank con una risita. Se llevó la botella a los labios. "Deberías hacértelo mirar".

Cal frunció el ceño y dio una calada a su cigarrillo. Era casi mediodía y empezaba a tener hambre, lo que le irritaba.

"No, lo que quiero decir es que son condenadamente aburridos. Quiero decir, son geniales y todo eso. Pero *aburridos*".

Mientras hablaba, los ojos de Cal se dirigieron a La Fosa, recorriendo con la mirada el borde del cuenco. Sabía que había sido una gravera en activo, pero hacía tiempo que estaba abandonada. Cuando eran más jóvenes, con nueve y diez años en lugar de quince, los tres solían correr desde el fondo hasta la cima, esprintando los cuarenta metros, en un ángulo de nada menos que setenta grados, hasta que se desplomaban en el camino de tierra, con el pecho agitado y el sudor cayéndoles por las mejillas.

Ahora, sólo les gustaba mirar el lugar que llamaban cariñosamente El Foso y pensar.

Y hablar.

Y beber, fumar, lo que sea.

"Todos los padres son aburridos", ofreció Stacey, cogiendo la botella de Hank. "Su trabajo es ser aburridos".

Cal se encogió de hombros. Aburrido estaba bien, incluso era normal. ¿Pero *aburrido*? Con B mayúscula. Eso era lo peor.

"Supongo."

Durante los minutos siguientes, se pasaron la botella en silencio. Cal empezaba a sentirse mareado, aunque no estaba seguro de si era por el alcohol o por los cigarrillos.

O simplemente porque tiene hambre.

"¿Alguna vez pensáis en lo que haremos dentro de diez años? ¿Dentro de veinte? Quiero decir, esto", Hank agitó la botella e indicó la gravera con la barbilla. "es genial, pero ¿seguiremos viniendo aquí cuando también seamos aburridos? ¿Cuando tengamos nuestros propios hijos?"

Aquel comentario tan previsor no era propio de Hank, de modo que Cal tuvo que hacer un doble gesto para asegurarse de que no era Brent quien había formulado la pregunta. Mientras lo observaba, Hank arrugó la nariz y volvió a colocarse las gafas donde debían estar.

No, había sido Hank, y el chico parecía estar realmente pensando en *ello*.

Sobre envejecer.

Para Cal, la respuesta era fácil: si seguía en Mooreshead, Carolina del Sur, cuando fuera adulto, entonces había suspendido.

Quería irse, simple y llanamente.

Porque Mooreshead, como sus padres, era demasiado aburrido para él.

Pero Cal se guardó este pequeño detalle. En lugar de eso, dijo: "Sí, creo que sí. Quiero decir, este lugar es genial, así que ¿por qué coño no?"

"Hemos pasado buenos momentos aquí", dijo Brent en voz baja. "¿Recuerdan cuando trajimos a Trevor aquí? ¿Hace como seis meses?"

Cal se rió entre dientes.

Claro que se acordaba. Cómo iba a olvidar cómo le había dolido el estómago, primero por las risas y luego por el puñetazo de Trevor.

"Sí, dio una vuelta completa por el lado del foso", respondió Hank con una risita. "Cayó hasta el fondo. Y tú, Cal, no puedo creer que fueras tú quien lo engañó para que caminara de espaldas hacia el borde".

"¿Por qué? Puedo ser..."

"Porque eres un marica", dijo Hank, riendo de nuevo. "Y cuando Trevor te golpeó, pensé que ibas a llorar".

Cal dejó de reír.

"Vete a la mierda, no iba a llorar. Me estaba riendo demasiado, si no, le habría devuelto el golpe".

Hank puso los ojos en blanco, pero Cal no se dio cuenta. Su atención estaba centrada en Stacey, que miraba fijamente hacia el lado de la gravera, claramente desinteresada por el concurso de meadas de los chicos.

"¿Tú? ¿Enfrentarte a Trever? No lo creo."

Cal sintió que la cara se le ponía roja y apartó la mirada, distrayéndose con una calada de su cigarrillo.

Inhaló demasiado rápido y tosió.

"Como quieras", dijo después de que se le pasara la irritación de la garganta.

"Espero que volvamos aquí algún día", dijo Stacey al fin. "Un día, cuando seamos viejos, pero no aburridos. Cuando el mundo haya cambiado".

Cal frunció el ceño al contemplar su perfil, maravillado por la suavidad de su piel.

Aunque no tenía el mismo problema de acné que Hank, la piel de Cal siempre le parecía un poco grumosa al tacto. La de Stacey, en cambio, era tan suave como una piedra desgastada por el mar.

Cuando el mundo ha cambiado.

Eso, por supuesto, era lo que la señora Johnson llamaba una

suposición. Y con la imagen de su madre tendiéndole el almuerzo, su padre diciéndole que se metiera la camisa por dentro, grabada a fuego en su mente, Cal la consideró una suposición audaz.

No estaba seguro de que el mundo fuera a cambiar. E incluso si lo hacía, no había razón para creer que se convertiría en algo más que *aburrido*.

Aburrido, con B mayúscula. De la peor clase.

Capítulo 3

"Oigan, ¿saben por qué cerraron The Pit?" Hank preguntó de repente.

Tanto Cal como Brent negaron con la cabeza.

"Otra vez no", murmuró Stacey.

Estaban tumbados boca arriba mirando hacia arriba, sintiendo los efectos del whisky que casi se habían terminado. A Cal le pesaban los párpados y estaba ligeramente hipnotizado por la forma en que las nubes vagaban sin cesar por su visión. Volvía a sentirse como un niño, imaginando criaturas de ficción ocultas en sus esponjosas formas.

"Vamos, Stace. Sabes que es verdad", continuó Hank. "Mi hermanastro Matt me dijo que su amigo solía trabajar aquí, en The Pit, antes del accidente".

Cal levantó las orejas y apartó los ojos de las nubes para mirar a su amigo.

"¿Accidente? ¿Qué accidente?"

Stacey gimió.

"No caigas en la trampa, Cal. Es sólo una estupidez..."

"No, no es estúpido, es verdad. Mi hermanastro..."

Stacey se dio la vuelta y se apoyó en los codos, y Cal no pudo evitar echarle un vistazo por dentro de la camisa. El corazón le dio un vuelco cuando vislumbró la parte superior de sus pechos, pequeños y firmes.

"¿El mismo hermanastro que está drogado como el noventa por ciento del tiempo? ¿Ese hermanastro?"

Hank sonrió.

"Sí, esa es. Pero jura que es una historia real".

Stacey se dio la vuelta y volvió a tumbarse en la hierba.

"Una fuente muy fiable, Hank."

Cal, despertando su interés, se incorporó.

"¿Qué historia? ¿Qué accidente?"

Le sorprendió que durante los quince años que había vivido en Mooreshead, y dado que llevaba acudiendo a The Pit casi una década, nunca hubiera oído nada sobre un "accidente".

Fue Hank quien encontró el lugar por primera vez. Entonces tenía nueve años y nunca quedó claro qué había estado haciendo para tropezar con él, pero tropezó. De hecho, había caído dentro. Pero en lugar de enfadarse, se había apresurado a buscar a Cal y contarle el lugar secreto que había descubierto.

En aquel entonces, habían tenido que atravesar la granja del Sr. Willingham y el pequeño bosque que bordeaba su terreno para llegar a La Fosa. Ahora era más fácil, ya que el señor Willingham se aburría tanto que un par de años atrás se había metido en la boca el extremo

del cañón de una escopeta, y ya no se sentían como intrusos vagabundos.

Cal había preguntado varias veces a su padre por el lugar, pero aparte de un *"oh, vaya, no lo sé, Callum. Podría ser peligroso, probablemente deberías mantenerte alejado de ese lugar"*, o algo parecido, David Godfrey no había ofrecido nada sustancial.

Con el tiempo, Cal supuso que su padre se había olvidado de ello, lo que le daba igual. Después de todo, éste era su lugar para escaparse, para ser libres.

Aun así, le perturbaba que su padre nunca hubiera mencionado nada sobre un "accidente".

Hank se lamió los labios y sonrió satisfecho. La disensión de Stacey no le había disuadido de contar la historia. En todo caso, le había animado. Lo único que a Hank le gustaba más que robar y fumar los cigarrillos du Maurier de su madre era contar historias.

"Bueno", empezó, "antes de contarte lo del accidente, creo que es mejor que empiece por el principio".

Cal puso los ojos en blanco. A Hank no sólo le gustaba contar historias, sino que tenía predilección por contar historias *largas*. Historias largas y farragosas.

Y sabía que ésta estaba destinada a ser una de ellas.

"Todo empezó hace años, quizá veinte, veinticinco años, los registros no son tan claros...".

Stacey se burló de la palabra "discos", pero Hank la ignoró.

"En fin, por aquel entonces el alcalde, Steven Partridge, consiguió convencer a unos promotores para que extrajeran grava de aquí mismo, de Mooreshead. El Estado estaba ampliando la red de autopistas de Carolina del Sur, concretamente la interestatal 26, creo, y necesitaban una gran cantidad de grava para hacerlo. Mooreshead no era la primera opción, ni siquiera la quinta. Demasiado húmedo, o algo así. Pero el caso es que Steven Partridge estaba decidido. Por aquel entonces Mooreshead no era tan próspero como ahora".

Incluso Hank tuvo que reírse de esto. Si Estados Unidos estuviera representado por una pelota de tenis, Mooreshead no tendría ni un pelo verde. Tenía un instituto, un parque de bomberos, cuatro bancos y una población temerosa de Dios de poco menos de doce mil habitantes. Nada en Mooreshead gritaba *prosperidad*.

"Sí, lo sé, puedo verlo en tu cara. Pero tienes que recordar que esto fue hace tiempo, hace veinticinco años más o menos. Los tiempos eran diferentes, entonces. Más duros. Sin dinero, sin trabajo. Por eso Steven Partridge luchó tanto para conseguir el contrato aquí, a pesar de que era ridículo pensar que habría suficiente grava, estando Mooreshead tan cerca de los pantanos. Hay otra historia mucho más larga sobre lo que Steven tuvo que hacer para conseguir este contrato, pero esa es

otra historia para otro día".

Hank se estremeció visiblemente y Cal tomó nota mental de preguntarle a su amigo sobre esta historia en otro momento.

"De todos modos, Mooreshead consiguió el contrato, y entonces las cosas empezaron a cambiar, casi inmediatamente".

"¿Cómo?" preguntó Cal. Por alguna razón, el corazón le latía con fuerza en el pecho y la fuga que le había provocado el alcohol se había desvanecido. Se acercó y bebió otro trago de whisky barato, haciendo una mueca de ardor que le llegó hasta el estómago.

"Bueno, para empezar, Steven fue anunciado como un héroe. Caballero, casi. Consiguió todo lo que podía desear, porque la gente del pueblo por fin tenía trabajo. El trabajo significaba dinero, y el dinero significaba comida y entretenimiento. Supervivencia. De todos modos, el pueblo floreció. Realmente, no era como es ahora; para los años setenta, estaba en auge. Las putas Vegas, nena. Pero no todos estaban contentos con el cambio. La iglesia, por ejemplo, no era fan de los clubes de striptease, bares y salas de juego que se abrieron tan pronto como el Pit comenzó a funcionar. Mierda, ustedes saben que la iglesia..." Hank dejó escapar la frase. Había cosas que no se podían decir, ni siquiera aquí, en su santuario. "Digamos que estas dos *ideas* de Mooreshead empezaron a chocar. El propio Steven se convirtió en el principal objetivo de la iglesia, dado que a menudo se le veía en los burdeles, o borracho como una cuba. Pero aquí está la cosa: él podía hacer lo que quisiera. Mientras la mina se mantuviera abierta, y hubiera trabajo, iba a ser reelegido, sin importar lo que la iglesia dijera al respecto".

Hank se acercó a Cal, le cogió la botella y bebió con avidez. Luego se tomó su tiempo para encender un cigarrillo, antes de recostar la cabeza en la hierba y continuar.

"Había un sacerdote en ese entonces, un hombre llamado Padre McCabe. ¿Conoces al Padre Link de la capilla de la escuela?"

Cal asintió, recordando al joven amable que siempre vestía el mismo par de vaqueros desteñidos con su cuello blanco y camisa negra. El hombre era amable, divertido, más relajado que cualquier pastor con el que hubiera estado en contacto.

"Bueno, el padre McCabe era todo lo contrario al padre Link. Y el padre McCabe iba a por el alcalde, algunos dirían que a cualquier precio. Pero ni siquiera el padre McCabe era lo bastante poderoso para detener al alcalde, al menos no todavía. No hasta que... no hasta que los hombres empezaron a cavar más profundo, y más profundo, hasta que encontraron algo en la Fosa, algo viejo, algo hecho por el hombre. Ahí, queridos amigos, fue cuando empezaron los verdaderos problemas".

Capítulo 4

"Tengo que mear", dijo Hank de repente, poniéndose en pie.

"Espera, ¿qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué han encontrado?"

"Para el carro, Cal. Déjame mear primero".

Cal se quedó mirando mientras Hank empezaba a caminar hacia un grupo de árboles a una docena de metros de donde estaba sentado.

"¡Joder, vamos!"

"Siempre lo cuenta así", dijo Stacey en voz baja, llamando su atención. Seguía tumbada boca arriba, con los ojos cerrados. A él le gustaba así; de este modo podía observarla sin arriesgarse a ser descubierto.

"¿Cómo? De qué manera".

"Deja a medias la historia. Te hace esperar. Y luego cuenta la parte estúpida".

"¿Parte estúpida?"

Stacey abrió los ojos, giró la cabeza y entornó los ojos para mirarle bajo el sol abrasador. Cal le había estado mirando la parte delantera de la camisa mientras hablaba y rápidamente levantó los ojos para mirarla a la cara. Intentó luchar contra el color que subía a sus mejillas, pero perdió. Pero Stacey no pareció darse cuenta, o si lo hizo, no le importó.

O tal vez le gustaba, pensó Cal. No era una idea tan descabellada, ¿verdad? Después de todo, Stacey era guapa. No hermosa, no, pero casi.

¿Cal, Hank y Brent, por otro lado? Eran normales en el mejor de los casos. Tal vez salía con ellos por la atención que recibía.

"Sí, ahora se pone muy tonto", dijo Stacey con aire de aburrimiento. "Lo busqué, ya sabes. Fui a la biblioteca. No pude averiguar nada, excepto que *había* un alcalde, Steven Partridge. ¿Pero este padre McCabe? Sin antecedentes".

Volvió a girar la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos.

"Por eso digo tonterías. De todos modos, ya lo verás."

Cal se mordió el interior del labio y se dirigió a Brent, que estaba a su izquierda.

"¿Qué te parece, Brent?" Cuando el chico no contestó, Cal se volvió hacia él y se sorprendió al ver que estaba durmiendo. "¿Brent? Brent, despierta de una puta vez".

Los ojos de Brent se abrieron de golpe y una mirada confusa cruzó su rostro.

"¿Qué? ¿Qué ha pasado?", preguntó aturdido.

Hank se rió entre dientes.

"No pasó nada", dijo al volver de vaciar su vejiga. "Excepto que tal

vez tuviste un sueño húmedo".

"Vete a la mierda, sólo estaba dormitando. Es tu aburrida historia la que me lo hizo, de todos modos."

Hank se rió y se sentó en la hierba.

"Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Qué golpearon las máquinas?" Cal exigió.

Hank encendió otro cigarrillo y le dio varias caladas largas y lentas antes de levantar por fin los ojos para encontrarse con los de Cal.

"¿De verdad quieres saberlo, Cal? Quiero decir, una vez que oigas esto, no podrás desoírlo".

Cal puso los ojos en blanco y Brent gimió.

"Dímelo de una puta vez".

Hank tenía un brillo en los ojos cuando habló a continuación.

"Bueno, déjame primero preparar la escena..."

***

"Pasaron dos años desde que empezaron a excavar, y el pueblo estaba floreciendo. Pero no podía durar, todo el mundo sabía que en Mooreshead sólo había grava limitada. El alcalde Partridge lo sabía, y también sabía que en el momento en que el dinero se agotara, que los puestos de trabajo que había traído ya no estuvieran disponibles, estaba como muerto. Y, por supuesto, el resto de los pecados que venían con el dinero -los clubes de striptease, los salones de juego, los bares- también desaparecerían. Cuando llegó a la ciudad el rumor de que ya habían cavado todo lo que podían, Steven Partridge suplicó a la empresa que siguiera cavando. Cuando la empresa se negó, diciendo que era peligroso profundizar más, decidió ir al lugar él mismo.

"Ahora, tenga en cuenta que en este punto, Steven Partridge se había hinchado hasta casi trescientas libras, y había desarrollado un gusto por la ropa fina - trajes a medida de tres piezas en particular. Así que, imagina a este tipo, apareciendo aquí, en The Pit, para decir a los hombres de Mooreshead cómo hacer su trabajo. Eran hombres duros, hombres con la cara embadurnada de suciedad, agobiados por toses perpetuas y manchas de nicotina que les llegaban hasta los huesos. Sí, el enfoque de Steven no cayó bien. Aun así, ofreció a los hombres primas, aumentos, si seguían excavando. Prometió colmarles de un dinero que ni él ni la ciudad tenían, que no existía. Pero Steven estaba obsesionado con el estilo de vida que había conseguido y se negaba a abandonarlo. El dinero hace girar el mundo, Cal. El dinero. Nada más que dinero".

Hank hizo una pausa y dio una calada a su cigarrillo.

"¿Y? ¿Qué hicieron?"

"Siguieron cavando, por supuesto. Siguieron cavando hasta que dieron con algo".

"Un montón de mierda, igual que esta historia", resopló Stacey. Brent, que había conseguido mantener los ojos abiertos durante este capítulo, se echó a reír.

"Muy gracioso", frunció el ceño Hank. "La verdad es que nadie sabe exactamente qué golpearon. Quiero decir que entonces no tenían cámaras, no como las que tenemos ahora. De todos modos, si se hubieran hecho fotos, el FBI las habría confiscado".

Cal abrió mucho los ojos.

"¿El FBI?"

Hank asintió.

"Sí, pero me estoy adelantando. De todos modos, había siete personas trabajando en el pozo cuando se golpearon con *esa cosa*, y los informes sobre lo que realmente golpearon son contradictorios. Algunos dicen que golpearon un trozo de mineral en la tierra, una pieza gigante de metal. Otros dicen que sólo era roca, mientras que otros afirman que no golpearon nada, que los hombres estaban hartos de cavar. Pero la historia que llegó hasta el padre McCabe en la ciudad era que habían encontrado una especie de túnel. Un portal, tal vez, un pasaje".

Cal entrecerró los ojos, tratando de determinar si su amigo le estaba tomando el pelo.

"¿Un pasaje?"

"¿Ves?" Stacey se burló. "Te lo dije, Cal. Te dije que estabas perdiendo el tiempo".

Cal la ignoró, sus ojos se clavaron en los de Hank.

"¿Un pasaje? ¿Un pasaje hacia dónde?"

Hank dio una última calada a su cigarrillo antes de arrojarlo a la gravera. Los ojos de Cal lo siguieron con extraña fascinación, observando cómo la resplandeciente brasa flotaba en el aire hasta que descendió hasta perderse de vista.

Cuando se volvió, se sorprendió al ver que Hank le miraba fijamente.

"Un pasaje al Infierno, Cal. Dicen que los hombres habían desenterrado un pasaje al Infierno".

Capítulo 5

"¿El Infierno? ¿Como *el Infierno*?"

Hank se rió, pero a Brent no le hizo gracia. Se levantó, se tambaleó sobre sus pies y luego torció la cara.

"No voy a escuchar esta mierda", dijo en voz baja. "Esta tontería blasfema".

Hank levantó las estrechas palmas de las manos a la defensiva, con las oscuras cejas subiendo por su frente.

"¡Sólo estoy contando la historia! No dispares al mensajero".

"Bueno Stacey tiene razón, es basura. Un cuento de hadas lleno de mentiras. ¿Encontraron siete gnomos ahí abajo, Hank? ¿Una princesa durmiente?"

Brent empezó a alejarse mientras hablaba, de espaldas al camino de tierra que llevaba a la boca de la gravera, cuando Stacey se puso en pie de un salto.

"Me voy con Brent. De todas formas, ya lo he oído muchas veces", dijo con un movimiento de su larga melena rubia.

Cal estaba indeciso; una parte de él quería ir con Brent y Stacey, sobre todo con esta última, pero la historia era apasionante por muy inverosímil que fuera. Miró de Stacey a Hank, que seguía con las manos en alto como si se lo hubiera ordenado un agente de la ley. Había un brillo en sus ojos que parecía atraer a Cal.

En lugar de seguir a Stacey, que continuaba mirándole expectante, cogió el paquete de cigarrillos que descansaba en el suelo junto a Hank. Sacó uno y se lo llevó a los labios.

"Te alcanzaré en un rato, después de fumar."

Stacey se encogió de hombros y esbozó una débil sonrisa.

¿Había decepción en su cara? ¿Realmente quería que viniera?

Cal le miró el culo en su falda escolar mientras se alejaba de él a toda prisa, intentando alcanzar a Brent. Con la boca llena de humo, se volvió hacia Hank.

"Te gusta, ¿verdad?" dijo Hank, sonriendo ampliamente, mostrando unos dientes que eran un poco demasiado grandes para su boca.

Cal sintió que sus orejas volvían a calentarse y fue todo lo que pudo hacer para evitar que toda su cara se convirtiera en un tomate.

"Cállate", dijo.

Hank finalmente bajó las manos.

"Meh, está bien. Todos lo sabemos".

Cal tragó saliva.

"¿Todos?"

"Ja, sí. Yo, Brent-Stacey. Lo que sea, a ella también le gustas".

"¿En serio?" la palabra salió casi como un jadeo. "¿Ella dijo eso?"

Hank negó con la cabeza.

"No, pero me doy cuenta".

Cal dio otra calada al cigarrillo. En su excitación, aspiró demasiado humo y empezó a toser. Hank se acercó y le dio un golpe en la espalda tan fuerte que Cal se estremeció.

"Vete a la mierda, sigue con la historia", dijo tras recuperar el aliento.

Se está metiendo conmigo... A Stacey no le gusto, al menos no así. No el regordete Callum Godfrey.

Hank, aún sonriente, dio un trago a la botella de whisky y continuó.

"Bien, entonces, ¿dónde estaba?"

"Pasaje al Infierno", dijo Cal rápidamente. "Cavaron demasiado profundo y abrieron un pasaje al Infierno".

Los ojos de Cal se desviaron hacia la gravera vacía mientras hablaba. Era grande, de unos cincuenta metros de ancho, y se adentraba unos cuarenta metros en la tierra. Cubierta de una fina capa de arena -arena que sabía que era blanda por los días en que solían correr por el terraplén-, era una vista impresionante. Sus ojos siguieron bajando por el lateral, que ahora empezaba a estar invadido por las raíces de los árboles, hasta el centro. Sabía poco de graveras, pero, por alguna razón, siempre había esperado que acabara en punta, como el extremo de un lápiz recién afilado. Pero no era así. En cambio, el fondo era romo, como el interior de un dedal.

¿Realmente dieron con algo aquí? ¿En Mooreshead?

Intentó transportarse a los años setenta, al alcalde Partridge con su elegante traje gritando a unos hombres de aspecto cansado y caras muy delineadas que siguieran cavando, con las luces de las mini-Vegas a lo lejos reflejándose en sus ojos muy abiertos.

¡Seguid cavando! ¡No dejéis de cavar! El dinero es lo que mueve el mundo y lo que hace que vuestras palas y artilugios sigan cavando.

"Ah, sí, cómo olvidarlo".

Y entonces su amigo continuó su historia, y fiel a la palabra de Stacey, poco a poco fue divagando en algo que sólo podía considerarse pura ficción.

Capítulo 6

"Era mediodía cuando la excavadora golpeó el objeto en la tierra... lo que fuera. Y cuando lo hizo, comenzó un derrumbe. La arena, la excavadora y los dos hombres que la manejaban empezaron a ser succionados por el pozo. Algo así como arenas movedizas, ¿sabes? Los otros cinco hombres se apresuraron a ayudar a los trabajadores que habían conseguido salir de la excavadora. Pero la arena corría demasiado fuerte, demasiado rápido, hundiéndose en el agujero de la tierra. Los hombres a los lados del pozo lanzaron cuerdas, lanzaron cualquier cosa y todo lo que pudieron encontrar. Pero el agujero se hacía cada vez más grande, hasta que finalmente se tragó enteros a los dos hombres y a la excavadora".

"¿Qué les ha pasado? ¿A los hombres?" jadeó Cal.

Hank sacudió la cabeza, la sonrisa que había estado en su rostro desde el principio de la historia se deslizó de su cara llena de acné.

"Los hombres que fueron absorbidos por el agujero estaban casi muertos, pues la arena y la grava se amontonaban sobre ellos, asfixiándolos y aplastándolos. Uno de los otros hombres saltó e intentó salvarlos, pero también quedó sepultado. Los demás corrieron a llamar a la policía. Pero la policía nunca llegó".

"¿Quién vino?"

"Al principio, nadie. Y entonces los hombres empezaron a asustarse. Verás, el agujero seguía succionando tierra, y muchos de los hombres eran muy religiosos, al menos cuando se trataba de cosas como ésta. De todos modos, pensaron que tal vez toda la tierra iba a caer en ese agujero". Hank se encogió de hombros. "No estoy muy seguro de lo que pensaban que haría la policía en ese caso, pero supongo que sólo querían el consuelo de la autoridad. En lugar de eso, consiguieron al alcalde".

"¿Alcalde Partridge?"

Hank asintió.

"Sí, o bien interceptó la llamada de la policía, o bien pagó a la central para que le avisara cuando llegara alguna llamada de la gravera. En aquella época era un trabajo peligroso y, con la presión que el alcalde ejercía sobre todos para que siguieran excavando, era cuestión de tiempo que se produjera un accidente. Y desde el punto de vista de las relaciones públicas, el alcalde habría querido estar al tanto de estas cosas. Especialmente con el Padre McCabe respirándole en la nuca.

"De todos modos, cuando el alcalde Partridge apareció, fue cuando las cosas se pusieron realmente raras."

se burló Cal.

"¿Cómo puede...?"

Pero Hank levantó una mano, cortándole el paso.

"Créeme, puede y se vuelve más extraño. Para empezar, ¿los hombres que cayeron en el agujero?"

Cal asintió, imaginándose sus bocas abiertas por los gritos antes de ser aplastados por miles de kilos de arena, tierra y grava.

"Bueno, el alcalde vino a la fosa al menos diez minutos después de que hubieran sido enterrados".

"¿Y? ¿Y?"

"Y cuando llegó, empezaron a salir de nuevo".

Hank dejó que la palabra flotara en el aire como un olor nauseabundo. Finalmente, Cal rompió el silencio.

"Espera... ¿han vuelto a salir? Pensé que la arena estaba cayendo..."

"No, no lo entiendes. Los hombres que volvieron a salir ya estaban muertos. Estaban jodidamente muertos, Cal".

A Cal le dio un vuelco el corazón mientras intentaba comprender lo que decía su amiga, entendiendo ahora por qué Stacey había dicho lo que había dicho. Lo que había empezado como una lección de historia de la ciudad en la que vivían y de la gravera que frecuentaban había degenerado en un cuento de zombis.

Y, sin embargo, había algo convincente en las palabras de su amigo. Algo que contenía la lengua de Cal cuando su primer instinto era mandar a Hank a la mierda, que dejara de decir gilipolleces.

"¿Cómo que estaban muertos?", preguntó en su lugar.

"Estaban muertos. D-E-A-D. Mierda, no puedes pasar diez minutos o más enterrado hasta la cabeza en arena y sobrevivir, Cal".

"¿Y si había una bolsa de aire, o algo así? Quiero decir, la arena se derramaba dentro".

"Estaban muertos, Cal. Cuentan que tenían un aspecto jodido cuando salieron, los ojos completamente negros. Se arrastraron fuera de la fosa, agarraron a los otros hombres y los arrastraron con ellos. Excepto el alcalde Partridge, de alguna manera el gordo bastardo se las arregló para mantenerse fuera de su camino. Mierda, probablemente arrojó a los hombres a la fosa como una especie de sacrificio para salvar su propio pellejo".

Cal parpadeó con fuerza.

"¿Ellos... los derribaron?"

Hank asintió.

"Sí. Los derribó con el resto de la arena que seguía entrando. El alcalde Partridge se habría librado por completo, pero entonces apareció el padre McCabe. Nadie sabe cómo se enteró del accidente en El Foso... quizá lo intuyó, ¿sabes? Era un sacerdote, después de todo. Quizá se enteró por el teléfono papal de que se había abierto un portal. De todos modos, cuando llegó, el alcalde Partridge lo

interceptó. El sacerdote aún podía ver a los hombres siendo arrastrados bajo la arena, la luz del sol reflejándose en sus ojos negros. Intentó realizar una especie de exorcismo, allí mismo. Pero el alcalde Partridge no quería saber nada. Seguía obsesionado con la ciudad, el dinero, el juego, las putas. Ya sabes, todas las cosas divertidas que venían con The Pit. Algunos dicen que habría dicho que nunca sucedió, que los trabajadores abandonaron el lugar. Pero el Padre McCabe... era un problema, uno que no era fácil de resolver".

Hank hizo una pausa para beber otro trago. Luego miró por encima del hombro hacia The Pit.

"¿Has estado alguna vez aquí cuando llueve?", preguntó distraídamente.

La pregunta cogió a Cal por sorpresa y tuvo que pensárselo un momento antes de contestar.

"Sí, supongo. Quiero decir, solíamos venir aquí todo el tiempo cuando éramos niños. Seguro que a veces llovía".

Hank negó con la cabeza.

"No, me refiero a cuando llueve a cántaros. Como lluvia estilo tsunami".

Cal no lo recordaba, y así lo dijo.

Hank volvió a llevarse la botella a los labios y tragó largo y tendido.

"Lo he hecho", dijo, con todo el humor desaparecido de su voz. "He estado aquí cuando llueve a cántaros. Y te digo que el agua hace cosas raras en el fondo del pozo. Empieza a hacer espuma, como un pequeño mar, ¿sabes? Un mini océano".

Cal no tenía ni puta idea de lo que Hank estaba hablando.

Sacudió la cabeza.

"Espera, ¿qué pasó con el alcalde y el sacerdote?"

Hank se estremeció y, con un gemido, se puso en pie.

"El alcalde Partridge lo arrojó a La Fosa con los demás. Ninguna oración pudo salvarle. Como los siete trabajadores de aquel día, el padre McCabe se asfixió en la arena. O al menos, así es como cuenta la historia. Nunca se encontró ninguno de los cuerpos".

"¿Ninguno de ellos?"

Hank hizo una mueca.

"Ninguno de ellos", confirmó.

"¿Qué pasa con el alcalde Partridge? ¿El pozo de arena? ¿Dejó de caerse?"

"Nadie ha sabido nada del alcalde Partridge desde entonces", Hank pasó el brazo por encima de The Pit, dando la espalda a Cal. "¿En cuanto a La Fosa? Algunos dicen que el Infierno quedó satisfecho aquel día, que cayeron suficientes cadáveres en la boca de Satán como para llenarle la barriga durante un tiempo."

Hank dio otro trago a la botella, acabándose la última gota. Luego se echó hacia atrás y la arrojó lo más lejos que pudo en la gravera.

"¡Hank! ¿Qué...?"

"¿Pero sabes lo que pienso, Cal? Creo que es sólo cuestión de tiempo antes de que las puertas del infierno se abran de nuevo. Y quiero estar lo más lejos posible cuando eso ocurra".

Capítulo 7

El whisky se acabó, y Hank y Cal compartieron el último cigarrillo en silencio.

Cal no *se creía* -no podía *creerse*- la historia, pero mientras contemplaba la Fosa, su mente empezó a superponer imágenes de los trabajadores siendo succionados hacia el agujero, del alcalde Partridge en su traje de tres piezas arrojando al padre McCabe a la muerte.

No podía creerse la historia, pero eso no le impidió pensar en un cura y un alcalde en desacuerdo con la forma en que Mooreshead estaba siendo dominada por la codicia y el pecado. De cavar demasiado hondo. De ocho hombres muertos y uno desaparecido.

De un espumoso, puerta del infierno.

Su corazón se aceleraba.

Este no era el Mooreshead que él conocía. No se parecía *en nada* al Mooreshead que él conocía.

La historia de Hank no era cierta, por supuesto, pero eso no le importaba tanto a Cal. O tal vez no *todo era* cierto. Pero Cal sabía que en las historias, incluso en las leyendas urbanas como ésta, bajo las capas de mentiras y exageraciones siempre había algo de verdad enterrada. A veces había que cavar tan hondo como lo habían hecho en La Fosa, pero con suficiente trabajo duro, se podía desenterrar la verdad.

E incluso si todo hubiera sido sólo una disputa entre el alcalde y un hombre de la clase alta, bueno, eso era más excitante de lo que podría haber imaginado para Mooreshead, que era aburrido con una B mayúscula.

Cal iba a cavar bien, y como los hombres en el pozo, iba a seguir adelante, con o sin el firme aliento de un alcalde elegante.

Una sonrisa cruzó su redonda cara.

***

"¿Qué tal el colegio hoy, Cal?", le preguntó su madre desde el otro lado de la mesa.

"Bien", respondió Cal rápidamente, metiéndose otro bocado de pasta en la boca. Cada vez que mentía, sabía que empezaba a divagar y no podía evitarlo.

Llenarse la boca parecía ser la mejor manera de mantenerse callado.

Tenía quince años, a punto de cumplir los dieciséis, y el año que viene se mudaría. Había ahorrado algo de dinero trabajando en la ferretería local y, teniendo en cuenta su atención menguante y su

registro de asistencia menos que estelar, la universidad quedaba descartada. Sin embargo, aunque hubiera sido un estudiante de sobresaliente, no le interesaba; lo último que quería era ir a una institución tricentenaria que enseñaba la misma mierda año tras año.

La idea rivalizaba incluso con el aburrimiento de Mooreshead.

Excepto...

Cal tragó su bolo de pasta.

"Oye papá, ¿has oído hablar de una disputa entre el alcalde y un sacerdote?"

David Godfrey ni siquiera levantó la vista de su plato. David, un hombre de voz suave, bigote cobrizo y pelo ralo, era un hombre de pocas palabras. Era un buen padre, supuso Cal, pero por Dios que era aburrido.

"¿Alcalde? ¿De Mooreshead?"

"Sí, hace un tiempo. Como en los setenta, tal vez".

David dio un sorbo a su cerveza.

"El único alcalde que conozco es el alcalde Turnbull. Ha sido alcalde desde que tengo memoria".

Cal hizo una mueca, pero la respuesta de su padre no le sorprendió. Como todo lo relacionado con su familia, con Mooreshead, era predecible.

A continuación se dirigió a su madre.

"¿Mamá? ¿Y tú?"

Dudó antes de contestar. Sólo duró lo suficiente para estremecerse, pero no era propio de su madre no responder inmediatamente. Fuera cual fuera la pregunta, siempre respondía con un disparo; era segura de sí misma, aunque a veces estuviera mal informada.

"No."

Cal se quedó mirándola un momento y, por una vez, fue ella la primera en apartar la mirada.

Está mintiendo.

Sin embargo, su madre era un hueso duro de roer. Mintiera o no, por la forma en que apretaba los labios se daba cuenta de que no iba a sacarle nada más.

Cal se volvió hacia su padre, que giraba lentamente el tenedor sobre los espaguetis.

"¿Qué pasa con la gravera, papá? ¿Has oído hablar de la gravera?"

David Godfrey levantó los ojos.

"¿Qué gravera?"

"¿Conoces la vieja Gravera Forrester detrás de la granja del Sr. Willingham? ¿Justo al sur de Kinkairn?"

David dejó de girar el tenedor y sus ojos se oscurecieron.

"Te dije que no subieras".

Cal retrocedió.

"No, no lo hiciste. Dijiste que probablemente debería mantenerme alejado..."
"Sí, así es. Cal, ese lugar es... es..."
Cal se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos.
"¿Es qué?"
David bajó la mirada y empezó a girar de nuevo el tenedor.
"Nada. Simplemente no deberías estar ahí arriba".
"¿Por qué no?"
Fue su madre quien contestó.
"Cal, déjalo. Es peligroso ahí arriba".
¿"Peligroso"? Yo solía ir allí todo el tiempo cuando era niño. Es una maldita gravera abandonada. ¿Qué tiene de peligroso?"
"Cuida tu lenguaje, hijo."
A Cal se le cayó el tenedor y sonó con fuerza en el plato de porcelana.
"Aw shucks, papá. Ya no tengo siete años. Tengo quince. Y el año que viene, estaré fuera de este lugar".
Las palabras salieron de su boca en tal ráfaga que fue incapaz de detenerlas. Tenía la garganta ronca de tanto fumar y aún no estaba convencido de que el whisky que había bebido durante casi todo el día hubiera desaparecido de su organismo.
¿"Cal"? ¿Qué quieres decir con que estás fuera de este lugar? Ya hemos hablado de esto".
Miró los ojos tristes de su madre, pero en lugar de sentirse culpable, por alguna razón, su expresión le enfureció aún más.
"¿Qué? ¿Ni siquiera puedo hacer una pregunta aquí? ¿Tener una opinión sobre algo?" se levantó rápidamente, casi derribando su silla detrás de él. "A la mierda, me voy a la cama. Nos vemos por la mañana".
Y salió de la cocina, con las orejas calientes. Pero Cal ni siquiera subió las escaleras antes de que el persistente sentimiento de culpa por la forma en que había actuado empezara a corroerle.
No fue culpa de sus padres. Eran buenas personas. Aburridos, predecibles, pero esencialmente buenos. Buenos con él, buenos entre ellos.
Pero entonces Cal pensó en la historia de Hank y en la extraña reacción de sus padres a sus preguntas, y la culpa empezó a desvanecerse de repente.

Capítulo 8

Cal tampoco fue al colegio al día siguiente. Pero en lugar de reunirse con Hank y Brent, evitó a propósito su punto de encuentro habitual. Un pajarito le había dicho que Stacey iba a clase ese día, ya que sus padres se habían enterado de que habían faltado el día anterior. Sólo por algún milagro los padres de Stacey no se habían puesto en contacto con los suyos.

Aunque quería volver a ver a Stacey -siempre quería ver a Stacey-, estaba agradecido de que no estuviera cerca. Ella sería una distracción, y hoy estaba en una misión.

Cal se adentró en la ciudad, alejándose de El Foso, agachando la cabeza para no llamar la atención de ninguna de las amigas de su madre que pasaban el día de compras. No le interesaba ninguna de las tiendas o restaurantes, a pesar de que su estómago ya estaba gruñendo; en su lugar, Cal se dirigió al único lugar que odiaba más que la escuela.

Fue a la biblioteca.

La única biblioteca de Mooreshead se encontraba prácticamente en el centro de la ciudad. Cal recordaba haber oído en alguna parte -tal vez en clase de Historia- que se había erigido el día de la fundación de la ciudad, casi sesenta años antes, como una especie de piedra angular de la comunidad.

Eso y la iglesia, por supuesto.

Mirando la estructura de ladrillo, con grietas que se adentraban en los cimientos y una enorme torre con un reloj que no se había movido ni había dado las campanadas desde... bueno, desde *siempre,* Cal no pudo evitar fruncir el ceño.

Aburrido, aburrido, aburrido, aburrido...

Mirando a su alrededor, tan preocupado por la posibilidad de que lo descubriera uno de los amigos de su madre como uno de los suyos, Cal se metió aún más en el cuello de la camisa hasta parecer una tortuga bípeda. Luego subió sigilosamente los escalones de mármol hasta la puerta principal, echó un último vistazo superficial, la abrió de par en par y entró.

Había estado dos veces en la biblioteca: la primera vez era sólo un niño de siete, quizá ocho años, y su madre le había arrastrado hasta allí en busca de una receta de cocina. La segunda vez fue hace unos años, en una excursión de clase.

Una visita a la biblioteca local se consideraba una excursión en Mooreshead, con permisos y todo.

Ahora, en esta tercera ocasión, a Cal no le sorprendió en absoluto que fuera exactamente como lo recordaba: apestando a madera

húmeda, con motas de polvo tan grandes como abejorros nublándole la vista.

Y oscuro. Jesús, el maldito lugar estaba tan oscuro que a Cal le habría costado encontrar su pito si hubiera tenido que mear. Hank dijo que la razón por la que estaba tan oscuro tenía que ver con el tipo de cableado del antiguo edificio -pomo y tubo, o algo así- que no podía soportar las bombillas de hoy en día.

Si el Foso seguía abierto, habría dinero de sobra para mejorar el cableado, pensó incomprensiblemente.

Se quitó el polvo de la cara agitando una mano y miró a su alrededor mientras esperaba a que sus ojos se adaptaran a la tenue luz.

Como era de esperar, los únicos usuarios de la biblioteca eran los autores de los libros, muertos hacía mucho tiempo, que se alineaban en las paredes y ascendían hasta el techo, a casi seis metros de altura. Los gruesos pupitres estaban desocupados y sus superficies de madera eran tan reflectantes que parecían haber sido lacadas esa misma mañana.

Ni una huella dactilar a la vista, y mucho menos de otro humano.

Cal se aclaró la garganta mientras sus ojos recorrían las paredes de libros. A diferencia de otras bibliotecas que había visto en televisión, las prácticas, no había estanterías metálicas dispuestas en filas que albergaban libros ordenados alfabéticamente, lo que facilitaba encontrar lo que se buscaba. En cambio, en la Biblioteca Mooreshead, los libros se alineaban en las paredes perimetrales, cada una de las cuales ocupaba unos diez metros del cuadrado perfecto. Había una escalera sobre un riel que, según recordaba de visitas anteriores, chirriaba como un ratón mutilado al deslizarse por toda la sala. Al fondo había un escritorio con una lámpara verde. En la superficie no había nada: ni bolígrafo, ni papel, ni *libro, salvo* una brillante campana de plata.

Cal se negó a tocar el timbre. Había uno fuera del despacho del director y, si la secretaria no estaba allí, tenías que tocarlo para avisar al señor Malhorn de que habías llegado. Entonces él esperaba uno o dos minutos para fingir que estaba ocupado antes de salir de su despacho, con una estúpida sonrisa de suficiencia en la cara.

La única razón por la que Cal iba al despacho era cuando se lo ordenaba uno de sus profesores, así que para él, el sonido del timbre tenía una especie de implicación pavloviana.

No, definitivamente no quería tocar la campana.

Y, sin embargo, la idea de buscar en las filas de libros que iban del suelo al techo algunos hechos oscuros -o ficticios, ya que la historia de Hank era un noventa por ciento mentira- sobre la historia de Mooreshead le resultaba aún más espantosa. Decidido, Cal se acercó al

escritorio y se asomó por el otro lado, esperando que el bibliotecario estuviera sentado en el suelo sin motivo alguno.

Ella, o él, no lo era.

Cal miró a un lado y a otro.

"¿Hola?", dijo al fin. Aunque apenas había murmurado la palabra, le sonó increíblemente fuerte, reverberando en las vidrieras con una fuerza que recordaba a la de un fuerte vendaval. "Jesús", susurró, pero esta palabra parecía viajar aún más rápido y más fuerte que la anterior.

Cal puso cara de asco y negó con la cabeza.

Tal vez debería irme, largarme de aquí. Ir a la escuela de una vez.

Pero la historia...

Cal se encogió al estirar el brazo y rozó la parte superior de la campana con la mayor cautela posible. Si sus palabras habían sido como un vendaval, el tañido de la campana era como un disparo de escopeta en un funeral.

El sonido fue tan fuerte que Cal dio literalmente un salto hacia atrás y se tapó los oídos con las manos.

Con el tinnitus en marcha, que ahora estaba bastante seguro de que era producto de su primera resaca, Cal casi esperaba que se abriera una trampilla detrás del escritorio y que un bibliotecario de barba blanca emergiera de una nube de humo espeso.

Pero esto era Mooreshead, y en Mooreshead no pasa nada interesante.

Excepto...

"Cálmate, amigo. Sólo estaba meando".

Las palabras fueron pronunciadas en el mismo tono que había utilizado el propio Cal, pero con el maldito eco, sonaron como las cavilaciones de un gigante. Con el corazón acelerado, Cal se dio la vuelta, pero cuando vio al hombre que había hablado, su ansiedad disminuyó.

"¿Qué puedo hacer por usted?"

Cal abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Ya había conocido a la bibliotecaria, las dos veces que había estado en la biblioteca, de hecho, y no era *ella*.

Aquellas veces había sido una mujer bajita de pelo castaño rizado que apestaba a naftalina y alcohol. Pero el hombre que tenía ahora delante era joven, apenas un puñado de años mayor que el propio Cal, con el pelo rubio desgreñado y perilla.

El hombre miró fijamente a Cal, esperando a que hablara. Al final, a Cal se le pasó el susto.

"Lo siento, estaba... estaba buscando al bibliotecario".

El hombre cruzó los brazos sobre su delgado pecho y apretó los labios desafiante.

"Lo estás mirando. ¿Qué puedo hacer por ti?"

Cal frunció las cejas.

"Pero, por su vida, no podía recordar el nombre del anterior bibliotecario.

El hombre se limitó a mirarlo balbucear, con una expresión extraña en el rostro. Cal suspiró y luego respiró hondo, decidiendo que no importaba lo que le hubiera pasado al otro bibliotecario, ni si este chico trabajaba aquí.

Era mejor ir al grano.

"Estoy aquí para...", empezó, pero el hombre esbozó una sonrisa, mostrando unos dientes grandes y blancos.

"Déjame adivinar, ¿quieres saber sobre el Padre McCabe y el Alcalde Partridge?"

Cal frunce el ceño.

"¿Qué...?", balbuceó, "¿Cómo lo has sabido?".

Capítulo 9

"No es magia", se rió el hombre. "¿Un tipo como tú? ¿Mirando a su alrededor como un puto atracador de bancos antes de entrar en la biblioteca? Sólo hay una razón por la que alguien como tú entraría aquí".

Cal respiró hondo e inmediatamente se arrepintió de su decisión cuando el penetrante olor a moho le invadió la nariz y la garganta.

El hombre se pasó un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja y se inclinó hacia delante, expectante.

"¿Tengo razón?", susurró con una sonrisa.

Cal asintió.

"Tienes razón. Yo sólo... escuché esta historia sobre Mooreshead y la gravera, ¿sabes? La gravera Forrester".

El bibliotecario sonrió satisfecho.

"Sí, yo también he oído muchas historias de mierda sobre ese lugar".

A Cal se le encogió el corazón.

"Entonces, ¿no es verdad?"

El hombre se encogió de hombros.

"Yo no he dicho eso".

Cuando Cal torció el gesto, el hombre se ablandó y le tendió la mano.

"¿Cómo te llamas, chico?"

"Cal".

Cal estrechó la mano extendida del hombre. Para su sorpresa, el apretón era mucho más fuerte de lo que sugería su delgadez.

"Seth Parsons", dijo el hombre, levantando los brazos y agitándolos por la sala. "Conservador de la Biblioteca Municipal de Mooreshead".

Cal enarcó una ceja.

¿"Conservador"? Creía que habías dicho..."

Seth se encogió de hombros.

"Meh", "Curator", "Librarian", ¿cuál es la diferencia? El título tiene ramificaciones legales. De todos modos, ¿quieres saber sobre la historia de la ciudad?"

Se detuvo un momento y Cal se sintió incómodo cuando Seth lo miró con suspicacia.

"Ah, claro que no. Sólo quieres saber sobre la disputa, ¿tengo razón?"

Cal sintió que se le enrojecía la cara. Había algo en el modo en que Seth podía leerle como a un libro, mirar no sólo dentro de él, sino a través de él, que resultaba extrañamente desagradable y embarazoso.

"Sí, tengo razón. Claro que tengo razón. Ven conmigo."

Seth se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la escalera que había al otro lado de la habitación. Cal, aún confuso por lo que estaba ocurriendo, lo siguió.

¿En qué demonios me he metido?

Cal casi esperaba que Seth subiera por la escalera de madera, cogiera un libro de la parte superior de las estanterías, tal vez un volumen polvoriento que duplicara el tamaño de los demás libros, y se lo bajara con una sonrisa de bufón.

Pero era su imaginación desbocada.

Otra vez.

En su lugar, Seth cogió un libro de uno de los estantes inferiores. Era un libro verde, del tamaño de una novela de tapa dura, pero con sobrecubierta blanda.

Pero distaba mucho de ser un libro corriente. Hasta donde Cal podía ver, no había nada escrito en la portada, ni título, ni autor, nada.

"¿Eso es todo? ¿Esta es la historia del Padre McCabe y el Alcalde Partridge?"

Seth se rió, pero no contestó de inmediato. En lugar de eso, condujo a Cal hasta uno de los pupitres vacíos y le acercó una silla. Cal se sentó mientras Seth ocupaba el asiento de enfrente y dejaba el libro en el centro de la mesa.

"¿Este es el libro?" repitió Cal.

Seth volvió a reír, pero esta vez contestó.

Algo así.

"No, la historia no está en el libro". Llevó un dedo y se señaló la sien. "Está aquí".

Cal hizo una mueca.

"¿Qué?"

Se dio un golpecito en la sien.

"Aquí dentro".

Cal se recostó en su silla, preguntándose si todo este día no sería más que una consecuencia de su resaca.

¿Las resacas hacen eso? se preguntaba. *¿Te hacen ver cosas? ¿Convertir cosas normales, como ir a la biblioteca, en una especie de follada mental?*

Si lo hacían, Cal estaba dispuesto a renunciar al alcohol a partir de ese día.

¿Por qué no fui a The Pit con Hank y Brent?

Cal suspiró y se decidió.

"Lo siento, pero tengo que irme."

Seth volvió a reírse, pero cuando Cal fue a levantarse, el hombre alargó la mano y le agarró del brazo. Su agarre no era agresivo, al menos no abiertamente, pero su tacto resultaba extraño y Cal intentó

apartarse instintivamente.

No pudo.

Cal bajó la mirada hacia aquellos dedos, que de repente parecían acuosos, como si no estuvieran hechos de piel y hueso, sino de algún tipo de líquido.

Tragó la bilis que le salpicó el esófago.

Mientras observaba, los dedos de Seth empezaron a cambiar de color, a convertirse casi en un mapa de calor, todo rojos y amarillos y naranjas.

"¿Qué...?"

El hombre le hizo callar, pero aunque el sonido en sí era bastante normal, había algo *debajo de* ese sonido, algo que le seguía los pasos. Aunque Cal miraba fijamente la cara del hombre y podía ver claramente que su boca, sus labios y su lengua ya no se movían, el sonido del *silencio*, que ahora era más bien un *shhh*, continuaba... y continuaba... y continuaba...

Era como si oyera las olas rompiendo suavemente en una playa.

Justo cuando Cal sintió que le invadía una calma abrumadora, un instante antes de estar seguro de que olería la salmuera del mar, Seth le soltó la mano y volvió a la realidad.

Todo lo que olía ahora era ese aroma a madera podrida.

Cal se desplomó en su asiento con una respiración profunda y temblorosa.

"Creo que deberías quedarte", dijo Seth acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Sonrió ampliamente. "Sólo un rato más... ¿qué te parece?".

Cal tragó con fuerza e hizo una mueca de dolor cuando la bilis volvió a la boca de su estómago.

"Sólo un poco más", susurró. "Sólo un poco más".

Capítulo 10

Seth escuchó atentamente mientras Cal relataba la historia del alcalde y el cura, tal y como se la había contado Hank. Intentó corregir todos los detalles que pudo, llegando incluso a utilizar las palabras exactas de Hank en algunos casos, pero no estaba seguro de haber hecho justicia.

Cal seguía sin sentir *bien* la cabeza desde que Seth le había agarrado del brazo, y agradeció que hubiera vuelto a instalarse frente a él.

El conservador lo miró fijamente mientras hablaba, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. A Cal, en cambio, le costaba mantener los ojos fijos en los de Seth, pues no dejaban de desviarse hacia el libro verde que había en el centro de la mesa.

El que no tiene título ni autor.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para resistirse a alargar la mano y abrirlo, inhalando las palabras desesperadamente como un hombre asfixiado al que le dan una pajita llena de oxígeno.

Cal terminó la historia con el alcalde arrojando al cura a La Fosa, pero se saltó la parte en la que se abría una puerta y los trabajadores regresaban, con los ojos negros y calcáreos como briquetas de carbón; eso era demasiado.

Eso fue sólo una gilipollez de Hank.

Cal se aclaró la garganta y miró tímidamente a Seth a través de la mesa, tratando de calibrar la opinión del hombre sobre él, sobre la historia.

¿Cree que estoy loca? ¿Estoy *loca?*

Empezó a dudar de sí mismo, maldiciéndose internamente por contar la historia como si fuera un hecho.

Debería haberme reído... Debería haberme reído cuando hablé del alcalde Partridge con su traje de tres piezas dando órdenes a los trabajadores como un regio Humpty Dumpty. Debería haber dejado claro que creo que todo esto es una broma estúpida. Sólo una broma tonta inventada por Hank, que estaba celoso porque yo siento algo por Stacey, y Stacey siente algo por mí.

Pero Seth no se reía. De hecho, Seth no hacía *nada.* Simplemente estaba sentado, con las manos entrelazadas sobre la mesa, y la sonrisa de satisfacción aún en su joven y atractivo rostro.

Cal esperó unos treinta segundos antes de inclinarse hacia delante y romper el silencio.

"¿Y bien? ¿Has oído esta historia antes? ¿Es...?" Cal apenas pudo forzar la palabra, "...¿es *cierta*?".

Seth separó lentamente las manos y apoyó las palmas sobre la

mesa.

"Es verdad", dijo, con un pequeño movimiento de cabeza.

Cal sintió que el aire salía de sus pulmones en un *silbido* audible.

Seth se rió entre dientes.

"Es verdad", repitió. Su risa se transformó lentamente de una risita en un bramido en toda regla. "Es verdad... es verdad... es... es..."

La risa de Seth se volvió tan envolvente que ya no le salían las palabras. Cal, con la cara blanca como el papel, observó al hombre horrorizado.

Por un momento, se preguntó si habría algo en el aire de la biblioteca de Mooreshead Town, algo más que polvo y el asqueroso hedor del papel mojado y la podredumbre. Había oído una vez que los casinos no sólo bombeaban oxígeno al aire para mantener despierta a la gente, sino que a veces también bombeaban algo más, un poco de *je ne sais quoi*, para mantener a la gente contenta mientras gastaban su último dólar en un capricho y una plegaria.

Tal vez algo así estaba sucediendo aquí; tal vez este extraño hombre de largo cabello rubio había bombeado alguna droga fuerte e inodora en el aire y esto estaba haciendo que todo fuera tan... *extraño.*

"Lo siento", dijo sin pensar.

Seth dejó de reír inmediatamente y su expresión se volvió plana.

"¿Lo sientes? ¿Por qué lo sientes?"

Cal, sorprendido por el repentino cambio de expresión, balbuceó algo incoherente.

Volvía a sentirse mareado, mareado y con náuseas.

"¿Por qué? volvió a preguntar Seth, con los ojos clavados en Cal.

"No sé", balbuceó, "¿por qué te ríes?".

Seth se limitó a mirarle fijamente y Cal, temeroso ahora de haber ofendido al extraño hombre, luchó contra el instinto de disculparse por segunda vez.

"¿Seth?"

Seth acercó un dedo y volvió a señalar su cabeza.

"Es curioso, porque ya sabías que la historia era cierta poco después de entrar en la biblioteca. Quiero decir, lo supiste cuando hice esto", señaló su cabeza. "Cuando dije que la historia estaba aquí".

Cal, confuso, arrugó la cara.

"Oh, ya veo. Pensaste que quería decir que estaba *aquí*, como dentro de *mi* cabeza. Ahh, eso tiene sentido."

Seth se inclinó hacia delante y Cal retrocedió instintivamente.

"Cal, las historias son reales una vez que se forman en tu cabeza. No en la mía. *Las tuyas*".

"¿Qu-qué?"

La madriguera de los Leporidae *es larga y profunda...*

El pensamiento apareció en la mente de Cal, materializado, como

todos los pensamientos, de la nada. Pero esto era diferente. No parecía un pensamiento *suyo*. Para empezar, no tenía ni idea de qué demonios era un *Leporidae*.

Era como si lo hubieran colocado allí.

Sacudió la cabeza, tratando de librarse de la extraña palabra, y cuando levantó la mirada para mirar a Seth, el hombre estaba sonriendo de nuevo.

"Largo y profundo, Callum Godfrey. Largo y profundo".

"¿Cómo sabes mi apellido?" Una vez más, el corazón de Cal martilleaba en su pecho. "¿Qué coño está pasando aquí?"

La sonrisa de Seth creció.

"Crees que Mooreshead es aburrido, pero en eso te equivocas, Cal. *Eso* es simplemente una historia que tú has tejido. La verdad es que hay lugares en esta tierra -Mooreshead, Askergan, el pantano de Stumphole, Scarsdale, Seaforth, el hospital de Pinedale, la iglesia del padre Callahan- que marcan puertas a otros mundos, Cal".

La madriguera de los Leporidae *es larga y profunda...*

"¿De qué estás hablando?", sus palabras salieron en un susurro apretado.

Seth asintió solemnemente y continuó.

"Estas puertas se construyeron hace mucho, *mucho* tiempo. Incluso antes que yo, Cal. Y estas puertas... deben permanecer cerradas. El Padre McCabe hizo un sacrificio para salvar Mooreshead, y otros han hecho lo mismo en el Condado de Askergan y en el Pantano, aunque aún no lo sepan. Llegará tu hora de escribir otra historia, una historia diferente, y tú también harás un sacrificio."

Una fuerte oleada de mareos se apoderó entonces de Cal, culminando en un ataque de náuseas que le provocó bilis en la garganta.

"Creo que voy a vomitar", dijo, apartándose de la mesa. Tuvo arcadas y eructó, pero no salió nada.

De repente, Seth estaba a su lado, inclinándose hacia él.

No me toques... por favor, si me tocas voy a vomitar por todas partes...

Seth no lo tocó.

"Abre el libro, Cal. Lee tu historia", su voz era suave, tranquila.

Cal cerró los ojos un momento y el mareo se le pasó lentamente.

Abre el libro.

Cal abrió los ojos y se concentró en la cubierta verde y polvorienta que tenía delante. Hacía unos instantes se moría de ganas de abrirlo, pero ahora sentía una fuerte aversión. Después de todas las cosas extrañas que le habían sucedido desde que llegó a la biblioteca, de alguna manera sabía que nada de eso se compararía con lo que sucedería si abriera aquel libro.

Pensó brevemente en su madre, su rostro suave y cariñoso, sus ojos

amables, sosteniendo su bolsa de papel marrón para el almuerzo, diciéndole que se metiera la camisa por dentro.

Cal sabía que si abría el libro, dejaría de ser aburrido con mayúsculas: su vida cambiaría. Quizá no de inmediato, quizá no durante un tiempo, pero algo en su interior le decía que nunca volvería a ser el mismo.

Tragó saliva con fuerza, apartando de su mente las imágenes de su familia sentada a la mesa. Con mano temblorosa, extendió la mano y agarró la tapa verde entre el pulgar y el índice.

Entonces Cal lo abrió.

Capítulo XI

Cal gimió suavemente y se frotó la muñeca. Tenía la mano acalambrada, le dolían los dedos.

Había algo en el aire de la biblioteca, tenía que haberlo.

"Es real, Cal. Es real".

Las palabras fueron pronunciadas por Seth, con su aliento caliente en la oreja, pero también estaban *escritas*.

No sólo palabras, sino imágenes. Imágenes de túneles metálicos lisos, en espiral desde un punto central hacia fuera como los radios de una rueda.

Y los tanques; grandes tanques, *enormes* tanques, que iban del suelo al techo. Dentro de uno de ellos había un hombre, un hombre con tubos cubriéndole la nariz y la boca. Las burbujas salían a la superficie y tenía los ojos muy abiertos. Debajo del tanque había una placa con un nombre que Cal no reconoció: C. Lawrence.

Tragó saliva, intentando comprender lo que había ocurrido. Cal, que nunca había sido un gran artista, se las había arreglado para llenar las páginas con cientos de estos dibujos, mientras Seth le respiraba en la oreja.

El aire de la biblioteca se agitaba mientras él garabateaba furiosamente, pero nada más parecía cambiar. Habían pasado horas, tal vez días, o tal vez nada de tiempo.

El lápiz, reducido a una pequeña protuberancia de no más de cinco centímetros, rodó de sus dedos a la mesa.

"¿Qué demonios?", susurró.

Sus párpados se agitaron y se hundió en la silla, agotado. Pero Seth alargó la mano y lo agarró por los hombros. Con su contacto llegó el olor salobre del agua de mar, como si una ola se hubiera estrellado a sus pies.

"Te lo dije", dijo Seth suavemente. "Mooreshead es un lugar especial. Es un lugar donde puedes escribir tu historia".

Cal sintió otro ataque de náuseas, pero Seth le soltó los hombros y se le pasaron. Con la mano acalambrada, alargó la mano y cerró el libro de golpe.

Sólo queda una última cosa por hacer...

Con una mano afectada por la parálisis, cogió el lápiz y garabateó su nombre en la portada: *Callum Godfrey*.

Extrañamente disgustado consigo mismo, Cal tiró el lápiz por última vez. Fuera cual fuera el truco, ya no quería formar parte de él.

"Tengo que irme", susurró. Casi esperaba que Seth lo abrazara y lo retuviera a la fuerza en la biblioteca. Pero el hombre no se opuso.

"Cal, las historias están en tu cabeza: las *conoces*. Y la historia del

alcalde Partridge y el padre McCabe es cierta. Hay algo en La Fosa, una *puerta-La madriguera* de los Lepóridos *es larga y profunda-y* no todas las puertas conducen a la Médula".

Cal respiraba con dificultad y apenas sentía fuerzas en las piernas para mantenerse en pie.

¿La Médula? ¿Qué demonios es el tuétano?

"Recoge tu libro, Cal."

Cal hizo lo que le ordenaban, pero se negó a mirar la portada. Después, Seth lo condujo a la estantería de la que había sacado el libro vacío.

"Devuélvelo".

Cal, con el cerebro todavía nublado, se puso en cuclillas y fue a deslizar el libro verde de nuevo en el lugar vacío. Pero antes de hacerlo, sus ojos se posaron en otro libro. Uno con la cubierta de cuero desgastada y las palabras *Inter vivos et mortuos*.

Intrigado, cogió el libro con la intención de sacarlo, pero Seth le detuvo la mano.

"Esa es la historia de otra persona, Cal. No la tuya".

Cal asintió y deslizó el libro verde junto al otro.

Luego se levantó y se volvió hacia Seth, que volvía a sonreír.

"Un día harás tu propio sacrificio, como los hombres en Askergan, las mujeres en el Pantano de Stumphole".

Cal asintió y dejó que Seth le guiara hasta la puerta.

Todo acabará pronto. Este sueño marica terminará y me olvidaré de todo.

Seth abrió la puerta y Cal entrecerró los ojos ante la luz brillante. Estaba a punto de salir cuando Seth volvió a hablar y lo hizo retroceder.

"Recuerda, Cal", dijo, llevándose un dedo a la sien. "La historia está aquí".

Cal asintió una última vez y salió al sol, mucho más confuso que cuando había llegado preguntando por una disputa entre el alcalde de Mooreshead y un cura.

Se fue asomando a las eternas profundidades de la madriguera *de los Lepóridos*.

***

Cal esperó fuera de la casa de Hank hasta que el sol parpadeó como un ojo de reptil, con la cobertura del crepúsculo como primer párpado transparente, seguido de la inminente oscuridad que provocó un colgajo de piel en toda su extensión.

El tiempo había refrescado en las últimas horas y en el aire se percibía un olor a lluvia inminente.

Sin embargo, Cal no se dio cuenta de nada. Su mente seguía acelerada, sus pensamientos eran una locomotora desbocada, repleta de ideas y nociones y, en última instancia, de confusión.

Hoy había visto cosas que no podían ser reales. Había escrito y dibujado cosas que no tenía por qué crear.

Una espiral de túneles, como los radios de una rueda... no todos conducen a la Médula.

Tenía que contárselo a Hank; estaba obligado a contarle a su sonriente amigo lo que había visto, y lo que el conservador le había dicho: la historia del cura y el alcalde era cierta.

El sacerdote hizo un sacrificio, y un día tú también lo harás.

Pero Cal tuvo que esperar. Los padres de Hank eran estrictos y tenían normas contra las visitas en las noches de colegio. Lo cual era irónico, dado que, como él, su amigo rara vez asistía a la institución.

Cal esperó entre los arbustos al otro lado de la calle, consciente de que sus propios padres debían de estar muy preocupados por él, pero aceptando las consecuencias. Esto era más importante.

Esto fue *emocionante*.

A las nueve y media, las luces del piso de arriba se apagaron. Cal esperó otros cinco minutos y una sola luz se encendió en la habitación del lado izquierdo de la casa.

La habitación de Hank.

¿Leyendo, tal vez?

Pero Hank no era un gran lector. Un contador de historias, seguro, pero no un lector.

Cal frunce el ceño cuando la primera gota de lluvia cae sobre su frente. Se la limpió, dándose cuenta de que no solo estaba mojado por la lluvia.

También estaba sudando.

La luz volvió a parpadear y la confusión de Cal aumentó. Cuando se encendió por segunda vez, se preguntó si Hank le habría visto antes y le estaría enviando una señal.

Cal se encogió de hombros y salió de la línea de setos. Había una farola a su izquierda, que iluminaba la tranquila calle con un resplandor ceniciento. Dio dos pasos hacia la derecha, agachándose, con cuidado de no estar a la luz por si los padres de Hank seguían despiertos.

Luego cruzó la estrecha berma y salió a la calle. Cuando sus zapatos tocaron el asfalto, un repiqueteo le distrajo y se escondió entre las sombras. Lo primero que pensó Cal fue que se trataba de la intensidad de la lluvia. Pero aunque una mirada al cielo le confirmó que era cierto, no era la lluvia lo que oía, sino pasos.

Y entonces la vio. Llevaba el pelo rubio recogido en una apretada coleta y un toque de carmín rojo brillante destacaba sobre sus pálidas

facciones como una especie de faro.

Pero fueron sus ojos los que la delataron. Los ojos verdes de Stacey brillaban mientras cruzaba rápidamente la calle y se dirigía al césped.

A Cal se le aceleró el corazón en el pecho.

No, vamos. No puede ser.

Pero lo *era*.

El sonido de un pestillo al levantarse resonó en la noche, y la ventana con la luz encendida se abrió unos quince centímetros.

Hank asomó su nariz de pájaro.

"¿Stace?", susurró. "Están dormidos, sube."

Mientras Stacey se dirigía hacia el césped y luego ponía el pie derecho en el enrejado de la mitad inferior del porche, Cal permanecía congelado.

No, de ninguna manera.

Recordó lo que Hank le había dicho mientras veía a Stacey alejarse de The Pit con Brent. Había sentido un pequeño atisbo de celos, pero era una tontería.

Después de todo, Brent y Stacey eran primos.

Te gusta, ¿verdad? Bueno, a ella también le gustas, Cal. Todos podemos verlo.

Mentira, todo era mentira. Hank sólo lo había estado aplacando para poder estar con ella.

Cálmate, Cal. Podría haber una explicación racional para todo esto. ¿Tarea, tal vez? ¿Tarea de grupo?

Excepto que eso no era del todo correcto; él sabía que Brent y Hank habían pasado el día en The Pit.

Cal apretó los dientes y sintió un cosquilleo de calor en la cara. La lluvia que le salpicaba parecía chisporrotear y hervir al contacto con su piel.

"Maldito Hank", refunfuñó. "¡Maldito Hank!"

Las palabras que salieron de su boca lo hicieron entre dientes apretados. Sin embargo, Hank, que estaba en alerta máxima por si sus padres se despertaban, oyó el sonido y levantó la cabeza. Incluso Stacey, que estaba a medio camino del lado del porche se volvió hacia él.

Cal se escabulló entre las sombras, tratando de hacerse uno con los arbustos.

Por favor, no me veas. Por favor, no...

"¿Quién está ahí?" siseó Hank. La lluvia arreciaba con más fuerza y a Cal le costaba distinguir las palabras.

¿Cómo coño me han oído?

Intentó quedarse completamente quieto, llegando incluso a contener la respiración.

Stacey y Hank también se quedaron helados, hasta que Cal oyó la

voz de su amigo entre la lluvia.

"¿Cal? Cal, ¿eres tú?"

Cal no estaba seguro de si fue Hank o Stacey quien dijo las palabras, pero no importaba. Su reacción fue visceral e inmediata.

Cal echó a correr. Con la lluvia cayendo a cántaros sobre él, empapando sus zapatos y provocando un chapoteo acompañante con cada pisada, Cal corrió lo más rápido que pudo, haciendo todo lo posible por ignorar los gritos de sus amigos que le seguían calle arriba.

Capítulo 12

Cal no había planeado venir al Foso, pero no le sorprendió que fuera allí donde acabara de todos modos.

La lluvia se acercaba ya a la condición de torrencial, y el embarrado y desgastado camino que Cal tomó hasta el borde de la gravera estaba casi impracticable. Con los pies bien abiertos, trató de evitar que se le atascaran los zapatos, optando en su lugar por la hierba húmeda que flanqueaba el camino como patillas.

No se lo podía creer. Hank le había mentido, coaccionado, engañado para poder estar con Stacey.

No tenía sentido; ¿por qué Stacey iba a elegir a Hank antes que a él? Claro, él era de huesos grandes, pero Hank era un pequeño bastardo llorón con cara de granos y gafas.

"Joder", maldijo. A medida que se acercaba al borde de la gravera, acercándose a la zona donde se habían sentado el día anterior, de repente se arrepintió de su decisión de venir aquí. Como un virus que prolifera en su cerebro, este arrepentimiento comenzó a reproducirse, hasta que rápidamente llegó al punto de lamentar todo lo que había sucedido en los últimos días.

La historia que Hank le había contado era una obvia patraña, una ofuscación de la verdad en un penoso intento de retenerlo aquí, en Mooreshead.

Sí, pensó Cal, *de eso se trata, de mantenerme aquí.*

Todos ellos -Hank, Brent, Stacey- sabían de sus planes de salir de esta aburrida ciudad de mierda y dejarlos atrás. Eso es lo que le cabreaba, debe ser.

¿Y su encuentro con Seth Parsons? Eso fue sólo un truco raro... Hank había puesto algo en el whisky. Como ese alcohol azul/verde... Absenta, ¿era eso? Sí, oyó que esa cosa puede volverte bastante retorcido, darte alucinaciones y esas mierdas. O tal vez la reunión había sido menos siniestra, tal vez era sólo el resultado de su resaca mezclada con esporas tóxicas de moho o alguna mierda.

Cal se frotó distraídamente la muñeca dolorida.

"¡Malditas mentiras, malditas mentiras de mierda!", giró la cabeza hacia el cielo, parpadeando ante la lluvia que caía sobre su cara. "¡Todo, todo este lugar es sólo un montón de aburridas malditas mentiras!"

"¿Cal?"

A Cal se le subió el corazón a la garganta y giró sobre sus talones. Avanzó por el camino embarrado y sus pies se hundieron inmediatamente varios centímetros en el fango.

Hank estaba de pie con la camiseta empapada y las manos

extendidas hacia delante, con las palmas hacia arriba. Stacey estaba de pie detrás de él, con el pelo rubio colgando en mechones mojados delante de la cara.

"¿Qué coño quieres?" gruñó Cal. "¡Pensé que eras mi amigo!"

Las facciones de Hank se torcieron en una mueca.

"¡Soy tu amigo! I-"

"¿Tú qué? ¿Me has mentido para poder tirártela?", preguntó, levantando la barbilla hacia Stacey mientras hablaba.

Stacey abrió mucho los ojos y Cal tuvo que gritar para que le oyeran por encima del torrencial aguacero.

"Oh, sí, ¿qué vas a decir? ¿Vas a decir que no estabas follando? ¿Que no estabas haciendo esa mierda a mis espaldas?"

La expresión de Stacey pasó de la sorpresa a la rabia. Avanzó y trató de empujar a Hank, pero él se movió con ella, permaneciendo firmemente plantado entre ellos.

"¿Lo dices en serio, joder?", gritó, con voz chillona. "¿Qué te da derecho? Puedo hacer lo que me dé la gana. No te debo nada. Sólo somos amigos, Cal. No estoy segura de lo que pensabas... *por qué* pensabas que teníamos algo entre manos, pero no lo teníamos y no lo tenemos. Así que, deja de ser un maldito bebé y vámonos a casa".

Las palabras golpearon a Cal como una ráfaga de puñetazos y retrocedió unos pasos, con los pies resbalando ruidosamente en el barro.

"Bueno..."

Un fuerte relámpago partió el cielo, iluminando sus rostros. Cal se agachó instintivamente y luego se enderezó, avergonzado por más de una razón.

"Sólo... sólo pensé que..."

Una enorme y ondulante ola de truenos interrumpió su balbuceo. Cal sintió que el pecho se le agitaba con el cambio de presión, luego miró instintivamente por encima del hombro y clavó los ojos en la gravera.

La madriguera de los Leporidae *es larga y profunda...*

Le pareció que el trueno no había resonado en el pozo, sino que se había originado allí. Ya había un charco de agua en el fondo, que chapoteaba y se agitaba con...

"No, vete a la mierda, Cal. No tienes derecho. Nunca hubo nada entre nosotros, ¿y quieres saber por qué?"

Cal volvió a girar la cabeza, pero esta vez no dijo nada.

"Tranquila, Stacey", se ofreció Hank, pero Stacey no quería saber nada.

"No, a la mierda con esto. Alguien tiene que decirlo... es porque estás jodidamente obsesionada con que todo sea tan aburrido, y con pensar que eres -levantó los brazos dramáticamente-, *por alguna razón,*

mejor que todo el mundo. Crees que eres demasiado buena para Hank, para Brent, para mí. Demasiado bueno para todo el puto Mooreshead".

Cal estaba tan sorprendido por este repentino arrebato que ni siquiera pudo formular una respuesta.

"Pero la verdad es..."

"Stacey, por favor", interrumpió Hank.

"-No, déjame terminar. La verdad es que..." ahora fue el turno de Stacey de girar la cabeza hacia el Cielo, antes de volver a mirar a Cal. "La verdad es *que* eres aburrido, Cal. Eres la persona más jodidamente aburrida que he v..."

"¡Stacey! ¡Basta!" Hank gritó.

Esta vez, se calló.

Cal empezó a llorar. No pudo evitarlo. Las lágrimas caían por sus mejillas en riachuelos que rivalizaban con los que se derramaban en la Fosa.

"Joder", susurró Hank avanzando por el barro. "Cal, vamos, hombre. No lo decía en serio".

Cal se giró hacia un lado para protegerse mientras Hank seguía acercándose. Antes de que se diera cuenta, su viejo amigo estaba justo a su lado.

"Vámonos a casa", dijo, extendiendo el brazo y rodeando a Cal.

Cal no quería hacer lo que hizo a continuación. Fue instinto, alimentado por la ira, la confusión y el asco. Asco de sí mismo, asco de que lo que Stacey había dicho de él fuera cierto.

"No me toques, joder", susurró mientras estiraba la mano y arrancaba el brazo de Hank de su hombro.

En cualquier otra circunstancia, Hank se habría encogido de hombros, se habría enderezado y todos habrían seguido su alegre camino. Probablemente no habría levantado ni una ceja. Después de todo, a Cal no le gustaba que le tocaran.

Sólo que no eran condiciones normales.

Los talones de Hank resbalaron en el barro y tropezó hacia delante. Si sus zapatos hubieran aterrizado un pie a la izquierda, se habrían trabado en el barro como lo estaban ahora los de Cal. Pero las zapatillas de Hank cayeron demasiado cerca del borde del pozo y resbalaron en el borde erosionado.

Cal abrió la boca en forma de "*O*" y gritó mientras cogía a su amigo.

"¡Noooo!" Hank gritó mientras caía por el borde.

Capítulo 13

La única sílaba retumbaba una y otra vez, irradiando por los lados de la gravera.

Fue Hank quien lo gritó -¡noooo!-, pero Cal y quizá también Stacey habían captado el estribillo.

Cal sacó los pies del barro y se acercó con cautela al borde de la Fosa, que había adquirido la consistencia de la avena líquida. Llegó a tiempo de ver a Hank todavía en el aire -aunque parecía imposible, dados los segundos que había tardado en llegar al borde-, con los ojos y la boca muy abiertos.

Justo cuando el pie de Cal resbaló por el borde, la espalda de Hank chocó contra el lateral del terraplén, e incluso con la lluvia que caía a cántaros, Cal oyó cómo le expulsaban el aire de los pulmones.

Los ojos de su amigo se pusieron en blanco, y luego todo su cuerpo pareció seguir su ejemplo, y Cal se encontró viendo a Hank dando tumbos de cabeza, lanzando barro por todas sus extremidades, cogiendo velocidad como una bola de nieve desbocada.

Cal intentaba mantenerse en pie, equilibrando su terror, entusiasmo y desesperación sobre un grano de arena, al tiempo que trataba de evitar el destino de Hank.

Desplazó los pies hacia los lados, ametrallando la superficie fangosa con rapidez, pero con cuidado. Hank seguía girando delante de él a tal velocidad que Cal se dio cuenta de que no había forma de que pudiera alcanzarlo. No hasta que llegara al fondo, claro.

Anticipándose a ello, Cal levantó la mirada, entrecerrando los ojos con fuerza mientras buscaba el final.

Y entonces lo vio.

Había una especie de protuberancia, algo enorme y reluciente, que sobresalía del lateral del cuenco, unos tres cuartos hacia el hervidero del fondo.

En todos los años que llevaba viniendo aquí, Cal nunca había visto nada incrustado en la ladera del Foso -nada que no fueran raíces y maleza, claro-, pero las gruesas corrientes de agua que caían por los lados ya habían provocado una gran erosión.

El objeto parecía grande y metálico.

Y el lánguido cuerpo de Hank daba tumbos hacia ella.

Esta vez, sólo gritó Cal.

"*¡Hank!*"

Extendió la mano inútilmente, en realidad por instinto, ya que no había ninguna posibilidad de alcanzar a Hank. Lo único que Cal pudo hacer fue contemplar horrorizado cómo el cuerpo de su amigo daba una última voltereta y su espalda se estrellaba contra el objeto

metálico.

Un trueno estalló en el momento del impacto, dando al sonido de la columna vertebral de Hank una cualidad etérea y monstruosa que hizo que todo el cuerpo de Cal se estremeciera. A través de una visión empapada de lágrimas y lluvia, vio cómo los párpados de Hank se despegaban, sus ojos se desorbitaban y su boca se torcía en una mueca.

Luego se quedó quieto.

Completamente quieto.

Cal se lanzó tras él, tirando la cautela al viento. Pero antes de que pudiera alcanzar a Hank, su cuerpo empezó a moverse de nuevo, no de forma caricaturesca como antes, sino esta vez lánguidamente, arrastrado por la superficie del barro como una gota de lluvia preñada.

Respirando con dificultad, con la garganta ardiendo, Cal llegó por fin hasta su amigo.

Se dejó caer de rodillas, hundiéndolos a ambos en el barro mientras rodeaba la cintura de Hank con los brazos, enraizándolos, deteniendo por fin lo que había parecido un descenso infinito. Otro líquido, algo más espeso que la lluvia que lo empapaba, cubrió toda la espalda de Hank y, finalmente, también las manos de Cal.

No necesitaba la débil iluminación de la luna semicubierta para revelar lo que era.

Él ya lo sabía.

Cal tragó saliva y volvió a mirar hacia el lado de la gravera.

El objeto metálico que Hank había golpeado era más claramente visible desde abajo, y por fin se dio cuenta de lo que era. Era la retroexcavadora de una excavadora gigante, y una de las enormes puntas metálicas que salían de la cuchara estaba cubierta de sangre. La lluvia golpeaba la retroexcavadora, haciendo que la sangre corriera por la brillante superficie metálica, donde acababa mezclándose con la lluvia que se deslizaba hacia él. Los ojos de Cal siguieron los finos zarcillos de líquido oscuro hasta que se unieron con la fuente.

"¡Hank!" gritó Cal, dándose cuenta de que el cuerpo de su amigo se había vuelto completamente rígido, incluso tetánico. Quería sacudir a Hank, para despertarlos a ambos de esta horrible pesadilla compartida, pero temía infligirle más daño. "¡Por favor, Hank, despierta!"

Los párpados de Hank se agitaron, y luego sus ojos rodaron hacia delante casi mecánicamente, como si requirieran un gran esfuerzo.

"Yo nunca... nunca quise..." Hank graznó.

sollozó Cal.

"¡Cállate! No importa, Hank. Sólo cállate."

La espalda de Hank se tensó de repente y Cal sintió que más sangre

de la herida le cubría los brazos.

"¡No, no te muevas! No puedes moverte, estás sangrando".

Hank volvió a cerrar los ojos y respiró entrecortadamente.

"Cal, Stacey estaba equivocada. No *crees que* eres mejor que nosotros, mejor que Mooreshead, pero *lo eres*. Estás destinado a cosas más grandes que esto".

Cal ignoró el comentario de su amigo y volvió rápidamente la vista hacia la ladera.

Stacey...

Entonces cayó un rayo, un cisma de brillo en el cielo.

Y fue entonces cuando la vio, mirándole fijamente con algo parecido al odio, o al miedo, o a ambas cosas.

O algo totalmente distinto.

"¡Stacey!", gritó, con la voz ya ronca de intentar hacerse oír por encima del torrencial aguacero. "¡Ve a buscar ayuda! Por *favor*.

Permaneció congelada en su sitio.

"¡Stacey!"

Pero ella seguía sin contestar.

Hank suspiró y Cal se volvió hacia él.

"¡No, no, no! Abre los malditos ojos, Hank. No vas a ir a ninguna parte."

Y para su sorpresa, Hank le hizo caso.

Sólo que ahora tenía los ojos nublados, sin la lucidez de hace un momento.

Cal se limpió el agua de la cara, pero nada cambió; los ojos de Hank *eran* oscuros, las pupilas enormes, ocupando inexplicablemente todo el blanco.

Y en el centro de esas pupilas había motas de arena, motas que crecían y crecían y crecían, hasta que Cal se dio cuenta de que estaba mirando una especie de oleaje.

Un surf... dentro de los ojos de mi amigo... ¿qué está pasando?

Se le ocurrió que las drogas o las esporas de moho que habían alterado su mente en la biblioteca debían de seguir afectando a sus sentidos.

"Esto no es..." *posible*, quiso decir, pero otra voz le cortó a mitad de frase.

"Tienes una historia que escribir, Cal... *una historia importante, más importante que la de Mooreshead, aunque aquí es donde empezó, y este es el lugar al que volverás",* susurró alguien -Hank, *tenía que ser Hank, ¿quién si no*?

Y si no era Hank, Cal no estaba seguro de poder lidiar con las implicaciones.

"Por favor", susurró Cal. "Oh, por favor, Dios, no le dejes morir."

Pero Hank y cualquiera que fuera el Señor que presidía La Fosa se

declararon ignorantes o desafiantes y no intervinieron.

La espalda de Hank se arqueó una vez más y luego se quedó completamente inmóvil.

"¡No! *Por favor..."*

Pero las palabras se le cortaron de la garganta cuando el cielo se abrió de repente y el sol *-Dios* mío, es *casi medianoche, ¿de dónde ha salido el sol?- se abatió* sobre Cal calentándole de una forma que nunca creyó posible.

Capítulo 14

Euforia.

Cal bebía de vez en cuando en esta misma gravera con sus amigos y dos veces había probado a fumar hierba. Pero aunque estas influencias siempre le dejaban una sensación de calma, un respiro agradecido ante la avalancha constante de pensamientos, nunca había sentido nada parecido.

Era como si cada una de sus neuronas se hubiera disparado a la vez, neurotransmisores incipientes de dopamina tendiendo puentes sobre cada hueco, cada sinapsis. Si no hubiera sido virgen, podría haber comparado la sensación con aquel primer orgasmo.

Por una vez en su vida, Cal se sintió *completo*, íntegro.

Y también sintió algo más... un suave tirón de su propia esencia, que no le empujaba hacia el sol que brillaba sobre él con una furia casi cegadora, sino hacia el fondo del pozo.

Como el encanto del mar, contemplando su brillo infinito, calmado por su superficie arrulladora e hipnótica, Cal sintió la necesidad de bajar a la cuenca, que seguía espumeando y hirviendo con una febrilidad impenitente.

La madriguera *de Leporidae* estaba *allí mismo*, justo debajo del charco de agua agitada que de repente olía más a salmuera salada que a lluvia cargada de limo.

La mandíbula de Cal se desencajó y, en ese momento, el sol volvió a parpadear y se vio transportado de nuevo a su realidad actual, con los brazos alrededor del cadáver de su amigo. En algún momento, había bajado la cabeza hasta el pecho de Hank.

Harás un sacrificio, todos lo hacen, había dicho Seth Parsons. *La madriguera* del Leporidae *es larga y profunda...*

Cal se enderezó y se miró con curiosidad, como si lo que estuviera viendo fuera nuevo para él, como si aquel cuerpo no fuera el mismo que había habitado durante los últimos quince años. Había eyaculado en sus vaqueros, se dio cuenta con horror.

Por muy placentera que hubiera sido la experiencia de hacía unos momentos, ahora le invadía una sensación de presentimiento.

Y la culpa.

Aún llorando, trató de ponerse en pie, pero se vio incapaz. Sus rodillas se habían hundido profundamente en el espeso barro mientras acunaba a su amigo, y ahora le llegaba casi hasta la entrepierna.

Cal gruñó mientras empujaba los puños hacia abajo, pero esto sólo sirvió para enterrar sus manos y muñecas en el barro.

En ese momento, el cielo se abrió, y a Cal le pareció como si un océano entero se derramara ahora sobre él, enviando un diluvio a la

cuenca como si fuera el punto más bajo de la Tierra.

Cal empezó a gritar y escudriñó la cresta donde había visto a Stacey hace unos instantes.

Sólo que ella ya no estaba allí.

Sus ojos recorrieron todo el perímetro del Foso, moviéndose tan rápido que se sintió mareado.

"¡Stacey! *Stacey!"* gritó.

Fue inútil. Los truenos parecían coincidir con cada vez que abría la boca, ahogando sus palabras con su bravuconería celestial.

El flujo de agua era tan fuerte que, en unos instantes, Cal no sólo seguía hundiéndose, sino que también se movía, deslizándose hacia la cuenca del abrevadero.

"¡Joder!", maldijo, aferrándose aún al brazo de Hank con la mano izquierda. De algún modo consiguió girar el cuerpo de modo que quedara mirando hacia fuera del pozo, y se agarró al barro, con la intención de tirar de ambos hacia la superficie.

Sus dedos se cerraron sobre nada más que agua.

Cal resbaló sobre su estómago y el agua le salpicó la cara, haciéndole chisporrotear. La corriente era tan potente que intentaba forzarle la cabeza hacia abajo, empujarla hacia el barro, ahogarlo.

No lo permitiría.

Cal subió el cuello, rompiendo por fin la superficie.

Un rápido vistazo mostró que se había deslizado más cerca del fondo del pozo, con Hank a la cabeza.

"¡No te dejaré ir!" gritó. "Hank, ¡no te dejaré ir!"

El cuerpo de Hank estaba casi cubierto de agua y, aunque parecía flotar, por mucho que Cal tirara de él, no se movía.

Era como si algo sostuviera allí a Hank, y también a Cal, arraigándolos.

Algo que desesperadamente deseaba -necesitaba- que entraran en la cuenca hirviendo a fuego lento.

Cal tragó saliva y trató de salir de la gravera.

Fue inútil. Con una mano en Hank, seguía deslizándose más abajo.

Hank lo estaba arrastrando.

Sollozando ahora incontrolablemente, se volvió hacia la piscina, que estaba a sólo dos o tres metros de la cabeza de Hank.

A pesar de que el agua caía a torrentes por todas partes, el estanque echaba más espuma de la debida.

Más de lo que era natural.

Y entonces Cal lo vio.

Una mano, negra como el alquitrán, rompió la superficie. Al principio sólo las yemas de los dedos, por lo que el instinto inicial de Cal fue que sólo se trataba de alguna otra maquinaria desechada que llevaba mucho tiempo enterrada.

Pero cuando vio la forma familiar de una palma, y luego una muñeca, supo que aquello no era una máquina.

Cuando una segunda mano rompió la superficie, y luego una tercera, seguidas rápidamente por otras, tantas que no podía contar, todas agarrando desesperadamente el aire, Cal supo que aquello no era una ilusión.

Y también sabía lo que les pasó a esos trabajadores, hace tantos años.

"No, por favor", sollozó. "Oh, por favor, Dios, sálvame".

Pero Dios no existía; o si existía, no estaba aquí, no estaba en La Fosa.

Y no estaba escuchando.

Sólo estaba Cal y su historia, que ahora incluía el cadáver de Hank.

Intentó una vez más tirar de Hank ladera arriba, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Una de las manos que agarraba finalmente el pelo de Hank tiró de él.

El tirón fue feroz, arrastrando toda la cara y los hombros de Hank bajo el agua, lo que hizo que Cal, que aún sujetaba el brazo de su amigo, resbalara en el barro.

Tras sentir cómo le resbalaban las rodillas, una idea, una idea horrible, terrible, se formó en su mente.

Hank volvió a asomar la cabeza, con los ojos negros aún muy abiertos.

"Lo siento mucho", susurró mientras una segunda mano, esta vez envolviendo la nariz y la boca de Hank, se unía a la primera.

Cal esperó y, cuando volvieron a tirar de él, se dejó arrastrar con él. La mitad superior del cuerpo de Hank fue arrastrada bajo el agua y, justo cuando Cal sintió que el tirón cedía, plantó el pie en la cadera de Hank y empujó.

Vaciló el tiempo suficiente para ver cómo el cuerpo de su amigo se sumergía por completo, dejando a su paso una serie de pequeñas burbujas.

Y eso fue todo.

Hank Harper, su mejor amigo, había quedado reducido a un recuerdo y a una serie de burbujas en menos del tiempo que se tarda en atar un cordón de zapato.

Cal gritó una vez más, algo ininteligible esta vez, y luego dio la espalda a la madriguera.

Comenzó a trepar por la ladera del Foso, luchando contra el agua y la tentación, hasta que finalmente llegó a la cima.

Capítulo 15

Cal golpeó con el talón de la mano la gran puerta de madera.

"¡Abre la puerta!", gritó con todas sus fuerzas mientras golpeaba. "¡Abre la puta puerta!"

Rodaron los truenos y Cal volvió la cabeza hacia el cielo mientras seguía golpeando hasta que se le entumecieron las manos. La lluvia le llenó los ojos, los cerró y luego la escupió por la boca.

Vio la cara de Hank, sus ojos negros, y luego recordó la euforia fugaz.

¿Qué ha pasado ahí abajo? ¿Qué coño acaba de pasar?

Las propias palabras de Hank susurraban en su mente: *Un pasaje al Infierno, Cal. Dicen que los hombres habían desenterrado un pasaje al Infierno*.

Se oyó un chasquido, y la siguiente vez que su puño avanzó, tropezó con él.

"¿Hola?", tartamudeó una mujer, apartándose para evitar que Cal atravesara la puerta.

"¡Estamos cerrados, señor!"

Cal recuperó el equilibrio y parpadeó para que las lágrimas y la lluvia desaparecieran de sus ojos. Cuando por fin los enfocó, se encontró mirando fijamente a una mujer de unos sesenta años, con la cara marcada por gruesas líneas. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta tan tirante que daba a sus cejas finas como el papel una perpetua expresión optimista, lo que muy probablemente era su intención.

"¿Qué? tartamudeó Cal, esforzándose por recuperar el aliento. "¿Dónde está? ¿Dónde está Seth?"

La mujer le miró con desconfianza.

"¿Estás tomando algún tipo de droga?"

"¿Qué? ¡No! ¿De qué estás hablando?" Cal apretó los dientes, tratando de enterrar su frustración. "¿Dónde está Seth? Necesito hablar con Seth. Tiene que decirme adónde se lo llevaron".

La mujer, claramente preocupada, dio un pequeño paso atrás.

"Escucha, no estoy seguro de lo que está pasando aquí, o en qué estás, pero mi primo segundo es amigo del Sheriff. Creo que deberías salir de aquí y ponerte sobrio antes de que le llame".

Cal sintió que la cara se le ponía roja. Después de todo lo que había pasado, no podía creer que esta mujer le estuviera haciendo esto ahora. Extendió la mano y la agarró por los hombros.

"¡Dime dónde está Seth! ¡Necesito hablar con él!"

La mujer abrió mucho los ojos.

"Me haces daño", susurró ella y Cal, dándose cuenta por fin de lo

que hacía, la soltó y retrocedió. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, pero la intensidad de sus palabras no cambió.

"Seth Parsons... Necesito hablar con él. Por favor, si está aquí, necesito hablar con él ahora mismo".

La mujer no se molestó en ocultar su miedo y se acercó al escritorio del fondo de la sala mientras hablaba.

"No conozco a ningún Seth Parsons. Nunca he oído hablar de él."

"¿Qué? Estuvo aquí antes."

La mujer ya estaba casi en el mostrador.

"¿Es... un estudiante, como tú?"

Cal sacudió la cabeza y miró alrededor de la habitación. Estaba tan borrosa como antes e igual de vacía.

¿Dónde coño está?

"No, no es un estudiante. Es el... el...", se devanó los sesos, tratando de encontrar la palabra que había utilizado Seth.

¿Cultivador? ¿Cremador? ¿Qué coño es?

Y entonces se le ocurrió.

"¡El Conservador!", exclamó. "¡Es el Conservador!"

Cal esperaba que las facciones de la mujer se reconocieran y se sintió muy decepcionado cuando no lo hizo.

No tenía ni idea de quién o de qué estaba hablando.

Cal avanzó a grandes zancadas y la mujer se acobardó. Su vergüenza sólo era superada por su confusión y frustración.

Pero el bibliotecario no era su objetivo. En su lugar, se dirigió hacia la puerta de la izquierda, por la que Seth había salido después de mear.

Sólo que no había puerta; al menos no una que Cal pudiera ver.

"¿Qué coño está pasando?", susurró, pasando las yemas de sus dedos podados por la pared, buscando una costura. "¿Dónde está la puta puerta? ¿Dónde está el baño?"

En algún lugar detrás de él, oyó que la mujer se levantaba y corría hacia el teléfono del escritorio.

Cal no le hizo caso.

Las lágrimas llenaban ahora su visión, amenazando con derramarse.

"¿Dónde estás?"

Unos segundos más de búsqueda desesperada y Cal se dio por vencido. Con renovada determinación, se apartó de la pared y se centró en la estantería. Alguien había movido la escalera desde que Cal había estado allí antes, y ahora bloqueaba la zona en la que se había inclinado para colocar el libro de tapa verde.

Su libro.

Cal empujó la escalera para apartarla del camino, las ruedas zumbaron sobre la vía mientras se deslizaba por el raíl.

Luego se arrodilló y empezó a examinar la fila inferior de libros. Pasó los dedos por las encuadernaciones, buscando un lomo en particular.

Pero, al igual que en su búsqueda de la puerta, no encontró nada.

"¿Qué coño está pasando aquí?", dijo en voz baja. Un repentino y agudo dolor surgió detrás de sus ojos y los apretó con fuerza, apretando los dientes.

Cal se sentó y trató de frenar la aceleración de su corazón respirando hondo varias veces.

No sirvió de nada.

Cada respiración le recordaba a la última de Hank, cuando su cuerpo se había tensado y finalmente se había aflojado.

Y la imagen de Hank le recordó la euforia, el sol golpeándole, su eyaculación.

Y a partir de ese momento, supo que cualquier placer que pudiera experimentar estaría ligado para siempre al dolor, a ese instante de pérdida.

Los ojos de Cal se abrieron de golpe y vio rojo.

Cogió el primer libro que vio y lo arrancó de la estantería, arrojándolo tras de sí. Luego cogió el siguiente y también lo tiró.

Luego el siguiente, y el siguiente después de ese.

En menos de un minuto, Cal había arrancado toda la hilera de libros, al menos cincuenta, quizá más, y los había esparcido detrás de él como si se preparara para su versión de la Hoguera de las Vanidades.

"¿Dónde coño está?", gritó. Y luego, con cada palabra, sacó otro libro y lo arrojó a la pila con los demás. "¿Dónde coño está?"

Sólo entonces se dio cuenta de que podía oír el débil pero claro sonido de las sirenas procedentes de algún lugar del exterior.

Cal dejó de sacar libros y se puso de pie. Cada uno de sus movimientos era ahora lento, laborioso, como si alguien hubiera aspirado el aire de la biblioteca y lo hubiera sustituido por un fino caramelo.

Se volvió hacia la mujer, que ahora estaba acurrucada bajo el escritorio, con el teléfono aún pegado a la oreja.

Ni siquiera le miró.

"Lo siento", dijo en voz baja. "Lo siento mucho."

No había un objetivo específico para esta disculpa, aunque podría haber habido muchos.

El bibliotecario.

Stacey.

Brent.

Sus padres.

Y, por supuesto, Hank.

Cal se tambaleó hacia la puerta. Cuando sus manos chocaron contra ella, se abrió con más facilidad de lo que su tamaño sugería.

Un segundo después, estaba de nuevo fuera, bajo la lluvia, y un segundo después, estaba corriendo, dejando atrás a Mooreshead tan rápido como podía.

Callum Godfrey estaba desesperado por tener emociones en su vida, pero nunca había soñado que llegarían así.

Mooreshead, que era aburrido con mayúsculas, se había convertido de repente en algo peor.

Algo mucho, mucho peor.

PARTE II- La vista de la médula

Capítulo 16

DÍA PRESENTE

Robert Watts sabía que estaba soñando, pero por alguna razón, esto no parecía importarle. *Debería* haberle importado, debería haberle importado mucho, pero no era así.

Quizá los sueños también formen parte de la Médula... restos de la quididad de otros... del Mar, pensó distraídamente. *Tal vez hay pistas en estos sueños, pistas para hacer que todo esto desaparezca. Para volver a como eran las cosas antes...*

Había un hombre en la cama, tumbado boca arriba, con las pálidas plantas de los pies apuntando hacia Robert. Justo por encima de las rodillas del hombre, su mirada se dirigió hacia arriba, siguiendo ahora otro cuerpo, uno con las nalgas lisas y desnudas, y la espalda arqueada.

Era una espalda que reconocía bien. Sus ojos siguieron subiendo, pasando por los suaves omóplatos y luego por la suave curva del cuello. El cabello oscuro de la mujer estaba retorcido hacia un lado, cayendo en cascada sobre la parte delantera de un hombro y fuera de la vista. Se balanceaba rítmicamente, deslizándose hacia delante y hacia atrás sobre el hombre de pies pálidos, que permanecía inmóvil.

Robert descubrió que no sólo podía ver en este sueño, sino que también podía oír; podía escuchar el suave sonido de una mujer gimiendo, los maullidos coincidiendo con cada movimiento de sus caderas.

Wendy, pensó, con una punzada de culpa y rabia golpeándole simultáneamente en el plexo solar.

"Más rápido", roncaba un hombre. "¡Más rápido, más rápido, *más rápido!*"

Robert tragó saliva y, de algún modo, consiguió girar su forma etérea para poder observar a la pareja desde un lado. En realidad no quería ver, se sentía como un voyeur, pero Robert sabía que *tenía* que ver.

Sus ojos se posaron en el vientre de la mujer, pero por suerte sus genitales estaban juntos, lo que al menos le evitó esa visión. Vio la redondez de sus pechos, sorprendentemente llenos a pesar de su delgadez, con gotas de sudor en la parte superior y los pezones, sonrosados y rosados, erectos. El hombre se colocó detrás de ella y sus manos, peludas como sus pantorrillas y espinillas, le agarraron las nalgas, apretando el cuerpo de ella contra el de él.

Se le escapó entonces un sollozo y el rítmico coito cesó de repente.

"¿Has oído eso?", susurró el hombre.

"No", respondió rotundamente la mujer. "Sigue adelante".

"He oído algo", levantó la cabeza el hombre, y Robert sintió que todo su ser se ruborizaba de ira.

Era Landon, el puto Landon Underhill, su antiguo jefe cuando trabajaba en Audex Accounting.

Sudaba y su boca, casi oculta por su espesa barba castaña, estaba cerrada con fuerza.

"No, en serio, he oído..."

La mujer se volvió entonces y sus ojos se clavaron directamente en Robert. Su corazón, que antes latía con fuerza en su pecho, dejó de latir.

No fue Wendy.

Era su cuerpo; Dios sabe que había pasado más que suficiente tiempo con ese cuerpo, especialmente en sus primeros años, pero no era su cara.

Robert sintió que iba a vomitar.

El rostro que le devolvía la mirada tenía enormes orbes negros por ojos, su protuberancia era tan pronunciada que parecían no tener párpado. No tenía nariz; en su lugar había un agujero en el centro de la cara. El aire entraba y salía por aquel orificio bastardo, y Robert se dio cuenta, con creciente horror, de que lo que había confundido con manifestaciones de éxtasis exacerbado era simplemente aire que entraba y salía por el agujero como una máquina de vapor desenfrenada.

Los gusanos se retorcían dentro y fuera de la carne putrefacta de su cara, dejando huellas similares a los puntos de sutura insertados por un cirujano aficionado.

Era Jacky Sommers, la belleza de pelo dorado de la finca Harlop, con la que tanto tiempo atrás había tenido una cita en el barro.

"¿Qué haces aquí?", siseó el cadáver putrefacto. El sonido era silbante y horrible, provenía no sólo de detrás de la boca sin labios, sino del agujero que era su nariz y de la lágrima que tenía en la mejilla. "¡No deberías estar aquí!"

Robert intentó salir del sueño, dirigir su cuerpo, su mente, hacia otra parte, pero se dio cuenta de que no podía.

Cuando la mujer apoyó sus huesudos dedos en el colchón y se zafó de Landon, que ahora sonreía, con una fina línea en la barba que se extendía de oreja a oreja, Robert intentó gritar, pero una vez más se vio incapaz.

Jacky empezó a deslizarse hacia él a cuatro patas, con los pechos ahora azules y venosos y caídos casi hasta el suelo.

"No deberías estar aquí", volvió a decir con esa horrible voz.

Ya casi estaba sobre él. A cada centímetro que avanzaba, la carne de sus brazos parecía descomponerse una semana, un mes, un *año*, y

la piel adquiría tonos azulados, verdes y negros.

Se desprendió en grumos pútridos.

Alguien -Landon- se reía, un horrible y profundo sonido retumbante que hizo que a Robert le palpitara la cabeza y se le nublara la vista.

Y entonces Jacky estaba justo delante de él, apestando a podredumbre y putrefacción.

Fue entonces cuando Robert se dio cuenta de que tenía un cuerpo en este mundo onírico -*su* cuerpo- y que estaba completamente desnudo.

Pero al igual que antes, se sentía como una cáscara orgánica, simplemente un recipiente para su mente, y cualquier conexión que una vez había unido a los dos se había roto, roto y tirado a un lado como leña.

No podía moverse, ni siquiera podía levantar un dedo y mucho menos retroceder.

La mujer, la bestia, la abominación se echó hacia atrás y le puso sus horribles pechos en la cara.

Tuvo arcadas, pero como la mayoría de sus funciones viscerales, fue incapaz incluso de vomitar.

Una horrible y serpenteante lengua salió de su boca sin labios en un gesto extrañamente provocativo y él descubrió con asco que sentía una familiar opresión entre las piernas.

La cosa que una vez había sido Jacky Sommers se inclinó hacia atrás y su mano huesuda y esquelética serpenteó y apretó la carne entre sus piernas.

"No", gimió, sorprendido de haber podido pronunciar la palabra.

"Oh, sí, Robert Watts. Oh, sí", siseó la cosa.

Y luego estaba encima de él, a horcajadas sobre la parte inferior de su cuerpo, como había hecho con Landon hacía unos segundos.

Robert no deseaba otra cosa que salir de allí, librarse de esta horrible pesadilla, independientemente de los indicios o pistas que intentara darle, pero la tracción de esta realidad era sencillamente demasiado fuerte.

En cuanto penetró en el cadáver de Jacky, sintió cómo se le tensaban las entrañas y se le acumulaba en el escroto un cosquilleo que le resultaba familiar.

Robert eyaculó de inmediato, y aunque era horrible -la vista, el olor, la simple *idea- el* placer fue inmenso, y un gemido largo y ondulante salió de su boca.

Durante un breve segundo, sus ojos se cerraron.

Un soplo de putrefacción le golpeó en la cara y volvió a abrirlos.

La bestia, Jacky Sommers, o Wendy, o lo que fuera, había desaparecido. En su lugar estaba Shelly, con el vientre enorme, redondo y distendido.

Ella estaba de espaldas y parecía dormir, y Robert, confuso, miró hacia su propio cuerpo, temiendo seguir desnudo, con la polla cubierta de carne en descomposición.

Pero no estaba desnudo; llevaba pantalones cortos.

¿Qué me está pasando? se lamentaba su mente. *¿Qué me está pasando?*

Sus ojos volvieron a posarse en el vientre de Shelly y, por un momento, vio movimiento en su interior. Al principio, era una simple presión indistinta, pero a medida que la sombra recorría su vientre, *dentro de* su vientre, Robert se dio cuenta de que había adquirido una forma que reconocía.

El objeto se movía de un lado a otro, como si el feto se agitara, y luego se detenía en el centro.

Empezó a empujar y, para horror de Robert, distinguió tres impresiones distintas.

Talones.

Unas garras que coincidían con las marcas de su pierna, las que se habían grabado en su carne cuando Leland, su padre, le había tocado.

Y entonces Shelly gritó.

Robert trató de taparse los oídos, de bloquear sus gemidos, pero su cuerpo no se lo permitió. De todos modos, no habría importado.

El sonido estaba a su alrededor, dentro de él.

Y también había algo más. La risa, risa que primero había confundido con la de Landon, había vuelto.

Sólo que no era de Landon.

Era de Leland.

"Ya viene el bebé, Robert", resonó una voz masculina en su cabeza, cortando el zumbido agudo de los llantos agónicos de Shelly. "El bebé vendrá muy pronto y, cuando lo haga, volveremos a ser una familia".

Capítulo 17

Cal se quedó mirando el cuerpo febril y apretado de su amigo, mientras los ojos de Robert se ponían en blanco.

"¿Le despertamos?", preguntó en voz baja.

Chloe Black, que desde entonces se había despojado de la capa y, por tanto, del apodo homónimo, negó con la cabeza.

"No", dijo con su voz grave. "Necesita dormir. Por favor, déjale dormir".

Cal seguía observando a su amigo, intentando desesperadamente, y sin conseguirlo, comprender por lo que debía de estar pasando. Claro, Cal tenía un pasado torturado, pero nada como el de Robert.

Robert había perdido a su mujer, a su hija. Había mirado fijamente a los ojos del mal puro, se había enfrentado a su propia alma.

Había encontrado a otra mujer, y también la había perdido.

Y ahora esto.

Le arrebataron a su hija nonata, reducida a un peón en el loco juego de Satán.

La mejilla de Robert se crispó y Cal resistió el impulso de rodearlo con los brazos, de abrazarlo fuerte, como había hecho una vez con Hank Harper.

"Qué..." se aclaró la garganta. "¿Qué le está pasando?"

"Ha tenido una ruptura... su mente se ha hecho añicos y está intentando curarse".

La respuesta de Chloe había sido tan rápida y había sonado tan clínica que atrajo su mirada.

Le resultaba difícil mirar directamente a la mujer, y no era sólo porque su rostro pareciera la piel azotada de una mula alquilada. Era algo más, había algo secreto enterrado en ese rostro lleno de cicatrices.

Y estaba harto de secretos.

Los secretos -los de Rob y Sean, los de Shelly- eran lo que les había llevado a este lugar, a este momento.

"¿Cómo puedes saberlo?"

Chloe apartó la mirada y Cal la siguió hacia el agua que dominaba el terraplén. Se parecía mucho a la forma en que se imaginaba la Médula, toda espumosa y agitada, una tórrida mezcla de disensión y confusión.

Sólo que no era la Médula. Era el Puerto de Nueva York o el Océano Atlántico, o algo totalmente distinto.

Habían caminado tanto, durante tanto tiempo, primero por los túneles que se alejaban del Orfanato del Sagrado Corazón, y luego por el terreno rocoso, hasta llegar a esta playa, que ya no estaba

completamente seguro de dónde se encontraba.
"Lo sé", comenzó Chloe lentamente. "Porque vi cómo le pasaba a alguien antes".
La mirada de Cal se dirigió a la parte posterior de su cabeza, a las asustadas cintas que formaban su cuero cabelludo.
Su vida también se había hecho pedazos, literalmente. Su familia estaba destruida, sus dos hijos enzarzados en una lucha a muerte que él nunca habría imaginado antes de que todo esto empezara.
Aiden se adelantó y formuló la pregunta que rebotaba en el cerebro de Cal.
"¿Quién? ¿A quién le pasó esto antes?"
Chloe vaciló y, cuando Cal alargó la mano y le rozó el dorso del brazo, retrocedió.
"Leland", dijo rotundamente. "Le pasó a Leland".
Cal se quedó helado y oyó a la agente Cherry o al detective Hugh exhalar ruidosamente a su espalda.
¿Leland? ¿Esto le pasó a Leland?
Una imagen de la cosa que había salido del portal en el pecho de Sean, una cosa enorme y alada con pezuñas de hierro destelló en su mente e involuntariamente se estremeció.
A Cal le resultaba difícil imaginar a Leland como algo remotamente humano, y mucho menos como algo que se pareciera, ya fuera en forma o en espíritu, a su amigo que yacía desplomado en el suelo a sus pies.
El zumbido de un teléfono rompió el incómodo silencio y Cal apartó por fin los ojos de Chloe y del agua.
El agente Cherry, con la cara hecha un lío de moratones y manchas oscuras, sacó un teléfono del bolsillo. Los labios del hombre estaban secos, y Cal sabía lo que era a pesar de que aún no habían compartido más de una docena de palabras.
Podía verlo en su cara.
Era un adicto y el hombre estaba buscando su próxima dosis. Si Cal hubiera tenido que adivinar, habría elegido el alcohol como droga.
Cherry miró el teléfono y, al ver un número que reconocía, carraspeó y contestó.
"Agente Cherry".
Hubo una breve pausa, durante la cual levantó la mirada. Los cinco pares de ojos estaban clavados en él, pero no parecía inmutarse.
"Sí. Ha habido un... algún tipo de..."
El agente Cherry hizo una pausa para escuchar.
"Sí, claro. Lo comprendo".
Se quitó el teléfono de la oreja, con una expresión extraña en el rostro. En lugar de guardárselo en el bolsillo, se lo tendió a Chloe.
"Es el Director Ames del FBI, y quiere hablar con usted."

Al principio, Cal se sorprendió, pero luego recordó algo que Chloe le había dicho en el coche, cuando sólo la conocía como la Capa.

Hay gente en las altas esferas que sabe de esto... que podría ayudar.

La mano pequeña y llena de cicatrices de la mujer se estiró y cogió el teléfono, y luego les dio la espalda.

"¿Sí?" Hubo una pausa, y luego Chloe dijo: "Sí, pero necesitamos evacuación en helicóptero".

Y luego se quedó callada.

Cal esperó casi un minuto, antes de que Chloe se quitara el teléfono de la cabeza y colgara sin pronunciar otra palabra.

Se lo devolvió a la agente Cherry.

Entonces, por enésima vez, Chloe se volvió para mirar el agua. Cal sintió otra punzada de tristeza por la mujer desfigurada.

"Brett y Hugh, ¿tienen otros asuntos que atender, creo?"

Cal respiró hondo y frunció las cejas.

"¿Qué? No puedes dejarnos..."

Chloe le hizo callar levantando un dedo.

"Brett..."

El hombre cerró los ojos hundidos y se quedó tan quieto que Cal pensó que se había quedado dormido de pie. Hugh, con una expresión confusa en su joven rostro, alargó la mano para tocar al otro hombre, pero antes de que sus dedos rozaran su brazo, los párpados de Brett se abrieron.

"Sí; tenemos que irnos". Se volvió hacia Hugh, que le miraba expectante. "Necesito tu ayuda, Hugh. El director del FBI Ames ha preguntado si vendrías conmigo".

Las cejas claras de Hugh se alzaron.

"¿Dónde?", preguntó en voz baja.

Cal observó la escena con incredulidad. Que él supiera, los dos hombres acababan de conocerse y, sin embargo, Hugh ya le parecía sumiso, agente del FBI o no. En el orfanato, Cal había visto la forma en que Hugh miraba al otro detective, de más edad, el que había sido asesinado por Bella y enviado a la Madriguera.

Hugh miró al hombre. Y ahora que se había ido... bueno, Hugh se quedó con las ganas.

Cal no le culpaba. Lo mismo le había pasado cuando había huido de Mooreshead, después de que Hank...

Alejó esos pensamientos de su mente.

"Vamos hacia el sur", respondió Brett con un suspiro. "Hay algo que tengo que terminar. Algo maligno, algo que se llevó a mi... mi compañera, Kendra". Bajó la voz una octava. "Mi Ken-Ken."

El nombre le sonaba extrañamente familiar a Cal, pero no podía ubicarlo. Le parecía que en este mundo había fibras, pequeños hilos invisibles, que lo conectaban todo con la Médula.

Y por lo que él sabía, también a otros mundos.

Todo estaba conectado... todo era una historia que contar.

Su historia.

"De acuerdo", fue la única respuesta de Hugh.

Los dos hombres se volvieron entonces hacia Cal y Chloe, y luego hacia Aiden, que se mantenía respectivamente a metro y medio detrás de ellos en todo momento.

"Volveremos... antes de que todo esto termine, Hugh y yo volveremos y ayudaremos a terminar esto... a terminar *esto*", prometió Brett.

A pesar de los evidentes problemas del hombre -alcohol*, es alcohólico-,* por alguna razón Cal sabía que se trataba de una promesa que sólo se rompería si su quiddidad era enviada a la Médula.

"No puedes... necesitamos... *ahhh*", balbuceó Cal. Era una causa perdida. Aquellos hombres se habían ido a cumplir otro deber, otra historia. Sacudió la cabeza con disgusto, disgusto, angustia.

"Volveremos", repitió Brett, y con una última inclinación de cabeza hacia Aiden, giraron sobre sus talones y se alejaron.

Sur...

El sur parecía muy lejos. Demasiado lejos, tal vez.

Cal los vio marcharse, con la cabeza baja y los hombros caídos.

"Es la hora", susurró Chloe desde detrás de él.

Cal respondió sin volverse, con los ojos aún fijos en las siluetas de los dos hombres que se desvanecían.

"¿Tiempo para qué?"

Su respuesta le heló la sangre, trayéndole un torrente de recuerdos de su adolescencia, recuerdos que había guardado bajo llave.

"Hora de ver al Conservador, Cal".

Capítulo 18

"Tenemos que seguir moviéndonos", dijo Chloe.

Cal gruñó y se agarró a los trozos de madera a la deriva que él y la agente Cherry habían convertido en un travois improvisado antes de que el hombre se marchara. Los cuatro, incluido Aiden, se dirigían hacia la playa, distanciándose todo lo posible del orfanato.

Pero iba despacio. La arena era pesada y húmeda, y a Cal le costaba tirar del cuerpo de Robert, a pesar de los cambios que el suyo había experimentado en los últimos meses.

El Conservador.

Su respuesta inicial había sido de asombro, pero luego le invadió la incredulidad.

No podía ser el mismo hombre. No podía ser... ¿cómo se llamaba? ¿Stuart? ¿Steven? ¿Seth?

Sí, eso era, *Seth*.

Vio un destello de pelo largo y rubio, de acento californiano, si es que podía situarlo como tal. Una idea de California, en cualquier caso.

Seth Parsons.

No, no podía ser ese hombre, el mismo de la biblioteca. El del libro extraño.

Su libro, lleno de extraños dibujos arquitectónicos de túneles y tanques y otras cosas que no tenía por qué conocer y mucho menos reproducir.

Cal sacudió la cabeza y avanzó.

Eso fue un sueño, una alucinación inducida por las drogas. Nada más.

"¿Cuánto falta?", preguntó mientras contemplaba la extensión de playa gris. Sólo Cloe parecía saber exactamente adónde se dirigían, e incluso eso había quedado en entredicho después de la tercera o cuarta hora de caminar por la arena.

La noche había descendido sobre ellos como una nube de murciélagos, y ahora sólo tenían estrellas para iluminar su camino. Un rápido vistazo por encima de su hombro reveló que el orfanato hacía tiempo que se había fundido en el oscuro horizonte. Incluso la gigantesca aguja torbellino de luz y furia que se había extendido hasta los cielos ya no era visible.

"¿Podemos parar?", ofreció cuando no hubo respuesta a su pregunta inicial.

Tenía las manos llenas de ampollas y las piernas entumecidas de tanto caminar y tirar... y tirar y caminar.

Tenía los pies hechos un desastre, las zapatillas de correr sucias por la arena mojada.

Cal se preguntó brevemente si era posible hacer pie de trinchera en

menos de un día. Si lo era, lo había hecho, de eso estaba seguro.

Para su sorpresa, Chloe se detuvo en seco delante de él, y estuvo a punto de embestirla por detrás.

"Podemos pasar aquí la noche", dijo en voz baja.

Cal miró a su alrededor. La playa parecía interminable, extendiéndose eternamente en ambas direcciones. Mientras miraba, las nubes que cubrían la luna se ocuparon de otros asuntos y les proporcionaron la iluminación que tanto necesitaban. La luz azul se reflejaba en el agua, que desde entonces se había calmado hasta casi helarse.

Pero debajo de la superficie, no estaba quieta, sino rebosante de vida. Medusas fosforescentes se acercaban a la superficie en una hipnótica danza de neón, antes de sumergirse de nuevo en las profundidades. Los bancos de arenques formaban trayectorias claras y directas, como los propios vasos sanguíneos del océano. A lo lejos, Cal oyó el chapoteo de lo que podría haber sido la gran cola de una ballena abofeteando en la calma intacta.

"¿Aquí?", preguntó, con un temblor en la voz. No le gustaba estar a la intemperie, sobre todo con aquella horrible cosa alada tan cerca. "¿No estás preocupado por Leland? ¿La Cabra?"

Chloe negó con la cabeza.

"No, estamos lo suficientemente lejos ahora. No nos molestará aquí. Además, tiene lo que necesita".

Una imagen de Shelly, con la cara convertida en el epítome del terror y las manos agarrándose el abdomen hinchado, inundó su mente y se estremeció.

Ella no era suya -él había querido que lo fuera, sin duda-, pero no lo era. Era de Robert, y aún así se sentía culpable por haberla abandonado. Después de todo, era su amiga. Y la última vez que una mujer se había interpuesto entre él y un amigo, las cosas habían acabado mal para todos.

Muy mal.

Como si leyera su mente, Chloe dijo: "No podemos recuperarla. Sólo Robert puede hacerlo ahora".

Cal gimió y bajó suavemente el travois al suelo. Tras comprobar que Robert seguía dormido, si es que realmente era eso lo que hacía, Cal estiró la espalda y las piernas, tratando de eliminar parte del dolor que se había acumulado en el interior de sus músculos como cera fundida.

Luego dirigió su atención al lugar en el que se habían detenido y frunció el ceño.

La arena húmeda iba a ofrecerle poco consuelo, lo sabía. Si, por supuesto, era capaz de dormir.

"¿Por qué? ¿Por qué es...?"

Chloe le hizo callar.

"Recojamos leña y hagamos un fuego", dirigió su mirada hacia el cielo. "Esta noche va a hacer frío. Incluso podría llover".

"Pero..."

Se giró y la luz de la luna iluminó las cicatrices de su rostro como si fueran las hebras de una cuerda trenzada.

"Habrá mucho tiempo para hablar, Cal. Ahora, por favor, ayúdame a recoger leña. Aiden, quédate aquí y mantente en posición".

El hombre había estado tan callado durante el viaje que Cal había olvidado que estaba con ellos. Cuando miró a Aiden, se dio cuenta de que su figura parecía más sólida a la luz de la luna. No era completamente opaca -Cal aún podía distinguir una especie de representación de baja definición de la arena detrás de él si giraba la cabeza en un ángulo determinado-, pero ya no parecía tan endeble como antes.

Sí, todos habían hecho un sacrificio en esta guerra por la Médula.

Capítulo 19

"No me sorprende. Todo el mundo se cruza con el Conservador al menos una vez en la vida. La mayoría ni siquiera se fija en él o ella, pasan de largo sin enterarse. Sin embargo, algunos... algunos se *conmueven*".

Cal miró fijamente las llamas, observando cómo ascendían hacia arriba, bailando su danza seductora. Justo cuando creía ver algún tipo de imagen, entender su retorcida forma, se evaporaban a la luz de la luna.

"No pasé de él", dijo en voz baja. "O al menos él no pasó de mí. Me habló, me contó cosas, cosas que yo no entendía -todavía no entiendo- del todo".

Se hizo el silencio entre él y Chloe, y Cal aprovechó el momento para mirar a su amiga, como había hecho repetidamente en las últimas horas.

Para ver si Robert aún respiraba.

Y lo estaba. El pecho de Robert subía lentamente y luego bajaba. Estaba envuelto en un sueño profundo, profundo, algo que Cal envidiaba. El agotamiento le había rodeado el pecho con sus largos dedos y había empezado a apretarlo.

"El Conservador" ha existido por mucho tiempo, Cal. Mucho, mucho tiempo. Incluso más que yo, y tal vez incluso Sean Sommers, antes de que su tiempo terminara. Hay cosas que él sabe, de las que yo ni siquiera estoy al tanto. Cosas sobre la naturaleza de este mundo, sobre la Médula, sobre puertas".

¿Puertas? ¿Puertas hacia dónde?

Sacudió la cabeza, luchando contra los recuerdos de aquel día en Mooreshead. Con todo lo que había pasado en los últimos seis meses, sentía que su mente podría romperse como la de Robert si empezaba a revivir eso también.

"¿Qué va a pasar aquí, Chloe? ¿Cuál es el objetivo final de Leland?"

Chloe no contestó durante tanto tiempo que Cal pensó que podría haberse quedado dormida junto al fuego, como su hijo.

"Chl-"

Levantó la cara para mirarle, su boca sin labios se estiró en una línea fina y sin emoción.

"Leland tiene un objetivo: abrir una grieta en la Médula. Permitir que la quiddidad fluya desde la Médula y vuelva a este mundo", hizo una pausa antes de continuar. "Algo le ocurrió, algo le cambió. Antes era uno de nosotros, un guardián. Y, como yo, trabajó duro para mantener la Médula como una calle de sentido único. Claro que, a lo largo de las décadas, siempre ha habido disidentes entre nuestras filas,

aquellos que anhelaban más. A veces estos impostores vienen en forma de fanáticos religiosos, otras veces algo simplemente se rompe, como le pasó a Leland, y se descarrilan. Se obsesionan con la idea de que el yo es real, que vale la pena preservarlo, que es tan valioso que no debería residir simplemente en la Médula, sino que debería estar aquí en la Tierra, para siempre. Pero es una ilusión, Cal. El yo simplemente no existe".

Cal sacudió la cabeza. Ya había oído antes esa retórica, pero cada vez creía entenderla menos.

"¿Qué significa eso exactamente? Quiero decir que veo el mundo desde mis propios ojos, lo veo desde mi propia experiencia. ¿Pero *yo no* existo?"

Chloe se encogió de hombros.

"Existes, pero no de la manera que crees. No hay ningún hombrecillo detrás de tus ojos que guíe tus acciones, ningún supervisor de tu ser. Sólo existe tu biología, que se rige por tus experiencias y tu genética. Y también está tu quiddidad, tu esencia, que lo reúne todo en una unidad cohesiva. Y esta quiddidad debe ser devuelta a la Médula para que pueda convertirse en el pegamento de otros que aún no han nacido".

"Entonces, es... ¿qué? ¿Como la reencarnación?"

Chloe suspiró.

"Sí y no. Al menos no en el sentido religioso. A la gente le fascina la idea tradicional de la reencarnación por las razones más elementales: sigues viviendo, *tú*, el yo que no existe, se transpone a una nueva mente, a un nuevo cuerpo y puedes continuar tu viaje vital. Esto no es quididad, es fantasía. Sólo existe la vida y la médula, y la quididad que debe ser devuelta".

Cal deja que esta última frase se asimile por un momento.

"Entonces, ¿qué es la Médula? ¿Por qué existe? ¿Qué sentido tiene?"

Chloe respiró hondo, con un ligero silbido al pasar por donde antes estaba su nariz.

"Estoy cansada, Cal. Necesito dormir. Y tú harías bien en hacer lo mismo. Se acerca el momento de adoptar una postura, una postura que liderará Robert, pero en la que todos tenemos un papel que desempeñar. Mañana, cuando nos reunamos con el Conservador, sabrás más. Hasta entonces, descansa".

Cal debatió si contarle a Chloe lo del libro, aquel en el que había garabateado furiosamente todos aquellos años -sobre los túneles y los tanques que habían surgido aparentemente de la nada, pasando por su mente hasta su brazo, su mano, el lápiz y, finalmente, transcrito en la página-, pero decidió no hacerlo.

Él también tenía secretos. Y aunque con el tiempo podrían salir a la

luz, ahora no era el momento.

Chloe tenía razón, necesitaban dormir.

Pero le quedaba una pregunta antes de que se fueran a dormir.

"La Médula... significa el centro, ¿verdad?"

Chloe asintió con la cabeza, el fuego danzando al reflejarse en su único ojo bueno.

"¿Pero en medio de *qué,* exactamente?"

El cuerpo de Chloe se había quedado inmóvil.

"¿Chloe?"

Sin respuesta.

Cal frunció el ceño y movió el culo en la arena. Luego se tumbó y se quedó mirando las estrellas en lo alto.

¿Es esto todo lo que hay?

***

El agua se aferraba a sus pantorrillas como dos bocas fruncidas y desdentadas que intentaran chuparle el vello de las piernas desnudas.

Miró entonces hacia abajo, sus ojos atraídos por las criaturas parpadeantes que pasaban a su alrededor. Al principio, pensó que se trataba de krill bioluminiscente, que brillaba con un blanco intenso al desprenderse de su energía. Pero al observarlos más de cerca, Cal se dio cuenta de que no se trataba de criaturas acuáticas, sino que los objetos brillantes eran reflejos de las estrellas del cielo nocturno, que parecían bailar su hermosa danza mientras la energía atravesaba el agua.

Cal sintió una sensación de serenidad, a pesar de no estar seguro de si estaba soñando o despierto y, en este último caso, de cómo había llegado a estar en el agua. Era como si el propio líquido, que succionaba su carne, estuviera imbuido de algún tipo de droga, un relajante muscular, que le hacía sentirse completamente a gusto.

Volvió lentamente la mirada hacia arriba, las estrellas se desdibujaron ligeramente como si las hubiera untado un pulgar grasiento.

Sus ojos se posaron en la estrella más brillante del cielo, un gigantesco pinchazo incandescente que empezó a crecer mientras la miraba fijamente.

Es sólo que mis ojos se desenfocan, pensó, pero al seguir mirando se dio cuenta de que no era así.

La estrella realmente estaba creciendo.

Cal entrecerró los ojos, intentando comprender lo que veía.

¿Una supernova? ¿Un satélite gubernamental? ¿Un experimento en el espacio profundo?

Había oído hablar de esas cosas, del gobierno creando bombas de

racimo en el espacio. Preparándose para una guerra aquí en la Tierra.

Pero las estrellas empezaron a extenderse, no en un patrón aleatorio como cabría esperar si se tratara de algún tipo de explosión. En su lugar, las estrellas se replicaban, duplicaban, formaban filas discretas y organizadas.

Casi parecían de acero cepillado, como túneles...

Algo rozó la pierna de Cal y sus ojos, ahora muy abiertos, miraron hacia abajo.

Esta vez *había* una criatura acuática en el agua, sólo que no era un crustáceo en miniatura ni una medusa, sino un pez... de todo tipo.

Era más delgado y ancho que cualquier otro que Cal hubiera visto antes, y tenía largos zarcillos que formaban una especie de cola.

Por alguna razón, Cal se sintió obligado a agarrarlo y se inclinó para hacerlo. Sólo cuando su mano rompió la superficie del agua, la criatura parecida a un pez se puso de lado, mostrando una superficie sin escamas del tamaño aproximado de un plato de comida.

Cal distinguió dos rendijas en el lateral y luego se abrieron.

Dos ojos le miraban fijamente, dos ojos grandes y *humanos*. Y aunque no estaban ocultos por las gafas redondas, reconoció los ojos azul pálido.

Eran los ojos de Allan Knox.

Los ojos parpadearon una vez, dos veces, y entonces Cal empezó a gritar.

Capítulo 20

Helen Humphries no necesitó saltar a la superficie como había hecho dos veces antes. En lugar de eso, se limitó a flotar como la espuma en la superficie de un pantano.

Sin embargo, no se engañaba: sabía que Robert estaba al mando, que podía volver a empujarla hacia abajo en cualquier momento. Pero también sabía que si quería, Helen podía dificultarle exactamente eso, y si la cogía por sorpresa, bueno...

Controlar el cuerpo de Robert Watts era una experiencia extraña, estimulante y *poderosa*. Cuando Helen vivía, el control era algo que se le había escapado de la misma manera que el cálculo parecía inalcanzable en el instituto; sabía que existía una respuesta, que el problema podía resolverse, pero la metodología, los pasos necesarios para llegar a él, simplemente se le escapaban.

No eres más que un saco de carne; tetas en una incubadora. Y tu jodida incubadora se ha roto, chirrió la voz de su marido. Luego se echó a reír, inclinando su gruesa barbilla hacia el cielo, una carcajada gutural dirigida hacia arriba como una especie de trueno orgánico.

¡Ni siquiera puedes hacer eso bien!

La verdad era que Helen estaba avergonzada. Y aunque pensara que su degenerado marido la escucharía, no habría sido capaz de contarle la verdad, que la razón por la que no podía tener hijos era que su padre la había pegado cuando era pequeña, la había azotado y golpeado tantas veces que primero le había faltado la regla y luego había dejado de tenerla por completo. Los médicos dijeron que tenía un quiste en el ovario izquierdo y que por eso era difícil concebir, pero Helen no les creyó.

Ella sabía la verdad.

Su padre la había golpeado tanto una noche que no había podido respirar profundamente, y mucho menos dormir. Y esos calambres, los peores que había experimentado nunca, la habían tenido cerca o sobre el retrete durante horas.

Y había sangre en el cuenco, mucha sangre.

Cuando por fin reunió el valor para marcharse de casa, el día que cumplió diecinueve años, Helen abandonó el viejo edificio colonial de dos plantas con fachada de ladrillo rojo y revestimiento blanco, jurando no volver jamás.

Y ella había cumplido esa parte del trato -no volver a casa-, pero su primera relación... bueno, el hombre había sido la viva imagen de su padre, con el mismo pelo ralo, el mismo ceño fruncido, pero lo más perjudicial era que tenía el mismo carácter.

Era culpa suya, lo sabía. No toda, por supuesto, no en el sentido de

que ella había hecho algo para merecer el castigo que recibió primero de su padre *-Pequeña mierda, ¿crees que puedes arrastrar barro hasta aquí y seguir tu puto camino alegre? Oh, oh, oh, nooo. Estás tristemente equivocado. Limpiarás esto con tu* puta *lengua-y* luego de su marido-¿los *platos aún no están limpios?* ¿Todavía? *¿Y has estado en casa todo el día, haciendo qué... exactamente? -pero* ella había tenido muchas oportunidades de pararlo.

La primera vez que Frank Humphries le había puesto la mano encima, también había sido *la* primera. Le dio una bofetada en la mejilla, no por pura furia, sino con algo parecido al temor. Y entonces sus ojos cambiaron, y en ese momento, en esa fracción de segundo, Helen podría haber alterado el curso no sólo de su propia historia, sino tal vez de la historia de una mujer después de ella, o quizá de dos o tres que se cruzaran con Frank Humphries en su momento, pero no lo hizo; Helen no hizo nada.

Y cuando ningún poder divino o secular había intervenido, los ojos de Frank volvieron a cambiar. Se volvieron oscuros. Y permanecerían oscuros hasta que su propia visión se volvió negra cuando su puño colapsó el costado de su cara.

Había esperado tanto para responder, para hacer algo que la ayudara, que cuando por fin lo intentó, ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Helen era como la boxeadora que ya había perdido el combate, el árbitro la sujetaba mientras, al mismo tiempo, intentaba agitar los brazos y señalar que, efectivamente, el combate había terminado.

Le dio un zarpazo a Frank mientras la golpeaba, lo que sólo sirvió para enfurecerlo aún más.

¿Cómo se atreve a responder así *ahora*? ¿Después de todo este tiempo? Después de que el precedente se había establecido, después de que el patrón se había establecido.

Y entonces, Helen Humphries había muerto.

Sólo que no lo había hecho, no del todo.

La oscuridad de la muerte que esperaba la había envuelto, pero aunque sus sentidos visuales habían sido borrados, *algo* permanecía. Había algo en ese vacío.

Una voz. Una que la llamaba.

Hellllennnnn, Helllennnn.

Una voz masculina, cargada de autoridad, que ella se vio obligada a escuchar.

Helllllennn, necesito que hagas algo por mí.

Helen sintió que movía la cabeza arriba y abajo, a pesar de que ya no tenía cabeza ni cuerpo que mover.

Lo siguiente que oyó fue la lluvia. El sonido, pero no la sensación, pues aunque el agua caía sobre ella -la oía, la veía, la olía, casi la

saboreaba-, no parecía tocarla.

Confundida, Helen volvió la cabeza hacia el cielo, esperando que las gotas le obligaran a parpadear, pero tampoco fue así.

Las gotas parecían *atravesarla*. Helen levantó a continuación las palmas de las manos, invadida por la confusión.

Es mi ojo, pensó, mientras intentaba acostumbrarse a su visión monocular. *Es extraño, algo a lo que tengo que acostumbrarme.*

Pero con las palmas hacia arriba, se dio cuenta de que no podía sentir las gotas en su piel. Y su piel... tenía un extraño tinte azulado y, si se concentraba lo suficiente, Helen podía percibir la hierba mojada *a través de* sus manos.

Esto le produjo náuseas y decidió no planteárselo al menos durante un tiempo.

Después de todo, había cuestiones más urgentes de las que ocuparse. Empezando por averiguar cómo había pasado de ser apaleada por su marido en el salón de su casa a estar aquí, fuera, bajo la lluvia.

Solo.

Confundido.

De repente, unos faros iluminaron la noche y Helen se agachó instintivamente y retrocedió. Se dio cuenta de que estaba en el arcén de la carretera, al borde de una pequeña zona cubierta de maleza que podría haber sido en algún momento el límite del bosque, pero que desde entonces había sido arrasada para hacer sitio a más carreteras, infraestructuras y casas adosadas.

Pero entonces vio algo más. Una niña pequeña, de ocho o quizá nueve años, con la cabeza gacha, el paso lento, trotón. Estaba en la acera, pero el coche que se acercaba tomaba la curva demasiado deprisa sobre la calzada resbaladiza por la lluvia.

Helen se dio cuenta de lo que iba a pasar y empezó a moverse.

Y entonces la voz volvió a hablarle, y sus acciones se magnificaron.

¡Ahora! ¡Ve con ella ahora!

Helen saltó hacia delante, sin pensar en lo que hacía.

Fue un terrible error.

La niña habría estado mejor si Helen se hubiera quedado en el bosque, quizá incluso más si hubiera permanecido muerta después de que Frank Humphries la matara.

Helen vio claramente la cara de la mujer a través del parabrisas, sus bonitos rasgos en forma de corazón iluminados por el resplandor ambiental de un teléfono móvil.

Sus miradas se cruzaron y la boca de la mujer al volante se entreabrió en un grito. Para evitar a Helen, tiró del volante hacia la derecha y dirigió el trozo de metal y plástico de dos toneladas directamente hacia la joven de las zapatillas empapadas que seguía

caminando con la cabeza gacha y el pelo mojado goteándole delante de la cara.

Y entonces Helen volvió a desaparecer, rodeada por el aterciopelado manto de la oscuridad, sólo para regresar en un crematorio abandonado unos meses más tarde, con un único pensamiento resonando en su mente: *Amy*.

Capítulo 21

Aiden Kinkaid observó cómo Cal se levantaba de su letargo, mirando confundido el blanco de los ojos del hombre, que eran visibles entre finas rendijas.

¿Qué coño está haciendo?

Después de que Chloe y Cal se durmieran, Aiden se había alejado del fuego y se había apostado contra un pequeño afloramiento de rocas a unos cincuenta metros de donde yacían.

No necesitaba dormir, al menos ya no. Tres veces desde que Bella lo había apuñalado hasta la muerte detrás de la finca Harlop, Aiden había intentado dormir un poco. La primera vez, ni siquiera había cerrado los ojos antes de que su mente se llenara hasta el borde de imágenes de su propia muerte, de su sangre goteando fuera de él, su pelo tirado hacia atrás, el aliento agrio de Carson en su mejilla mientras se burlaba de él.

No había dormido esa noche.

Esperando estar agotado al día siguiente, Aiden se sorprendió al sentirse tan ágil como siempre. Aun así, sabiendo que al final le pasaría factura, intentó dormir la noche siguiente, pero volvió a soñar con la muerte. Sólo que esta vez no era *su* muerte. Era la de otra persona: una mujer delgada que chillaba mientras unos nudillos manchados de salsa barbacoa le hundían la cabeza.

Y así, el sueño se le había escapado por segunda noche consecutiva. Y, sin embargo, cuando salió el sol, Aiden no sintió el gélido agarre de la fatiga, el lento golpeteo de su corazón en el pecho, reminiscencia de sus días en Irak, cuando había pasado cerca de 72 horas sin descansar, y luego se había levantado con una mezcla de granos de café y tabaco de mascar. Pero se sentía... extrañamente normal.

Y sin embargo, a pesar de esta revelación, la tercera noche después de su muerte, Aiden Kinkaid había vuelto a intentar dormir.

Esta vez había sido diferente.

Había habido muerte -siempre había muerte cuando cerraba los ojos, incluso cuando seguía vivo-, pero no fue la muerte de una persona concreta lo que presenció. En su lugar, Aiden experimentó una extraña sensación melancólica, como un trueno que se originaba en el interior de su pecho, a la que seguía rápidamente una ráfaga de frialdad helada.

Luego estaba la voz, la que le ordenaba *cooooomerse* a la Médula, entregarse a sus líquidas orillas. Era una voz incorpórea, etérea, que parecía carecer de identidad, de contexto, como si hubiera sido emitida no sólo a larga distancia, sino también en el tiempo.

La idea le resultaba extraña, y empezaba a pensar que ya no todos

sus pensamientos eran suyos. Que de algún modo, cuando había muerto, había accedido a algo más.

Algo más grande.

Esa voz...

Aiiiiden, necesitas coooome. Necesitas entregarte a la Médula. Aiiiiideeeeen... Aaiiiiiiiiiideennnnnnn... coooooooome.

Había intentado despertarse entonces, lo que no debería haber sido tan difícil teniendo en cuenta que no estaba durmiendo, en realidad no, pero para su horror, se había encontrado con que tenía los párpados pegados.

Aiiiiiiiiiiidennnnnnnnn.

Como un susurro aéreo que salta sobre una masa de agua imposiblemente grande, su nombre revoloteó hasta él.

Cuando por fin consiguió abrir los ojos, se dio cuenta de que habían pasado varias horas.

Esa fue la última vez que Aiden Kinkaid había intentado dormir.

Sus amigos, sin embargo...

Vio cómo Cal se acercaba a las olas con paso tambaleante, casi robótico.

¿Qué demonios está tramando?

Algo más había cambiado después del Orfanato, después de que el demonio conocido como la Cabra hubiera conseguido salir de su propio infierno personal y llegar a este mundo.

Cal brillaba más ahora.

Desde su muerte, Aiden se dio cuenta de que era capaz de ver el quiddity de las personas que emanaba de su carne, y también enterrado en lo más profundo, como una firma de calor que recordaba a las gafas de visión nocturna que solía llevar en el campo. En el Orfanato le habían ayudado a distinguir fácilmente a los muertos con sus débiles señales de tener un pie en la Médula, de las luces brillantes que eran Cal, Robert, Shelly y Sean, su antiguo jefe.

Era algo extraño de mirar, algo a lo que costaba acostumbrarse, pero al igual que su incapacidad para dormir, Aiden se adaptó.

Y desde que Robert había caído en un profundo letargo, la quididad de Cal había empezado a brillar más y más.

Ahora, con el agua hasta los tobillos, a Aiden le costaba mirar directamente a su amigo. La figura de Cal, con los brazos extendidos, resplandecía de un amarillo anaranjado brillante y un color pixelado parecía desprenderse de las puntas de sus dedos, como el polvo que se desprende de una mesa al soplar una brisa cortante.

Tiene un papel más importante que desempeñar en esto.

El pensamiento se materializó en la mente de Aiden de la nada, como conjurado por el propio ethos.

O de la Médula. Tal vez vino de la Médula.

Es más importante de lo que cree... y necesito protegerlo.

Aiden se quitó el rifle de la espalda y se llevó la mira al ojo.

Mientras Cal se inclinaba y miraba fijamente el agua, Aiden siguió su mirada. Al principio, no vio más que el reflejo de la quididad del hombre, que irradiaba rayos brillantes y coloridos sobre el agua en calma.

Y entonces vio algo más.

Aiden parpadeó con fuerza, tratando de distinguir los detalles.

¿Eran... algas?

Casi parecían pequeños tallos de algas rompiendo la superficie del agua alrededor de los tobillos de Cal.

Pero no podían ser algas, porque parecían moverse en dirección contraria a la corriente.

Aiden tragó saliva y apoyó la culata del arma contra su hombro derecho, entrecerrando los ojos en el ocular.

No eran algas, se dio cuenta horrorizado, sino dedos.

Mientras observaba, docenas de dedos rompieron la superficie, seguidos de manos. Manos que agarraban, que se aferraban, que intentaban agarrar la piel fruncida de Cal y tirar de él hacia abajo.

El dedo de Aiden se deslizó desde el guardamonte hasta el gatillo, pero el cuerpo de Cal se enderezó de repente y, al hacerlo, las manos retrocedieron bajo las olas. Y entonces Cal se puso en marcha hacia la orilla.

Aiden bajó el rifle.

Cuando Cal llegó hasta su sitio en la playa y bajó el cuerpo hasta el surco de la arena, se llevó la pistola al regazo.

Aiden suspiró, cerró los ojos en un lento parpadeo y, como era de esperar, volvió a oír la voz.

Aiiiiiiiiiiidennnnnnnn... cooooooome....

Sólo que esta vez no era como antes; esta vez, el sonido parecía tener una dirección.

Aiden abrió los ojos de golpe y movió la cabeza hacia la derecha.

No notó inmediatamente nada fuera de lo normal, pero cuando volvió a acercar el visor a su cara, distinguió varias figuras que se movían hacia ellos, manteniéndose cerca de la pared rocosa, abrazando las sombras.

Era una mujer y al menos media docena de niños.

Chloe les había dicho que Leland no les perseguiría hasta aquí, que ya tenían lo que necesitaban, que lo único que querían era a Shelly y a su bebé.

Pero alguien venía, alguien había enviado a Bella y a los huérfanos guardianes tras ellos.

Aiden se puso en pie y caminó a paso ligero hacia la pequeña hoguera de la playa que estaba a punto de apagarse.

Tenían que ponerse en marcha de nuevo, y rápido.
Los muertos venían a por ellos.

Capítulo 22

"¿Sentiste eso?" preguntó Allan Knox, volviendo los ojos hacia el cielo.

Ed el Narizón siguió su mirada.

El cielo había empezado a oscurecerse, lo cual era sorprendente, dado que desde que habían llegado a este extraño lugar -la Médula, si las historias que le habían contado a Ed eran creíbles- el cielo había sido brillante, templado, imposiblemente perfecto.

Ahora, sin embargo, se dio cuenta de que Allan tenía razón: un atisbo de nubes había empezado a llegar desde el sur... o lo que él creía que era el sur, al menos. No eran nubes *oscuras*, sino blancas y esponjosas. Ed no estaba seguro de lo que esto significaba, pero estaba bastante seguro de que no era un buen presagio.

No aquí, al menos.

"Sí, lo siento", respondió Ed. Y lo *sintió*, sintió cierta presión en el pecho, como si se estuviera enfermando de algo. Como un resfriado, tal vez.

La idea casi le hace reír a carcajadas.

Los muertos contraen la gripe.

Tragó en seco y se le pasó el humor.

"Lo siento, y no es bueno".

Llevaban ya varias horas caminando por la playa, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera aliviarles de la monotonía. Estaba la isla, por supuesto, una mancha verde oscura en medio del tranquilo azul del mar, pero Ed no pensaba volver a meterse en el agua. No después de la última vez, después de que casi le venciera el deseo de tumbarse y extender los brazos mientras caía en ella.

Sabía lo que significaba, o al menos eso creía; la Médula lo quería.

Pero Allan tenía razón: aún les quedaba mucho por hacer. Al igual que la presión en su pecho, la idea de que aún no habían terminado era una sensación tangible.

Y la isla era la clave.

El problema era, por supuesto, que no había forma de llegar a él.

"Oye, ¿has visto eso?" Allan preguntó en voz baja.

Ed bajó los ojos de la isla en el horizonte y siguió el dedo del chico.

Allí, en la playa, había algo que Ed sólo podía describir como un brillo, como gotas de aceite bailando sobre un espejo. Era una ilusión extraña, que le hizo dar un vuelco al estómago. Tragó saliva y apartó la vista, concentrándose en la arena para despejarse antes de volver a mirar.

El resplandor había desaparecido, pero en su lugar había una canoa de madera desgastada, a menos de cincuenta pasos de donde se

encontraban.

Ed parpadeó dos veces, confirmó como pudo que no era un espejismo y se volvió hacia Allan.

"¿Viste eso?"

Allan asintió sutilmente, sin apenas mover la barbilla. Se quitó las gruesas gafas de la nariz, las limpió rápidamente en el dobladillo de la camisa y volvió a ponérselas.

"Una canoa", confirmó. "Pero, ¿de dónde vino?"

Ed miró a su alrededor, sus ojos se desviaron de la canoa a las nubes, a la isla en la distancia.

Entonces recordó algo que le dijo Robert, o tal vez uno de los otros, la extraña persona de la capucha negra, quizá, o Cal o Shelly.

Los muros se debilitan, la brecha entre nuestro mundo y la Médula se hace más fina.

¿Es eso lo que está pasando aquí? se preguntó Ed mientras sus ojos volvían a la canoa. *¿Este objeto es de nuestro mundo? ¿Era...?*

Pero Ed no terminó de pensar. Mientras miraba fijamente, un hombre encorvado vestido con harapos oscuros no sólo se puso de pie, sino que desplegó su cuerpo, dejándose ver desde detrás de la canoa.

Ed, tan sorprendido por la aparición del hombre, se acercó a Allan, sólo para descubrir que el chico hacía lo mismo. Se agarraron torpemente de los antebrazos y Allan soltó un grito ahogado.

El hombre harapiento sacudió todo el cuerpo como un cachorro que sale de nadar por primera vez, y luego los miró con los ojos azules más pálidos que Ed había visto nunca.

"Creo que necesitan que los lleve, ¿no?", dijo el hombre. Luego sonrió, mostrando unos dientes tan sucios que parecía que tenía la boca llena de tierra.

Capítulo 23

"Nos están alcanzando", ronroneó Chloe. "Nos atraparán antes del anochecer".

Cal gruñó mientras ajustaba el agarre de las asas del travois. Tenía las palmas destrozadas y se le habían formado y reventado tantas ampollas que creía que se le habían podado los dedos.

"Voy tan rápido como puedo", refunfuñó. Cal se volvió para mirar a Robert, que estaba tumbado boca arriba, con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, como un hombre en un ataúd.

Realmente se movía lo más rápido posible, salvo que se veía obligado a detenerse cada pocos minutos para asegurarse de que su amigo seguía respirando, seguía vivo.

"No es lo bastante rápido", repitió Chloe, mirando hacia atrás por la playa por la que habían venido.

"Bueno, siento no ser el maldito Ben John..."

Chloe le hizo callar levantando un dedo, y Cal frunció el ceño.

"¿Qué? ¿Qué es?", susurró. "¿Qué ves?"

Chloe cerró el ojo bueno y permaneció completamente inmóvil. El único sonido, aparte del lento batir de las olas en la orilla, era el silbido que producía su respiración al introducir el aire por su destrozada nariz.

Por un momento, Cal temió que ella hubiera caído en el mismo sueño profundo o coma al que había sucumbido Robert, y que él se quedara solo con sus dos cuerpos inmóviles en esta playa jodida.

Y entonces se rendía. Se metía en el agua y seguía caminando hasta que el frío líquido llenaba su...

Los ojos de Chloe se abrieron de golpe y se centraron en él.

"Tenemos que darnos prisa".

Cal frunció el ceño.

"Ya lo has dicho, y yo te he dicho que me estoy dando prisa, joder. Eso es lo que..."

Un sonido, una especie de chapoteo, llamó la atención de Cal.

Lo que vio le hizo soltar inmediatamente el travois. Robert, que ahora no era más que una idea tardía, se echó a un lado y estuvo a punto de resbalar.

"Dios mío", susurró Cal.

Tres cabezas rompieron la superficie del agua: tres cabezas pequeñas y redondas, con el pelo y la mugre pegados al cuero cabelludo en finos mechones. Dos de las tres eran chicas jóvenes, a juzgar por su pelo largo y oscuro, pero el resto de sus rasgos eran casi indistinguibles independientemente del sexo.

Horriblemente indistinguibles.

Lo que quedaba de la carne que cubría sus cráneos era cetrina y colgaba de sus mejillas y barbillas en zarcillos como leche congelada. Donde antes estaban sus ojos sólo había agujeros abiertos, cavernas profundas y oscuras que recordaban a los ojos muertos de los cadáveres animados del crematorio.

La razón no tardó en hacerse evidente: estos tres niños, niños de no más de siete, tal vez ocho años de edad, también estaban muertos.

Hace tiempo que murió.

Cal sintió que el corazón se le hundía en la boca del estómago, haciéndose amigo del nudo perpetuo que llevaba dentro.

Estos eran tres de los niños del orfanato.

Y venían a por ellos.

Cal se volvió hacia Chloe, que miraba los cadáveres con una especie de extraña reverencia.

¡Haced algo! ¡Haz algo, joder! gritó la mente de Cal, pero a pesar de su orden mental, él también se sintió incapaz de moverse.

Los niños empezaron a avanzar, caminando como si estuvieran en tierra firme, libres del agua que les abrazaba primero la barbilla, luego el cuello y, antes de que Cal pudiera comprender del todo lo que ocurría, los hombros.

Cal miró a Robert en busca de apoyo, pero su amigo estaba tumbado a un lado del remolque, inmóvil.

¡Despierta, Robert! ¡Te necesitamos, ahora! ¡Despierta, huevos y puto bakey podrido!

Pero Robert no se despertó.

No hizo nada.

"Chloe...", consiguió jadear finalmente Cal. Sentía la palabra espesa en la lengua, como si le hubiera picado una abeja, pero antes de que pudiera añadir nada más, un *thhhwap* sónico le rasgó el oído, provocando un incómodo cambio de presión que lo desequilibró momentáneamente.

La cabeza del único chico del grupo no explotó tanto como se vaporizó. Trozos de carne y huesos grises y cualquier otra cosa que llenara la cabeza putrefacta salieron despedidos hacia atrás en una niebla que onduló el agua como guijarros arrojados a un estanque. Durante un horrible segundo, el cuerpo sin cabeza siguió moviéndose, siguió caminando, al mismo paso que los otros dos niños guardianes, antes de desplomarse lentamente hacia delante.

Y entonces un grito, más que un gruñido, en realidad, un profundo gruñido retumbante, llenó el aire.

Capítulo 24

Aiden extrajo el cartucho gastado de la recámara y estaba a punto de volver a apuntar cuando oyó a alguien gritar.

Su primer disparo había sido directo, destrozando la cabeza del niño mientras se tambaleaba hacia Chloe y Cal. Así que cuando oyó el grito, lo primero que pensó fue que había sido uno de los otros muertos, pero cuando escudriñó las bocas de los dos que seguían en pie, sólo vio dientes apretados formando muecas sin labios.

No habían gritado; no creía que tuvieran las facultades, la anatomía para crear un sonido así.

Aiden apartó esos pensamientos de su mente y se concentró en su siguiente disparo, mientras mantenía su periferia despejada por si Bella hacía acto de presencia.

Había visto cómo los niños se adentraban en el agua, igual que había hecho Cal horas antes, pero cuando no volvieron atrás, cuando siguieron adelante, los dio por desaparecidos, dondequiera que se perdiera la cordura*, toda la cordura se va a la Cordura. ¿No lo sientes, Aiden? ¿No lo* sientes*? ¿Tirando de ti? Pero* en el proceso, había perdido de vista a Bella.

Pero ahora tenía que concentrarse, tenía que acabar con los otros dos niños guardianes antes de que llegaran a Cal y Chloe.

Aiden alineó el retículo con la cabeza del segundo niño, uno con el pelo negro y fino y una herida abierta en una mejilla gris. Su dedo se tensó sobre el gatillo, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, algo saltó de repente a su campo de visión.

Aiden apartó la mira de su ojo.

"¡No dispares!" Un grito se filtró hasta él desde la playa: "¡Aiden, no dispares!".

¿Qué coño es esto?

Chloe se había interpuesto directamente entre él y el objetivo, con su arrebato brillando ante sus ojos.

¿Qué demonios está haciendo?

La mujer agitó los brazos por encima de la cabeza, haciéndole señas como si estuviera a kilómetros de distancia en lugar de a sólo doscientos metros.

"¡No disparen!", volvió a gritar con su voz ronca.

Cal empezó a moverse hacia Chloe, mientras le gritaba que se apartara.

Los niños no hicieron caso de nada de esto.

No paraban de llegar.

Por un segundo, Aiden consideró la posibilidad de disparar de todos modos. Apretó con fuerza el cañón del rifle entre los dedos

mientras contemplaba esta opción. Lo notaba más pesado en la mano que cuando estaba en el exterior del orfanato, algo que hizo saltar las alarmas en su cabeza.

En el orfanato, su puntería había sido certera y había abatido a todos los cadáveres a los que había apuntado. Pero había hecho un único disparo de más. Había disparado un solo tiro a Bella y la bala la había atravesado; ella ni siquiera pareció darse cuenta.

Pero ahora era diferente.

Chloe era diferente.

Y él también. Desde que el cuerpo momificado de Sean Sommers había sido despedazado y el demonio que era Leland Black había emergido, Aiden se sentía *diferente*. Más completo, tal vez.

Y el persistente tirón de la Médula, el que se burlaba en el fondo de su mente como un regaño siempre presente, pidiéndole que hiciera una elección, que se entregara a la Médula, eso se había desvanecido un poco.

Seguía ahí, pero ya no era tan poderoso como antes.

Los muros entre nuestro mundo y la Médula se están adelgazando…

Aiden soltó el gatillo y se colgó el rifle al hombro.

Luego se precipitó por el terraplén hacia sus amigos.

Capítulo 25

La segunda vez que Helen había salido de la oscuridad, se despertó en el crematorio.

La pesadilla de su marido matándola a golpes, entremezclada ahora con las imágenes de la niña bajo la lluvia, con los faros en ristre, había corrido en bucle en su mente durante el tiempo transcurrido, que sólo podía describir como una eternidad.

Y también había algo más, un indicio de algo, como la luz del sol asomando por la esquina de unas gafas de sol muy tintadas. Había algo *bueno mezclado* con lo malo y lo horrible, algo que le pedía...

Pero antes de que Helen pudiera comprender realmente lo que era, la tiraron hacia atrás.

Te necesito de nuevo, dulce Helen. Necesito tu ayuda.

Y Helen había ayudado. Ayudó a reunir a los otros muertos, ayudó a asegurarse de que los dos policías entrometidos no pudieran *arrebatarle* a Carson y a Bella.

Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Helen se encontraba en una especie de finca, una vez más cumpliendo las órdenes de la voz de su cabeza.

Luego lloró -tanto como puede llorar una mujer a la que le falta la mayor parte de la cara y el contenido del cráneo- al enviar al niño, el flacucho de las gafas gruesas, a la Médula mucho antes de tiempo.

Entonces Robert la había salvado, la había salvado condenándola a estar encerrada dentro de su cabeza, incapaz de sentir jamás la luz alrededor de las gafas, la sensación de calor que nunca supo que anhelaba.

Sin embargo, antes de que Robert se llevara su quiddidad dentro de él, alejándola por completo de la cáscara vacía de su cuerpo, la voz le había dicho a Helen una última cosa.

Algo que guardaba, algo que ni siquiera podía dejar que Robert supiera.

Te necesitaré una vez más, Helen. Una vez más te llamaré antes de que esto termine.

Y por mucho que le doliera estar en deuda con otro hombre después de lo que había pasado, Helen sabía, sin lugar a dudas, que cuando la voz la llamara obedecería.

No tenía elección.

Capítulo 26

Cal dio dos pequeños pasos hacia atrás y luego tropezó con el asa del travois. Con un gruñido, se desplomó sobre la arena de la playa.

"¿Qué estáis haciendo?", jadeó, con los ojos clavados en los dos niños guardianes restantes que ahora habían salido casi por completo del agua. "¡Dile a Aiden que los saque!"

Chloe negó con la cabeza.

"No puedo. Son... son sólo niños, Cal. *Mis* hijos. No puedo dejar que les dispare aquí en la playa".

Cal se quedó mirando la carne putrefacta que colgaba de sus caras redondas, sus ojos negros como el carbón, sus brazos colgando sin fuerzas a los lados.

"Tienes unos hijos muy feos", refunfuñó en voz baja.

"Estos niños", continuó Chloe, ignorando su comentario. "Se suponía que una vez debían protegernos de gente como mi marido -su voz se entrecortó y bajó la mirada un momento- y mi hijo. Gente como Michael, Bella y Jonah Silvers. Se merecen algo mejor que esto, nada de esto es culpa suya. Nada de *esto* es obra suya".

Entonces Chloe Black hizo lo increíble. Dio un paso atrás, hacia las olas que rompían a sus espaldas.

Los ojos de Cal, que ya se le salían de las órbitas, casi estallan cuando ve a otros seis niños huérfanos salir del agua tras la primera ola.

"Umm, ¿Chloe? Vas a querer venir aquí. Niños o no, están jodidamente muertos y si..."

Una vez más, el comentario de Cal fue ignorado.

"Durante décadas, me encerré en la torre, en *Trellis*, tratando de mantener las cosas en orden. Y después de que Carson fuera encarcelado, pensé que era el final. Pero ese bastardo... ese bastardo de Seth tuvo que ir e involucrar a Robert. Y ahora esto", dio otro paso atrás. Los putrefactos niños guardianes estaban ahora a menos de tres metros de ella, y a Chloe no parecía importarle.

"Bonita historia, Chloe, pero quizás podrías..."

"Estoy tan cansado... después de todo este tiempo... estoy tan malditamente cansado. Supongo que fui demasiado ingenuo para darme cuenta hasta ahora, pero mi tiempo se acabó, Cal. Soy demasiado viejo para esta lucha, demasiado viejo y demasiado marcado. Demasiado roto. Sólo te estoy hundiendo. Todo este tiempo, estaba buscando a alguien que me sucediera sin siquiera saberlo, y ahora lo he hecho".

¡No, por favor! ¡No pueden hacer esto! ¡Te necesitamos! gritó la mente

de Cal cuando por fin se dio cuenta de lo que Chloe pretendía hacer.

Volvió la mirada hacia Robert, cuyos ojos se movían frenéticamente tras los párpados cerrados como si estuviera experimentando el más vívido de los sueños.

¡Despierta de una puta vez, Robert! Por favor, tienes que parar esta locura.

Chloe retrocedió otro paso y un movimiento en su periferia obligó a Cal a girar la cabeza. Se acercó protectoramente a Robert, esperando ver esta vez a otro niño podrido que se le acercaba por detrás, atrapándolos. Pero no era uno de los huérfanos, sino Aiden, que también parecía asustado.

Y ni que decir tiene que algo que asustaba a un muerto ponía el temor de Dios en Callum Godfrey.

"Chloe, ven a mí", espetó Aiden, dando un paso adelante.

Chloe negó con la cabeza.

"¿No lo ves? Esperé durante años a que alguien se hiciera cargo, y ahora que Seth trajo a Robert al redil, he encontrado a esa persona".

Cal tragó saliva y volvió a mirar a Robert, que estaba a su lado, con la esperanza de que su amigo se despertara de repente, de que Robert se *despertara de una puta vez* e hiciera entrar en razón a su madre.

Hacer esa cosa rara con las manos, tal vez, como lo había hecho en la finca Harlop, y sacarlos de este lío.

Todos ellos, ilesos.

"Robert no puede ayudarnos ahora", susurró Cal, levantando los ojos hacia el rostro lleno de cicatrices de Chloe. "Quizá no pueda ayudarnos nunca más".

"Tienes que venir a mí", dijo Aiden, bajando el arma de su hombro.

Chloe levantó un dedo.

"Se acabó, Aiden", dio otro paso atrás, acortando la distancia entre ella y el primero de los niños a sólo un puñado de metros. "Estoy cansada, gastada. Mírame".

En contra de la orden, Cal apartó la mirada de los rasgos destrozados de la mujer y la dirigió hacia el cielo, pero cuando Chloe gruñó y repitió las palabras, la miró fijamente.

"*¡Mírame!"*

Era calva, la fina capa de piel que cubría su cráneo era un mosaico de cicatrices de donde Leland la había cortado hacía tantos años.

Le faltaba uno de los ojos y sus labios habían desaparecido casi por completo. Su voz, ronca y estrangulada, era consecuencia del corte que le atravesaba la garganta.

Cal sacudió la cabeza, intentando evitar que su mente evocara pensamientos sobre cómo debía de sentirse Chloe tumbada en el suelo polvoriento del orfanato abandonado, con la mirada de su marido reflejándose en el cuchillo mientras lo arrastraba por la suave piel

bajo su barbilla.

"No sabía..."

Ahora le tocaba a Cal interrumpir.

"¡Robert no puede ayudarnos! ¡Tienes que venir aquí, *ahora*! ¡Aléjate de ellos!" Cal gritó mientras se ponía de pie.

"No, Cal, no lo entiendes."

Volvió a retroceder y Cal sintió que el pecho le temblaba. Unos dedos diminutos y descarnados, al final de unas palmas en miniatura, se alzaron de repente y la alcanzaron.

Décadas atrás, Chloe Black había enseñado a los estudiantes, les había enseñado sobre la Médula, sobre lo que ocurre después de morir y lo que significaba mantener la Médula como una calle de sentido único.

Y ella *significaba algo para* ellos. Quizá no en sus formas actuales, andrajosas y decadentes, pero en el fondo, en la quididad que Cal sabía que aún poseían, Chloe Black significaba algo para ellos.

Cal empezó a sollozar.

"Robert no puede..."

Chloe sacudió la cabeza una última vez.

"Sigues sin entenderlo, ¿verdad, Cal? Yo mismo no lo sabía, no con seguridad, no hasta que me dijiste que habías conocido antes al Conservador y te acordabas de él. Entonces lo supe".

"Chloe, por favor, necesitas..." Aiden comenzó, pero la mujer había llegado al punto de no retorno.

"No quiero que Robert dirija a los nuevos guardianes, Cal", dijo con un suspiro. "Quiero que lo hagas tú".

Las palabras aturdieron tanto a Cal que cuando Chloe retrocedió bruscamente, ni él ni Aiden reaccionaron a tiempo.

"¡No!" gritó Aiden, y se lanzó hacia la mujer, sólo para retroceder de nuevo cuando los niños agarraron el cuerpo de Chloe que caía.

Cal miraba con ojos llorosos cómo sus pequeñas manos empezaban a tirar de su capa mientras la arrastraban de vuelta al agua.

Cuando sus formas empezaron a brillar, ya fuera por el reflejo del sol en las olas o por el paso de sus cuerpos, Cal vio que la boca de Chloe empezaba a abrirse de nuevo.

Sólo que esta vez, él no estaba seguro de si escuchó las palabras que ella dijo, o simplemente leyó sus labios.

Encuentra al Conservador, Cal. Encuentra al Conservador y pon fin a esto antes de que sea demasiado tarde, antes de que las puertas del Infierno se abran para siempre.

Capítulo 27

Ed levantó los ojos cuando el cielo nublado se iluminó de repente. Hubo un destello brillante, que envió rayas rojas y blancas a través de su visión, pero sólo duró un segundo. A su paso había más nubes, pero no eran blancas y esponjosas como antes. Eran ominosas, con toques de gris oscuro lamiendo sus bordes.

Estaba seguro de que se avecinaba una tormenta.

"¿Qué ha sido eso?", preguntó distraídamente, esperando a medias una respuesta.

"Otro que muerde el polvo", dijo riendo el hombre de los harapos.

Ed le miró fijamente, con una mueca dibujada en el rostro.

"¿Qué has dicho?"

El hombre, que aún no les había dado un nombre, sonrió mostrando sus dientes marrones.

"No tienes por qué preocuparte por eso", respondió, agarrando la proa del bote con las dos manos y dándole un empujón hacia el agua.

Ed miró a Allan, que se limitó a encogerse de hombros mientras le devolvía la mirada.

"¿Quién es usted?" preguntó Ed, dejándose llevar por sus instintos policiales. Aunque esto estaba tan lejos de su distrito -tan lejos de Nueva York- como era humanamente posible, no podía apagar su mente de detective. "¿De dónde vienes?"

Las manos del hombre, cubiertas con lo que parecían guantes de lana andrajosos, apretaron el arco de madera hasta que las yemas de los dedos se volvieron blancas. Dejó de apretar y su sonrisa parpadeó.

"No soy de aquí, te lo aseguro. Y no me quedaré mucho tiempo".

A Ed no le gustó la respuesta evasiva; había pasado demasiado tiempo entre ladrones, mentirosos y degenerados como para saber el porqué de ese tipo de respuestas. Pero antes de que pudiera abordarlo, Allan tomó la palabra.

"¿Quieres decir que no vienes con nosotros?"

Volvió la sonrisa marrón.

"Heeeelll no", titubeó, "Yo no pertenezco aquí".

La mueca de Ed se acentuó.

"¿Qué quieres decir con que...?"

"Vaya, mira eso", dijo el hombre harapiento, mirándose una muñeca que no llevaba reloj. "Mi tiempo aquí se ha acabado".

Dio un último empujón y el culo de la barca -una canoa glorificada, en realidad- empezó a balancearse en el agua. Luego agitó la mano como si exhibiera una costosa joya.

"¿Qué os parece si entráis? Tú también tienes que estar en algún sitio, ¿no?".

Capítulo 28

Aiden buscó el brazo de Cal, pero éste se apartó en el último segundo.

"No me toques", susurró mientras se secaba las lágrimas de los ojos con el dorso de una mano. "No me toques, joder".

"Tenemos que irnos", dijo Aiden en voz baja. "Tenemos que..."

"Buen truco", dijo una voz femenina detrás de ellos. Cal se dio la vuelta y se tambaleó.

Bella estaba de pie en la arena, con los pies separados a la anchura de los hombros y las manos a los lados.

Aiden rodeó a Cal y lo protegió mientras se colocaba entre ellos.

"Ve", susurró por encima de su hombro. "Coge a Robert y corre".

Cal se quedó mirando a la mujer demente con el pelo que parecía cortado por un niño con un cuchillo de carnicero.

"Oh, el gran protector malo, ¿eh?" Bella giró la muñeca y una espada apareció de repente en su mano. "Ya hemos jugado a esto antes, Aiden. Y perdiste".

Bella movió la otra muñeca y ahora ambas manos sostenían cuchillas de quince centímetros de largo. Caminó hacia delante y Aiden hizo lo mismo, quitándose la pistola del hombro.

"Tú también lo intentaste", dijo, y aunque su rostro permaneció severo, Bella pareció dudar. "No funcionó".

Cal se agachó, se agarró a las asas del travois y volvió a levantarse lentamente.

Bella sonrió satisfecha mientras miraba a Cal y luego a Robert.

"Huh, el chico negro no lo está haciendo muy bien, ¿verdad? Nunca fue el fuerte de los dos. Me alegro de haber elegido a Carson. Quiero decir, no es perfecto, pero..."

Cal apretó los dientes.

"¿Qué queréis de nosotros?", gritó de repente, agarrando el asa del travois con toda la fuerza que le permitían sus manos llenas de ampollas. "¿Qué coño queréis de nosotros? Nos robasteis a Shelly, ¡tenéis al bebé! ¿Qué más queréis?"

Aiden intentó hacerle callar levantando una mano, pero Cal se sintió repentinamente invadido por la furia.

"¡Te lo has llevado todo!", extendió los brazos a los lados. "¡Estamos acabados! ¡Desperdiciados! ¡Gastados! ¿Por qué no nos dejas en paz de una puta vez?"

Bella se giró completamente hacia él, mostrando las cuchillas con movimientos rápidos, casi hipnóticos.

¿"Todo"? Oh no, pequeño Black, hay una cosa que..."

De repente sonó un disparo que les pilló a ambos por sorpresa.

El hombro izquierdo de Bella dio una sacudida hacia atrás y su rostro, que antes se había torcido en una sonrisa lasciva, se contorsionó de dolor.

¿Qué coño?

Cal se volvió hacia Aiden y vio que la punta del rifle parecía humear.

Se quedó mirando con incredulidad.

"¿Cómo...?", empezó, pero Aiden le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

"Vete, Cal. Ve ahora. Llévate a Robert y encuentra al Conservador".

Cal se quedó boquiabierto.

"*¡Vamos!*"

El grito le impulsó a actuar y giró sobre sus talones, arrastrando tras de sí el remolque con el cuerpo aún desplomado de Robert.

Y luego corrió.

Cal corrió tan rápido y tan fuerte como su agotado cuerpo pudo, mientras la voz de Bella le seguía.

"Voy por ti, Cal. Tú *y* Robert. Y no pararé hasta mataros a todos".

Capítulo 29

Aiden giró a su izquierda, apuntando esta vez al pecho de Bella. Era un rifle de largo alcance, y no estaba diseñado para esta aplicación. Sin embargo, haría un agujero muy grande en el pecho de la mujer.

Si da en el blanco, claro.

Seguía sin entender por qué la bala que la había alcanzado en el hombro le había hecho daño. No tanto como debiera -sólo podía ver una mancha de sangre en el punto de impacto y ella no parecía haber empeorado-, pero le había hecho daño.

No como en el orfanato.

Bella se movió hacia la derecha y levantó las manos con las dos espadas, con el hombro herido una fracción de segundo más lento que el otro. Pero cuando hizo girar las espadas rápidamente, tanto que se convirtieron en borrones de metal reluciente, no había ninguna diferencia perceptible entre los dos brazos.

"Te he matado antes, Aiden, y voy a hacerlo de nuevo. Y luego voy a..."

Aiden apretó el gatillo y el rifle se disparó por segunda vez, el sonido imposiblemente fuerte mientras reverberaba en la pared rocosa detrás de Bella, y luego se deslizó sobre la superficie del agua hacia su retaguardia.

El agua bajo la que habían arrastrado a Cloe, el agua que había espumado y hervido mientras los niños la llevaban a la Médula.

La bala falló y un instante después una lluvia de fragmentos de roca estalló en la distancia.

Y entonces llegó el turno de Bella. Cambió el peso a un pie y luego se deslizó hacia el otro, moviéndose tan deprisa que Aiden sólo tuvo tiempo de inclinarse a un lado antes de que la hoja le rebanara la piel que cubría su caja torácica.

Sólo era una herida superficial, pero escocía.

Hacía mucho tiempo que Aiden no *sentía* nada y eso le hizo reflexionar. Bella lo aprovechó y se deslizó por detrás de él, utilizando la hoja que tenía en la otra mano para hacerle un corte en la parte posterior del brazo.

Aiden gruñó y se apartó, al tiempo que levantaba la pistola.

Era rápido, pero como antes, Bella era más rápida. Disparó otra bala, la última en la recámara, pero esta vez saltó inofensivamente sobre el agua.

El siguiente golpe de la espada de Bella no fue una herida superficial.

Los quince centímetros de acero reluciente se deslizaron entre las

dos costillas inferiores de Aiden. Sintió un silbido y luego algo parecido a un globo que se desinfla al perforarse el pulmón.

Bella tenía razón. Ella le había vencido antes, le había *matado* antes, y lo había hecho con espadas no muy diferentes a éstas. Y esto ofreció a Aiden una ventaja inusual. En lugar de caer ante el golpe, como podría haber hecho antes, Aiden se retorció y, como predijo, el cuchillo quedó alojado entre sus costillas, mientras el agarre de Bella fallaba.

Bella se rió y retrocedió de un salto, y Aiden tiró al suelo el arma, ahora inservible. Con un silbido en el costado y una respiración similar, Aiden extendió las manos hacia delante, como una especie de oso que se alzara contra una presa mucho más pequeña.

No necesito el arma... todo lo que necesito es ponerle las manos encima. Todo lo que necesito es agarrarla e iremos los dos a la Médula. Y todo esto puede terminar.

Bella pareció leerle la mente.

"Eres demasiado lento, viejo. Carson me habló de ti... dijo que vio cosas, cosas en sus visiones. *Baaaaad* cosas que has hecho".

Aiden intentó ignorarla, pero sus palabras le pillaron por sorpresa.

"¿Y sabes qué? Me di cuenta de algo. Conocemos a alguien en común, Aiden Kinkaid ex-milicia-"

Aiden se abalanzó, intentando pillar a Bella por sorpresa. Y lo consiguió.

Bella abrió mucho los ojos y se apartó de él.

La habría agarrado, le habría rodeado la garganta con las manos y la habría estrangulado allí mismo, enviándolos a los dos a la Médula, si Bella no hubiera tropezado.

El talón de la asesina, habitualmente segura, golpeó un trozo de madera medio quemada del fuego y cayó de espaldas, lanzando una pequeña nube de hollín al aire.

La embestida de Aiden fue tan completa que se encontró en el aire, con el cuchillo aún clavado en el costado impidiendo, por suerte, que se le desinflara el pulmón.

Se pasó de la raya y, en cuanto Bella tocó el suelo, salió rodando.

Todo lo que Aiden consiguió fue una cara llena de suciedad.

Gruñó cuando una segunda hoja se le clavó justo por encima de la cadera derecha. Esta vez, se retrajo antes de que Aiden pudiera retorcerla y quitársela de las manos a Bella.

El dolor era intenso, un calor cegador que hacía arder todo su costado izquierdo.

El siguiente golpe le cortó la parte superior del muslo, y el siguiente -los dos golpes se produjeron en una sucesión tan rápida que Aiden pensó que Bella podría haber recuperado su primera espada- le rebanó la parte superior del brazo.

Aiden gritó y rodó hacia un lado. Al hacerlo, recogió un puñado de hollín del fuego y lo arrojó.

Por una vez, la suerte estaba de su lado.

La nube gris golpeó a Bella en la cara e inmediatamente dejó de apuñalarle, y en su lugar trató de limpiársela de los ojos.

Aiden se levantó como una bestia prehistórica, un animal herido, y se tambaleó tras ella.

"¡No!" Bella chilló. "¡No!"

Cegada, Bella siguió frotándose los ojos, mientras retrocedía hacia el agua.

Esta es mi oportunidad, pensó Aiden*, todo lo que tengo que hacer es tocarla.*

Fue como si el propio tiempo se dilatara mientras intentaba repetidamente, y sin éxito, agarrar a la mujer.

Aiden no se habría dado cuenta de que ahora tenía el agua hasta los tobillos si Bella no se hubiera agachado y recogido un poco del líquido frío con la mano que no sujetaba el cuchillo y se hubiera salpicado la cara.

Su máscara gris se convirtió en vetas negras.

Aiden respiraba con dificultad y no se atrevió a mirarse el costado para ver si había soltado el cuchillo al fallar su torpe embestida.

En cualquier caso, tenía el hígado rebanado, la pierna destrozada y el brazo derecho inutilizado.

Era ahora, o era para siempre.

Aiden dio una última embestida, pero estaba mucho peor de lo que había previsto y falló por un amplio margen. Se desplomó sobre una rodilla y el agua le llegó a medio muslo.

Pero entonces Bella cometió un error.

Podría haber sido el único, pero un error era todo lo que necesitaba un hombre con el entrenamiento de Aiden.

Podía ser viejo, podía ser lento, pero tenía experiencia.

Cuando Bella le asestó lo que iba a ser el golpe mortal, apuntando a un lado del cuello, Aiden no se apartó. Era lo que alguien con la experiencia *de Bella* esperaba, lo que habría hecho que su puntería fuera aún más precisa.

En su lugar, Aiden se desplazó *hacia* el arco del golpe.

La hoja no le perforó la garganta como pretendía, sino que se pasó de la raya y se deslizó hasta la nuca, donde chocó contra las vértebras.

Bella gritó y soltó el cuchillo, pero ya era demasiado tarde.

Aiden le agarró el brazo y se lo metió en la axila.

Se acabó... Me voy a la Médula y te llevo conmigo...

Por un momento, no pareció ocurrir nada. Bella parecía congelada, y Aiden no podría haberse movido aunque hubiera querido.

Entonces el cielo empezó a abrirse y un hermoso calor los inundó a

ambos.

Sin dejar de apretar la axila, Aiden volvió la cara hacia arriba, deleitándose con la sensación de calor -un calor tan hermoso, tranquilizador y *asombroso*- mientras lo atravesaba, y luego cerró los ojos.

El tiempo pasó, pero Aiden no sabía cuánto.

Pero entonces Bella empezó a intentar zafarse del brazo. Aiden abrió los ojos y se dio cuenta de que el cielo había vuelto a cerrarse.

Un profundo y estremecedor suspiro le recorrió entonces, y bajó la mirada hacia el rostro de Bella.

"De acuerdo", se dijo más a sí mismo que a Bella, "haremos esto a la antigua".

Aiden aflojó el agarre del brazo de Bella en cuanto la sintió intentar tirar de nuevo. Sin esperarlo, su delgado cuerpo salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas al agua.

Aiden se abalanzó de nuevo, esta vez aterrizando directamente sobre ella.

Metió la mano en el agua, apartando sus brazos agitados hasta que sus dedos encontraron la garganta de Bella.

Y entonces empezó a apretar.

A través de la superficie brillante, Bella lo miró mientras sus manos intentaban desesperadamente apartarle los dedos. Pero sin sus cuchillos, sin poder usar su velocidad, no era rival para Aiden.

Apretó y apretó, observando cómo los ojos de ella se agrandaban al tiempo que sus sacudidas empezaban a perder fervor.

"¡Muere puta de mierda!", gritó mientras estrangulaba a la mujer.

Tenemos un conocido en común... has sido un niño malo, Aiden Kinkaid.

Para su sorpresa, Aiden se dio cuenta de que le caían lágrimas por las mejillas.

De repente se formó una burbuja en la boca de Bella, que subió rápidamente a la superficie, donde se rompió y desapareció.

Ella no puede saberlo... nadie lo sabe.

Hubo una segunda burbuja, y luego una tercera.

Entonces, los golpes cesaron por completo.

Aiden mantuvo a Bella bajo el agua durante un minuto entero después de que dejara de moverse antes de soltarla. Una vez liberada, su cuerpo permaneció suspendido un palmo por debajo de la superficie.

Luego se tambaleó hacia la orilla. Su visión había empezado a nublarse y se dio cuenta de que se inclinaba terriblemente hacia un lado.

Aun así, llegó a la playa.

Apenas.

Una vez allí, se desplomó sobre su espalda y se quedó mirando al cielo.

"¿Me abres?", susurró.

Al no obtener respuesta, se llevó la mano izquierda al bolsillo del chaleco -la derecha ya no funcionaba- y sacó una lata de tabaco de mascar. Tras varios intentos, consiguió quitarle la tapa con una mano. El interior aún estaba relativamente seco, y pellizcó todo lo que pudo entre el pulgar y el índice, dejando que el resto de la lata cayera al suelo.

Con un suspiro, se metió las finas hebras en el espacio entre los dientes y el labio inferior.

Luego cerró los ojos y estiró la mano para sacar la hoja que tenía enterrada en la nuca.

Una presión se liberó en su cabeza y su visión empezó a arremolinarse.

Aiden escupió zumo de tabaco en la parte delantera de su camisa y volvió a abrir los ojos, mirando al cielo, esperando, deseando que volviera a abrirse.

Para transmitirle calor.

"¿Me tomarás ahora?" susurró mientras la oscuridad lo bañaba. "¿Me tomarás ahora?"

Capítulo 30

Shelly tenía fiebre, entraba y salía de la consciencia alternando sofocos de calor y frío.

Vio rayas de luz, sintió vientos huracanados que la desgarraban, experimentó una sensación de aplastamiento en el pecho, en el vientre.

Dos veces había olido la salmuera de la Médula, y las dos veces había pensado que estaba en camino.

Su mente estaba tan confusa que sólo pensaba en aceptar.

Mi hora de partir.

Pero en ambas ocasiones, alguien le había echado agua fría en la cara, sacándola de las profundidades. Shelly creía recordar que alguien le había echado líquido en la boca, y tal vez una pastilla o dos, pero no estaba segura.

Después de lo que había visto, de lo que había pasado, le costaba separar lo que era real, lo que era un recuerdo y lo que era pura fantasía sin adulterar.

Su mente pasó de su estancia en el orfanato cuando era pequeña a cuando Sean la había dejado en la iglesia.

Y luego estaba Robert -más concretamente, ella y Robert, y su hijo- viviendo en casa de su abuelo, jugando en el patio trasero mientras él bebía cerveza, fumaba un puro y veía la televisión.

Eso no puede ser real... ¿verdad?

Un dolor en el abdomen la devolvió al presente, a lo que había llegado a aceptar como su nueva realidad.

Gimió y trató de masajearse el estómago, de acunar su ahora enorme barriga -cómo es posible que haya *crecido tan deprisa-, pero* algo duro le mordió las muñecas y se estremeció.

Shelly abrió los ojos y parpadeó rápidamente, intentando orientarse.

"¿Dónde estoy?", preguntó en un ronco susurro.

No hubo respuesta.

Estaba en una especie de habitación encalada, con baldosas de metro agrietadas en las paredes.

"¿Dónde...?", empezó de nuevo, pero cuando intentó girar la cabeza, descubrió que también tenía ataduras en la garganta.

El pánico empezó a apoderarse de ella y cerró los puños, para luego rechinar las muñecas contra las ataduras.

"¿Robert? ¿Cal?", gritó.

La única respuesta fue su propio eco.

Shelly probó con las piernas, pero también estaban atadas.

"¿Alguien? *¡Ayudadme!*"

Un repentino e intenso dolor en el abdomen la hizo chillar de dolor. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas y sintió una presión entre las piernas.

Shelly se miró el estómago, viendo con horror cómo una sombra pasaba por debajo de su piel, que de repente estaba moteada y cubierta de telarañas de venas azules que no habían estado allí momentos antes.

La presión seguía aumentando, ahora envolviendo su bajo vientre y entre sus piernas.

Y entonces Shelly lo vio justo debajo de la superficie de su piel: un contorno estrecho y puntiagudo de una forma que ya había visto antes.

Lo reconoció como una de las garras que se habían quemado en la pantorrilla de Robert.

El dolor alcanzó de repente un crescendo y Shelly gritó.

Afortunadamente, sólo duró un instante antes de que se oyera un chasquido y la humedad empapara su parte inferior.

Gimió e intentó meter la barbilla y mirarse, pero sus ataduras le impedían ver nada por debajo de su enorme barriga.

"Oh Dios", gimió, "oh Dios, oh Dios, ¿qué me está pasando?".

Algo no está bien... es demasiado... pegajoso... algo no está bien... algo no está bien...

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, respirando rápidamente con los labios fruncidos.

Es demasiado pronto, gritaba su mente. *Es demasiado pronto. El bebé no puede nacer ahora.*

La parte inferior de sus piernas se entumeció y sintió que su ingle se contraía con tanta fuerza que pensó que si no tuviera las manos y los pies atados, se habría hecho una bola del tamaño de un cacahuete.

Era demasiado pronto, pero eso no cambiaba el hecho de que el bebé venía en camino.

Como para reforzar sus pensamientos, una voz sonó en algún lugar a su izquierda. Una voz profunda y retumbante que parecía provenir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

"El bebé viene pronto, tenemos que prepararnos".

PARTE III - EL SABOR DEL TUÉTANO

Capítulo 31

"Sr. Underhill, ¿puede oírme? ¿Sr. Underhill?"

El Dr. Simon Transky, al que sus colegas llaman cariñosamente *Si, tanto* por su herencia judía como por su amor al ingrediente activo de las setas mágicas, *la psilocibina*, chasqueó los dedos delante de la cara del hombre barbudo.

"¿Sr. Underhill?"

El crujido de una silla hizo que Si se apartara del paciente para mirar al otro médico de la sala. El Dr. Muller era una década mayor que Si, tal vez más, y eso conllevaba experiencia. Y la experiencia conllevaba un nivel de petulancia sólo conocido entre los médicos. El hombre cruzó los brazos sobre su considerable barriga y sonrió satisfecho.

"Te dije que no contestaría", dijo el Dr. Muller sin siquiera mirar a Si.

Si se encogió de hombros y volvió a chasquear los dedos.

Esta vez, el Sr. Landon Underhill parpadeó y pareció, al menos por un momento fugaz, salir de su estupor.

"¿Wendy? ¿Eres tú, Wendy?"

Si enarcó una ceja y se inclinó hacia él, apoyando los codos en las rodillas.

"No, no soy Wendy. Mi nombre es Dr. Transky, pero puedes llamarme Si. Escuche, Sr. Underhill, ¿usted...?"

"¿Robert? ¿Eres tú, Robert?"

Si entrecerró los ojos.

"No", dijo lentamente. Extendió la mano y tocó la pierna del hombre, y Landon giró la cabeza para mirarle. Sus ojos estaban oscuros y nublados.

¿"Cal"? ¿Shelly? ¿Aiden? ¿Sean? ¿Helen?"

Si se apartó de nuevo, sorprendido por la llaneza de la voz del hombre tanto como por la extrañeza de las propias palabras.

Se volvió para mirar al Dr. Muller.

"Esto es..."

Muller asintió.

"Sí, siempre los mismos: *Robert, Cal, Shelly, Helen, Aiden, Sean.* A veces Wendy, aunque últimamente no tan a menudo".

"¿Y asumo que intentaste rastrear a estas personas? ¿Averiguar si son reales?"

"...Shelly, Robert, Helen..."

"Oh, lo intentamos. Tuvimos algo de éxito. Cuando vino por primera vez con un severo TEPT y tendencias esquizoides, pudimos reconstruir los últimos meses antes de que su vida se descarrilara. Lo

mejor que sabemos es que este tipo era un maldito..."

Los ojos de Si se desorbitaron y ladeó rápidamente la cabeza hacia Landon, recordando a Muller que el paciente estaba sentado allí mismo, en la habitación, con ellos.

El Dr. Muller hizo un gesto despectivo con la mano.

"Oh, no importa. No responde a nada. Toma, mira esto", Muller se volvió hacia Landon y chasqueó los dedos. "Tu madre es una puta de mierda".

Si tragó saliva y esperó la reacción de Landon.

¿"Shelly"? ¿Cal? ¿Robert? ¿Eres tú?"

El Dr. Muller se echó hacia atrás y se encogió de hombros.

"¿Ves lo que quiero decir? Está encerrado en tracción. De todos modos, como iba diciendo, lo mejor que pudimos averiguar por amigos y colegas fue que Landon se follaba a la mujer de uno de sus empleados, pero ella murió en un accidente de coche cuando salía de su casa. Su hijo también murió. Una mierda triste, de verdad. La mujer se llamaba Wendy y el marido Robert. ¿Y los demás? Tu suposición es tan buena como la mía. Robert se fue hace tiempo, y parece que se llevó el alma de Landon con él".

Si frunció el ceño mientras observaba al paciente. Landon era pálido, delgado, con una barba espesa y oscura que le cubría la cara y el cuello. Intentó no sentir lástima por el hombre -no *sientas lástima por él, no es tu amigo, es tu paciente-, pero* no pudo evitarlo.

Landon parecía tan malditamente... *triste.*

"Cuando vino por primera vez", continuó el Dr. Muller, "hablaba de voces en su cabeza, de que ni siquiera quería acostarse con Wendy. ¿La mejor suposición? La culpa se convirtió en una especie de fantasía extraña en su mente. En las últimas semanas, las cosas han empeorado. Sólo dice esos nombres, una y otra vez, espolvoreando de vez en cuando un *"¿eres tú?"* terriblemente molesto".

Si se lo tomó con calma.

"... Robert... Shelly... Cal..."

"De todos modos, esa es la historia aquí, su lección del día. TEPT extremo con tendencias esquizoides y tracción".

El Dr. Muller se levantó y Si hizo lo mismo.

"Gracias, Dr. Muller. Gracias por mostrarme esto, el FBI agradece su apoyo".

El Dr. Muller asintió y se dieron la mano.

Si se dio la vuelta y se dirigía hacia la puerta cuando se le ocurrió un pensamiento y miró hacia atrás.

"¿Dr. Muller?"

"¿Sí?"

"¿Cómo se llamaba la chica?"

El Dr. Muller torció la boca y se rascó la parte superior de la

cabeza.

"¿La chica que murió? Creo... eh... creo que fue..."

La cabeza de Landon Underhill se levantó de repente y sus ojos, ahora claros, con las pupilas más nítidas que Si había visto nunca, se clavaron en él.

"Se llama Amy y está atrapada en una isla", susurró.

El Dr. Muller jadeó.

Capítulo 32

Cal no miró atrás, ni una sola vez.

Oyó los disparos, oyó los gritos, los alaridos de dolor y frustración. Sollozando, bajó la cabeza, apretó con fuerza las asas del travois y echó a correr.

Corrió hasta que la playa se hizo más fina, hasta que la arena fue sustituida lentamente por algún tipo de vegetación de hoja ancha, y hasta que el agua se perdió de vista.

Finalmente, Cal dejó de correr. O, para ser más exactos, todo su cuerpo dejó de funcionar. No fue un proceso lento, como los movimientos de una persona expuesta a un frío extremo. En cambio, fue como un coche que se queda sin gasolina.

Cal balbuceó, se tambaleó y cayó de bruces. Apenas tuvo fuerzas para frenar la caída.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba corriendo, ni de si había puesto suficiente distancia entre él y el orfanato, Bella, Carson y la Cabra.

Pero ya no podía moverse, su cuerpo no respondía a ninguna de sus órdenes mentales.

Mientras sus párpados empezaban a agitarse, oyó algo en el viento, un zumbido que se hacía cada vez más fuerte, como el de una abeja que rodeara lentamente su oído antes de decidir que era un lugar tan bueno como cualquier otro para anidar y polinizar.

***

Thwup twhup thwup

Cal abrió los ojos y vio el cielo a su alrededor: encima de él, debajo, a ambos lados. El aire le corría por la cara y las orejas y le revolvía el pelo.

Thwup thwup thwup

***

Thwup twhup thwup

El cielo seguía rodeándole, pero ahora era más oscuro, pues la noche había eclipsado al día.

Cal seguía oyendo el zumbido, pero ahora oía algo más.

Una voz que no reconocía. Las palabras luchaban por completarse con el aire rugiente, pero Cal podía distinguir lo suficiente para saber que no era Carson ni el mismísimo diablo quien hablaba.

"T-menos una hora y veinte hasta el aterrizaje en Mooreshead",

exclamó la voz.

¿Cómo? ¿Mooreshead? ¿Qué son...?

Cal intentó ponerse en pie, pero gimió y volvió a caer de bruces.

Thwup twhup thwup

***

Thwup twhup thwup

Una cara, una cara redonda, joven y bonita, con el pelo rubio cayendo detrás de unas orejas demasiado grandes, se levantó para saludarle.

Cal sonrió y trató de alcanzarla, de acariciar su suave mejilla, pero sus destrozados dedos se quedaron cortos.

¿"Stacey"? ¿Eres tú? Te he echado tanto de menos... tanto, tanto..."

Hubo una pausa y Cal sintió que se le hundía el cuello.

"Vuelve a salir", dijo una voz y, aunque era más un anuncio que una orden, Cal se sintió obligado a obedecer.

Thwup twhup thwup

***

Thwup twhup thwup

Esta vez, cuando Cal abrió los ojos, el rostro que vio no era el de una mujer joven, sino el de un hombre de unos cincuenta años, con la boca como una fina línea rodeada por una red de arrugas.

Arrugas que gritaban autoridad y experiencia sin decir absolutamente nada.

"¿Cal?", preguntó el hombre. Su voz, al igual que su rostro, no tenía disculpa.

Cal gimió y, de algún modo, consiguió sentarse.

"¿Por qué no pudo ser Stacey?", refunfuñó. Usó las palmas de las manos para apoyar la espalda contra algo duro y, en el proceso, se dio cuenta de que no sentía las manos.

Los levantó y contempló horrorizado los destrozados rastros de carne, la crudeza de las ampollas reventadas tan completa que era como si su piel se hubiera derretido.

Y esto, a su vez, le recordó a los niños podridos que salían del agua, con las manos extendidas, tratando de alcanzar a Cloe.

Se le cortó la respiración y giró la cara.

"¿Quién eres?", espetó, tratando de retroceder, olvidando que estaba pegado a algo duro. "¿Quién coño eres tú?"

El hombre le tendió la mano y Cal se la apartó de un manotazo.

"¡No me toques, joder! ¡Dime quién eres!" sus ojos se clavaron. "¿Y dónde está Robert?"

Los labios del hombre se tensaron.

"Cal, estás bien... por favor, necesitas calmarte".

Con más esfuerzo del que creía poder hacer, Cal consiguió ponerse en pie, pero se golpeó la cabeza contra el bajo techo, lo que le obligó a agacharse. Los muslos y las pantorrillas le chirriaron, pero hizo lo posible por ignorarlos.

Había asuntos más importantes que atender que un dolor muscular.

"¡Robert! ¿Dónde está Robert?", preguntó. Intentó frotarse la nuca, pero la incapacidad de sentir su propio cuerpo era tan extraña que se detuvo de inmediato.

El hombre retrocedió y levantó las palmas de las manos, el gesto universal de *"no quiero hacer daño"*.

"Tienes que calmarte, Cal. Estás en un helicóptero y acabamos de aterrizar".

T-menos una hora y veinte a Mooreshead...

Cal negó con la cabeza.

"Eso no es lo que he preguntado, quiero saber dónde está Robert".

El hombre le pasó un pulgar por encima del hombro y Cal siguió el gesto con la mirada. Robert seguía tumbado en el remolque, pero ahora estaba sobre la hierba y otro hombre se cernía sobre él.

"¡Aléjate de él!" Cal gritó. Agachó la cabeza y saltó del helicóptero. Su aterrizaje fue torpe y los débiles músculos de sus piernas casi se doblaron. Sin embargo, se las arregló para mantenerse en pie. "¡Aléjate de él, joder!"

"Es médico, Cal", dijo el hombre del helicóptero mientras se apresuraba a seguirle el paso. "Robert... está en una especie de coma".

"No jodas", espetó Cal mientras continuaba hacia el hombre. "¡Aléjate!"

El hombre, un médico, si había que creer lo que decía Cara de Popa, se apartó de Robert y se puso en pie.

Parecía un médico, si es que existía tal cosa, pero Aiden también había parecido un ser humano vivo, que respiraba.

Al menos a primera vista.

"Me llamo Dr. Simon Transky", dijo el hombre asintiendo con la cabeza. "Y su amigo necesita mucha ayuda".

Cal interiorizó esta información, pero no detuvo su avance. Al acercarse, el médico se apartó de Robert y del travois.

"No quiero que...", pero antes de que pudiera terminar la frase, a Cal se le doblaron las piernas.

Al principio, pensó que iba a desplomarse sobre su amigo caído, aplastando su cuerpo inmóvil, pero unos brazos fuertes se engancharon bajo sus axilas y lo bajaron hacia atrás.

El hombre del helicóptero lo bajó suavemente sobre la hierba antes de que la oscuridad se cerniera de nuevo sobre Cal.

Su último pensamiento antes de que las cosas se volvieran negras fue algo que hace menos de seis meses habría sellado su destino en un manicomio: *Bueno, al menos están vivos… al menos no son apariciones vengativas…*

Capítulo 33

"Puedes llamarme Ames", dijo el hombre del helicóptero. "Oficialmente, soy el Director del Departamento de Delitos contra Menores del FBI".

Cal se metió en la boca las dos pastillas -que sospechaba que eran mucho más fuertes que la Aspirina- y las acompañó con un trago de café hirviendo.

Dr. Ames... ¿dónde he oído ese nombre antes?

"¿Y extraoficialmente?"

El hombre frunció el ceño.

"Llegaremos a eso muy pronto. Mi colega aquí", dijo Ames, señalando al hombre delgado con el pelo blanco sentado a su lado, "es el Dr. Simon Transky".

El hombre sonrió al oír su nombre, mostrando una hilera de dientes perfectamente rectos. Era una sonrisa que desarmó a Cal casi por completo.

Casi.

"Llámame Si."

Cal no le llamó nada, se limitó a mirar fijamente, con los ojos desviados de los rostros de los hombres a Robert en el travois que descansaba sobre la mesa junto a ellos.

Una de las ventajas de ser Director del FBI, había aprendido Cal rápidamente, era la posibilidad de limpiar una cafetería para organizar una charla, estuvieran donde estuvieran.

Incluso en un lugar tan irrelevante como Mooreshead.

Sin embargo, por la forma en que la pintura se estaba agrietando y desconchando cerca del techo, las baldosas de linóleo destrozadas a sus pies y el extraño olor que era una mezcla de aguas residuales retenidas y aceite vegetal rancio, Cal no estaba convencido de que realmente tuvieran que ejercer algún tipo de autoridad para vaciar el lugar.

¿Quién en su sano juicio comería aquí?

"Entiendo que seas escéptico, lo entiendo", continuó Ames. "Pero tienes que confiar en nosotros".

Cal bebió otro trago de café, haciendo rodar el líquido por la lengua para evitar que le quemara. Sabía a lo que esperaba de aquel lugar, pero habían pasado horas desde su último trago.

Supuso que mientras no viera el aspecto de la cafetera, podría aguantarse.

"¿Cómo sabes quién soy? ¿Quién es Robert?", preguntó con los ojos entrecerrados.

Ames cruzó los brazos sobre el pecho.

"La Capa..."

Y con esa palabra, Cal se dio cuenta de por qué reconocía el nombre de Ames. Era el móvil... El móvil de Brett Cherry había sonado la última vez que estuvieron todos juntos, y se lo había pasado a Chloe, diciéndole que el director Ames necesitaba hablar con ella. ¿Y no había dicho Chloe algo de un helicóptero?

Cal no estaba seguro, pero pensó que podría haberla oído hablar de uno.

El director Ames se levantó de repente y se inclinó sobre la mesa.

¿"Cal"? ¿Estás bien? Necesitas..."

Cal se lo sacudió.

"Estoy bien. ¿Por qué llamaste a Brett y Hugh? Nosotros... nosotros..." quería decir que *los necesitaba*, pero su mente se inundó de repente con imágenes de Chloe mientras la tiraban hacia atrás, los dedos podridos palpándole la boca y la nariz, el orificio destrozado llenándose lentamente de agua de mar.

"Joder", dijo con un estremecimiento. Apretó los dientes y giró la cabeza hacia un lado para intentar contener las lágrimas.

Ames entrecerró los ojos.

"¿Dónde está la Capa?", preguntó en voz baja.

Cal negó con la cabeza, pero no pudo formular una respuesta verbal. Evidentemente, su reacción fue suficiente, ya que el director Ames inclinó la cabeza solemnemente.

El silencio se apoderó del grupo, sólo para ser roto un minuto después por Ames.

"Hugh y Brett tenían que ocuparse de otra cosa, algo importante".

Cal levantó los ojos.

"¿Qué podría ser más importante que esto?", siseó. "¿Qué podría ser más importante que la vida de Chloe? ¿Que la vida del hijo de Shelly y Robert? *¿Sus vidas*?"

El Dr. Transky se inclinó hacia delante.

"Puedo ver que estás molesto, pero..."

"Oh, sí que puedes, ¿verdad?". Cal se volvió y fulminó con la mirada a Ames. "Jesús, ¿de dónde has sacado a este tío? No sólo es médico, sino también un jodido clarividente".

Ames no estaba impresionado.

"No hay tiempo para entrar en detalles, Cal. Todos sabemos lo que está en juego aquí".

La visión de Cal se volvió roja.

¿"Sí"? ¿De verdad? ¿Sabes lo que está en juego? Como las vidas de mis amigos, ¿verdad? ¿Tienes amigos en el campo? ¿Allá afuera?"

Algo pasó entonces por delante de la cara de Ames, algo oscuro que rompió momentáneamente su calma.

Aiden... conocía a Aiden.

Cal se desplomó de nuevo en la desgastada cabina de cuero.

Todo el mundo hace un sacrificio, Cal. Todos.

"Joder", suspiró. "Lo siento."

Ames apretó los labios con fuerza.

"Está bien. Pero la verdad es que el tiempo casi se ha acabado. Sé que hay algo que tienen que hacer en la ciudad, como hay algo que nosotros tenemos que hacer en otro sitio", Ames miró por la ventana untada de grasa hacia el cielo, que había empezado a oscurecerse. "No creo que sobrevivan a la noche".

Cal se quedó boquiabierto.

"¿Quién no lo logrará?"

El director Ames no respondió de inmediato. En su lugar, se dirigió primero al Dr. Transky.

Cal intentó chasquear los dedos, pero la fricción le arrancó más piel. Se tragó las náuseas que le sobrevinieron.

"¿Quién?"

Ames dirigió la mirada hacia Cal.

"Shelly-Shelly y el bebé."

Cal sintió que el corazón le daba un vuelco.

No puede ser... no puede estar embarazada de más de tres meses. Es imposible que el bebé nazca tan pronto. No puede ser.

"¿Qué quieres decir?"

Ames negó con la cabeza.

"No hay tiempo. Tenemos que irnos".

El médico se inclinó hacia él y habló antes de que Cal pudiera intervenir.

"Cuidaremos bien de tu amigo, Cal. Sé que esto es difícil de asimilar, sobre todo después de todo lo que has pasado, pero tienes que confiar en nosotros".

Los ojos de Cal se desviaron hacia la expresión pellizcada de Robert, sus ojos fuertemente cerrados.

"No", dijo simplemente.

"¿Perdón?"

Cal miró entonces a Ames.

"No, no te lo vas a llevar. Se queda conmigo".

Por segunda vez desde que entró en la cafetería, al director Ames se le torció la cara.

"Estamos de tu lado, Cal. Y Robert necesita..."

"Lo que Robert necesita es estar conmigo", dijo Cal rotundamente. "Y conmigo se quedará".

Se miraron a los ojos y, finalmente, Ames rompió la mirada y se volvió hacia el médico.

El Dr. Transky se encogió de hombros.

"Probablemente no habrá mucha diferencia", dijo, "Robert está en

coma profundo".

Ames asintió y se levantó.

"Te ayudaremos a sacarlo fuera, pero luego tenemos que irnos".

Cal negó con la cabeza y luego flexionó los dedos en carne viva.

"No, yo lo haré. Tú limítate a llegar a donde tengas que llegar", dijo con desprecio.

Y entonces, sin siquiera un movimiento de cabeza o un apretón de manos, el Dr. Si Transky y el Director del FBI Ames abandonaron la cafetería.

Cal vio cómo saltaban al helicóptero y, segundos después, ya estaban en el aire.

Esperó hasta que el helicóptero no fue más que una mancha en el cielo antes de soltar un exasperado "ahhhhhhhh" y permitirse sacudir sus manos agonizantes.

Tardó veinte minutos en sacar a Robert de la mesa y otros diez en hacer pasar el remolque por el estrecho espacio entre las cabinas y sacarlo fuera. Para entonces, sin embargo, las drogas que Si le había administrado habían empezado a hacer efecto y el dolor que parecía cubrir su cuerpo como una fina capa de sudor empezó a remitir.

Sus ojos se desviaron hacia arriba, confirmando que pronto llegaría la noche. Qué noche -como la noche después de haber dormido en la playa, o cualquiera de las noches posteriores a aquel horrible momento- Cal no tenía forma de saberlo.

Su mirada se desvió hacia la cafetería y se sorprendió al darse cuenta de que conocía el lugar.

No en su estado actual, ruinoso, seguramente, sino cuando él era un niño.

Él, Brent y Stacey habían venido aquí a tomar batidos de chocolate cuando eran preadolescentes.

Al igual que Hank...

Cal sacudió la cabeza, luchando contra el torrente de emociones que amenazaba con sobrevenirle.

De vuelta en Mooreshead después de todo este tiempo, después de que juré nunca volver.

Sin embargo, en el fondo, a pesar de sus palabras, una parte de Cal sabía que volvería. Sólo que entonces, pensó que su regreso sería por Stacy, no por un hombre extraño en la biblioteca.

No para el hombre al que Cloe había llamado el Conservador. No con toda esta presión sobre él, presión para que hiciera sólo Dios sabe qué.

Por favor, Robert, tienes que despertar. No estoy hecho para esta mierda.

Sus ojos se posaron en el rostro de Robert, que había vuelto a quedarse flácido.

Despierta de una puta vez, Robert. Por favor.

Capítulo 34

Al igual que la cafetería, la biblioteca de Mooreshead estaba en una situación desesperada. De hecho, toda la ciudad parecía haber empeorado en las dos décadas que habían pasado desde que Cal vivía allí.

Los escaparates que antes evitaba cuando se escapaba de la escuela por culpa de las amas de casa que compraban allí durante el día se habían reducido a tiendas tapiadas y cubiertas de grafitis.

Era triste, pero Cal también estaba agradecido.

Al fin y al cabo, era un hombre de aspecto demacrado que arrastraba por el centro de la ciudad un travois sobre el que yacía lo que, para el observador externo, parecía un cadáver.

Si alguien le viera, y mucho menos le detuviera, Cal no tendría ni idea de cómo explicar lo que había sucedido, lo que le había llevado hasta ese punto. De hecho, si alguien se acercaba a él, Cal esperaba que poco después luciría una ajustada chaqueta blanca que se abrochaba por delante sentado en el centro de una habitación hecha de bolsas de aire.

Y su médico no sería el encantador Si Transky de dientes rectos, sino un hombre cuyas decisiones vitales podrían haberle convertido en un sádico asesino en serie, con una aguja del tamaño de una Louisville Slugger preparada. Una aguja que estaría deseando inyectarse ante la mera mención de la Médula, por no hablar de muertos que volvían a la vida, de puertas del Infierno que debían cerrarse, de un libro que había escrito hacía décadas en el que describía una red de túneles enterrados en las profundidades de la tierra que no había oído ni visto en toda su vida.

La madriguera de los Leporidae *es larga y profunda...*

Un escalofrío le recorrió mientras subía los escalones de la biblioteca, intentando no aplastar la nuca de Robert con cada uno de ellos.

Cuando Cal había visitado la biblioteca en su juventud, era un edificio viejo y deteriorado. Ahora parecía un edificio que ya se había derrumbado, dejando sólo un cascarón a su paso.

Cal se acercó a la gran puerta de madera, con la intención de golpear con fuerza o llamar al hombre... a Seth Parsons, el Conservador... pero cuando su mano rozó la superficie rugosa y podrida, se abrió de golpe.

El aire del interior de la biblioteca estaba viciado y estancado, como una sopa calentada y luego dejada enfriar en el fregadero. Así se sentía Cal: respirando una sopa vieja y poco espesa llena de recuerdos del abecedario.

"Jesús", murmuró, subiéndose el cuello de la camisa para taparse la nariz y la boca. Esto no olía mucho mejor; no recordaba la última vez que se había cambiado, y mucho menos que se había duchado. Aun así, la familiaridad de su propio olor era mucho mejor que el aire de la biblioteca.

Como la luz del exterior se había desvanecido, los ojos de Cal tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad del interior. Se quitó las motas de polvo de la cara, respiró hondo y pronunció un tímido "¿Hola?".

El eco que le llegó fue tan fuerte que Cal soltó instintivamente el travois y se tapó los oídos hasta que pasó.

Después de que se apagara, pero mientras aún le zumbaban los oídos, se volvió para mirar a Robert con la débil esperanza de que el sonido le hubiera despertado.

No lo había hecho.

Tan fuerte como para despertar a los muertos, pensó incomprensiblemente.

Cal arrastró a Robert hasta el interior de la biblioteca y volvió a dejarlo en el suelo, esta vez con cuidado. Intentó cerrar la puerta tras de sí, pero las bisagras estaban extrañamente desprovistas de óxido, lo que hizo que oscilara libremente. *Demasiado* libremente. El pestillo también estaba roto, colgando inútilmente de los hilos metálicos cortados. La puerta permanecía entreabierta, lo que no era lo ideal, pero ¿qué otra opción tenía? Simplemente estaba demasiado agotado para seguir cargando con Robert.

Cal se volvió hacia el interior de la biblioteca y escudriñó el espacio en busca de algo que le resultara familiar. Los pupitres seguían allí, pero las lámparas verdes hacía tiempo que habían desaparecido y sus superficies, antaño lacadas y lo bastante brillantes como para fijar en ellas un copete, estaban desgastadas y agrietadas.

El escritorio de la bibliotecaria había desaparecido por completo, los remaches que lo habían sujetado arrancados de sus casquillos.

Aunque las estanterías de madera que recubrían las paredes seguían presentes, no así la escalera utilizada para desplazarse por ellas.

Pero no era lo único que faltaba.

Cal sintió que se le hundía el corazón.

No veía ni un solo libro: las estanterías estaban completamente vacías.

"No", gimió Cal. Con pasos trabajosos, se dirigió a la estantería, inclinándose al hacerlo.

Este era el lugar, el sitio donde puse mi libro. El de la cubierta verde. El de los diagramas en el interior.

Pero allí no había nada. En el fondo, sabía que esto no debería

haberle sorprendido, que incluso debería habérselo esperado dado el estado de la cafetería a la que Ames le había llevado, pero aun así le estremeció hasta la médula.

Venir aquí, a la biblioteca, a buscar su libro, había sido su única esperanza.

Y ahora que eso se había esfumado, la frustración lo abrumaba.

Cal golpeó con furia la estantería de madera con los puños y maldijo en voz alta.

El arrepentimiento se impuso inmediatamente a la exasperación, y no sólo por el dolor que le subió por las muñecas.

Fuera lo que fuese lo que le había dado el doctor Transky, no era *sólo* un analgésico; sus manos parecían arremolinarse al impactar, desprendiendo extrañas bocanadas de colores, rojas y amarillas y naranjas, como un superhéroe de cómic.

Cal sacudió la cabeza, tratando de despejarla, y se levantó, sus ojos escudriñaron las estanterías por última vez en busca de su volumen.

Chloe no podía estar equivocada... este tiene *que ser el lugar... el Conservador* tiene *que estar aquí... mi libro* tiene *que estar aquí.*

Sólo que ninguna de esas cosas estaba presente.

La biblioteca, como todo el pueblo de Mooreshead, estaba vacía, desierta.

Cal sintió que se le encogía el pecho y luego llegaron los sollozos. Apenas consiguió llegar hasta el cuerpo de Robert antes de desplomarse en el suelo.

¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Pero el sonido de la puerta abriéndose tras él le hizo girar la cabeza.

De la noche surgió un hombre vestido con harapos de color verde oscuro. Levantó la vista cuando vio a Cal, pero en lugar de sobresaltarse, le dedicó una horrible sonrisa con los dientes llenos de mugre y suciedad.

"Oh, hola. Lo siento. Sólo estaba meando. ¿En qué puedo ayudarte?"

Capítulo 35

"No te acerques a nosotros", advirtió Cal. "No tenemos nada: ni dinero, ni drogas".

El hombre de los harapos soltó una risita. Era un sonido chirriante que incomodaba a Cal. Eso, unido al hecho de que el hombre parecía arrastrar un extraño resplandor amarillo a medida que avanzaba junto a ellos y se adentraba en la biblioteca, fue suficiente para inquietarle.

"Oh, pero tú quieres algo, ¿no? Quiero decir, tal vez sea conocimiento... ¿una lección de historia, quizás?", habló el hombre de forma lenta y condescendiente.

Cal entrecerró los ojos con fuerza y, con un gemido, se puso en pie.

¿Lección de historia?

Las palabras me sonaban extrañamente familiares...

"Además, esta es mi casa. Así que es de mala educación que me grites cuando vuelvo de mear".

Cal no estaba seguro, pero le pareció detectar un ligero indicio de acento californiano. Era difícil saberlo con los dientes tan llenos de mierda como los tenía.

"¿Quién eres?", jadeó.

El hombre se quedó helado.

"Ah, ya sabes quién soy, Callum Godfrey formalmente de esta hermosa ciudad", respondió con una risita.

"No puede ser", jadeó Cal.

Al hombre se le borró la sonrisa de la cara y avanzó tan de repente que, a pesar de todo, Cal se acobardó.

"¿Qué? ¿No me reconoces?", preguntó. Su respiración era agitada y Cal sintió que se le revolvía el estómago.

Las manos del hombre se alzaron y, por un segundo, Cal pensó que iba a estrangularlo. En lugar de eso, el hombre se cubrió la cara con sus guantes andrajosos. Hizo una pausa, hubo un destello brillante del extraño resplandor amarillo y luego se los volvió a quitar.

La sonrisa marrón había desaparecido. Los ojos, los pálidos ojos azules eran los mismos, pero todo lo demás era *diferente*.

"Qué coño..." murmuró Cal mientras se tambaleaba hacia atrás. Tropezó con la esquina del remolque y cayó de culo.

El rostro del hombre era joven y suave, y tenía una larga cabellera rubia que le caía hasta los hombros.

Fue Seth Parsons.

"¿Cómo...? ¿Cómo...?"

El hombre rió, esta vez con un timbre melódico.

"Oh Dios, después de todo lo que has visto, ¿esto es lo que te cuesta creer?"

Cal se quedó sin palabras.

La cara del hombre... había cambiado.

Al instante.

"Muy bien, ¿qué tal esto entonces? Este te va a volar la puta cabeza."

Seth se llevó las manos aún enguantadas a la cara y se la cubrió un segundo más.

Cuando las apartó, volvía a ser otra persona. Estaba más gordo, con una barbilla enorme y flácida que le colgaba como la cresta de un gallo color melocotón, y tenía el pelo corto y negro pegado al cráneo.

Aunque Cal nunca había visto a esa persona, algo en su interior le decía de quién se trataba.

Era el alcalde Steven Partridge.

El alcalde soltó una carcajada que le hizo temblar la barbilla.

"Sí, ese soy yo también. Steven Partridge."

Cal parpadeó y trató de tragar, pero tenía la boca tan seca que no pudo.

"Tú... ¿estabas allí? ¿En el Foso? ¿Hace tantos años?"

El hombre se encogió de hombros, se pasó las manos por la cara y sus rasgos volvieron a ser los del vagabundo que había entrado por la puerta hacía unos instantes. Todo sucedió tan deprisa que, si hubieran presionado a Cal, habría estado de acuerdo en que no se había producido ningún cambio de rostro, que todo había sido una alucinación provocada por el cansancio y las drogas.

"He sido mucha gente durante mis largos años en este mundo y en otros, Cal. Mucha gente diferente, y no todos eran -cómo decirlo- ciudadanos modelo".

Cal intentó tragar saliva, pero volvió a fracasar. Cuando habló a continuación, su voz tenía una pegajosidad que, en otras circunstancias, le habría vuelto loco.

Excepto que estaba convencido de que ya estaba loco. O, como mínimo, extremadamente trastornado.

"¿Arrojaste a McCabe a La Fosa?" Cal preguntó. "¿Por qué?"

El hombre rechazó la pregunta con una mano enguantada.

"Eso ya es pasado, pero si quieres saberlo -y me imagino que sí, a juzgar por cómo se te salen los ojos de las órbitas-, el padre McCabe no era todo lo que parecía".

Seth, o quienquiera que fuese, se acercó a Cal y se inclinó para susurrarle al oído.

"Noticias de última hora, Callum: no todos los curas son buenas personas; no todos los curas tienen la calidad del padre Callahan. Además, había que hacer un sacrificio".

Se apartó y soltó una risita.

Cal sacudió la cabeza, tratando de despejarla, pero esto sólo sirvió

para que su mundo diera aún más vueltas.

¿Qué demonios me dio el Dr. Transky?

"Estoy aquí por el libro...", consiguió farfullar.

"Claro que sí", respondió Seth, acercándose a la estantería. Se inclinó y buscó algo que no estaba allí. "Sabes, esa chica, Chloe... Debería cobrar un canon por todos los libros que he almacenado a lo largo de los años. Tuyos, suyos..."

Presionó la madera a menos de cinco centímetros del lugar donde Cal había golpeado con los puños hacía unos instantes. Algo hizo clic y un panel se deslizó hacia fuera. Dentro había un libro familiar con la cubierta verde.

"¿Cómo está la vieja bruja, de todos modos?" dijo Seth al volverse hacia él.

Cal desvió la mirada.

"Mierda", susurró Seth. "Otro puto sacrificio, eh."

Cal levantó la vista cuando Seth se acercó y se dio cuenta de que negaba con la cabeza.

"Lo siento", se ofreció, pero Seth ignoró este comentario. Estaba claro que estaba acostumbrado a perder.

Cal no podía decidir si esto era bueno o malo.

"Toma", dijo Seth, tendiéndole el libro. "Lo vas a necesitar".

Por un momento, Cal sólo pudo mirar el libro. Intentó alcanzarlo, cogerlo, después de todo, ésa era la razón por la que había vuelto a Mooreshead, pero sus brazos y manos simplemente no obedecieron.

Seth apretó los labios y luego alargó la mano para agarrar la muñeca de Cal y levantarle la mano. Luego le metió el libro entre los dedos ampollados.

"No seas maricón, coge el libro", susurró, el aire saliendo de su boca como los humos de un vertedero de residuos tóxicos.

Cal apretó la tapa y se vio transportado a su juventud, a la época en que garabateaba en el libro pensando que estaba bajo algún tipo de hechizo, bajo la influencia de esporas tóxicas de moho, tal vez.

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Seth se rió entre dientes.

"¿Olvidas algo?", preguntó, inclinando la barbilla hacia Robert y el travois. "Mejor no dejarlo aquí... además, creo que tú también lo vas a necesitar".

Cal se lamió los labios, intentando, sin conseguirlo, humedecerlos. Se metió el libro en el cinturón de los pantalones y se inclinó para agarrar las asas del travois.

"Sí, ese es un libro que no voy a tocar nunca más, no importa cuánto..." se detuvo antes de decir el nombre de Chloe. "De todos modos, buen toque en los hongos mágicos, también. Esas cosas siempre ayudan, déjame decirte".

Capítulo 36

Cal llegó a The Pit aturdido bajo el manto de oscuridad. Seth tenía razón; se sentía colocado, como si se hubiera tragado una onza entera de setas mágicas.

Pero no se quejaba. En todo caso, las drogas ayudaron a adormecer algo de lo que estaba sintiendo.

Increíblemente, había llegado a Mooreshead y había adquirido su libro del conservador metamorfo. Y ahora estaba aquí, en The Pit, esperando...

¿Para qué? ¿Qué sigue, Cal? ¿Y el plan maestro? ¿Qué se supone que vas a hacer ahora?

Recordó las palabras del director Ames, su aliento para que se diera prisa, que Shelly y el bebé no aguantarían toda la noche.

Cal posó a Robert y el remolque en el borde de la Fosa y miró a su alrededor. La noche se les echaba encima, pero la luna estaba llena y brillante, ofreciendo iluminación más que suficiente para... lo que fuera que tuviera que hacer a continuación.

Hacía como eones, cuando Robert, Shelly y él vivían juntos en la finca Harlop, le había gritado a Robert que dejara de comportarse como un jefe, que dejara de darles órdenes.

Robert había dicho que estaba fuera, que no quería nada de esta vida, que lo único que quería era llorar la pérdida de su mujer y su hija. Pero Shelly y Cal habían insistido, habían llegado a decir que seguirían cazando fantasmas con o sin él.

Ahora, de vuelta en el lugar de su infancia, lo único que deseaba era que los ojos de Robert se abrieran y que el hombre hablara, que le dijera qué hacer a continuación.

Mierda, no le importaba si Robert le ordenaba contar cada grano de arena de La Fosa; lo haría.

Arreglaría el Wrigley Field con un cortaúñas, drenaría el lago Huron con una pajita, construiría una réplica a tamaño real de la maldita Gran Muralla China con Play-Doe, ¡si el hombre se *despertara de una puta vez!*

Cal no estaba hecho para esto del liderazgo, para ser el responsable de tomar las decisiones finales, independientemente de lo que Chloe hubiera dicho. Era demasiada presión para un hombre que ni siquiera había terminado el instituto.

Sin embargo, algo en el fondo de su mente le recordó que Robert no era un genio de la Ivy League. Después de todo, era un contable jubilado. Diablos, técnicamente, ni siquiera estaba jubilado; lo habían despedido.

Cal cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Chloe me dijo que me hiciera cargo, que debería liderar a los guardianes. Ella debe saber algo, ¿no?

Pero le costaba dar crédito a las palabras de una mujer que se había entregado a los secuaces de la Cabra, muertos y putrefactos desde hacía mucho tiempo.

Abrió los ojos, esperando que hubiera aparecido algo delante de él -un pergamino, una judía mágica, joder- que le indicara qué hacer a continuación.

Pero sólo estaba la luna en lo alto y Robert dormido a su lado.

Abatido, Cal se dejó caer en posición sentada como un niño petulante. Al hacerlo, algo se clavó dolorosamente en su estómago y miró hacia abajo.

¡El libro! ¡Claro que sí!

Cal sacó el libro -*su* libro- de la cintura y lo sostuvo con ambas manos. Lo notaba más pequeño de lo que recordaba, más ligero, pero no podía estar seguro porque aún tenía las manos entumecidas. En la portada, antes intacta, aparecía ahora un título y el nombre del autor.

Pasó los dedos por las letras doradas mientras leía las palabras: *La Médula*.

Y luego debajo de eso: *Callum Godfrey*.

Las letras le resultaban tan extrañas, tanto en la lengua como bajo sus dedos llenos de ampollas, que tuvo que leerlas una segunda y una tercera vez antes de asimilarlas.

Yo escribí esto, pensó distraídamente. *No tengo ni idea de cómo, ni de por qué, pero* he escrito *esto.*

Luego abrió la tapa y empezó a leer.

Capítulo 37

No había muchas palabras en *La Médula*. En todo caso, estaba escrito más como un manual de ingeniería que como una novela literaria.

El libro describía una serie de túneles enterrados en las profundidades de la tierra, túneles que se extendían hacia fuera desde el centro como los radios de una rueda. Y al igual que la parte neumática de una rueda, los radios también estaban conectados entre sí de forma circular.

Cal leyó los nombres de los lugares inscritos bajo cada uno de los radios, algunos de los cuales conocía, mientras que de otros no había oído hablar nunca.

Mooreshead, Pantano de Stumphole, Condado de Askergan, Sagrado Corazón.

También había más, nueve en total según sus cuentas, pero las marcas de lápiz se habían desvanecido con los años y le resultaba imposible distinguir todos los nombres.

Mooreshead... todos estos años, y había un túnel bajo la ciudad. Mooreshead... la ciudad más aburrida de la Tierra se volvió un poco más interesante.

Cal levantó los ojos y contempló la vieja gravera Forrester. El lugar le traía recuerdos horribles, la mayoría de los cuales había bloqueado, pero cuando su mirada se posó en el cubo oxidado de la retroexcavadora, lleno de manchas rojas que cubrían los dedos, su cuerpo se contrajo.

Eso sí lo recordaba; ninguna terapia, negación o tiempo y espacio podrían hacerle olvidar lo que ocurrió aquella noche.

Hank... Lo siento, Hank.

Cal sacudió la cabeza antes de que las emociones le dominaran y volvió a centrar su atención en el libro.

No carecía por completo de palabras, aunque la prosa era más puntual que narrativa.

En la primera página, cubierta en su mayor parte por el dibujo de un túnel estéril, había una descripción del interior alicatado, con detalles sobre el grosor de las paredes y el diámetro de la abertura. También había un nombre y un número en la parte superior de la página. El nombre era Mooreshead y el número cuatro, que aparecía rodeado por un círculo en la esquina superior derecha.

Cal pasó la página y miró el túnel con el nombre "Condado de Askergan" y el número "2".

Hizo una breve anotación mental y continuó leyendo las páginas, deteniéndose a continuación en el Sagrado Corazón.

Este túnel estaba marcado con un "6". Sólo con leer ese nombre, *Sagrado Corazón,* se le aceleró el pulso y evocó visiones de la horrible criatura alada que emergía del pecho marchito de Sean...

Cal siguió avanzando, ignorando los nombres de los lugares que no conocía, y se detuvo al llegar al dibujo de un gran depósito lleno de algún tipo de líquido. Suspendido dentro del tanque había un hombre, desnudo, con tubos que salían de su nariz y boca y se extendían hacia arriba.

Cal vio que había una etiqueta con el nombre cerca de la parte inferior, pero las letras eran demasiado pequeñas y estaban demasiado borrosas para distinguirlas.

Y, sin embargo, por alguna razón, la cara, incluso con los tubos cubriendo la mitad inferior, estaba increíblemente detallada. Por un momento, Cal pensó que el hombre suspendido se parecía a él. Se acercó para verlo mejor y, efectivamente, reconoció sus ojos, sus orejas, las líneas que iban desde las comisuras de la nariz hasta la boca. Incluso su pelo se parecía al peinado que solía llevar, a pesar de estar sumergido en líquido.

Cal sacudió la cabeza y la imagen pareció arremolinarse ante sus ojos. Le sobrevino otro ataque de náuseas.

"Sólo estás colocado", susurró en voz alta. "Ese charlatán del Dr. Transky te dio algunas drogas y ahora estás enloqueciendo. No soy yo... ¿por qué iba a ser yo?"

Sin embargo, a pesar de su amonestación verbal, no podía quitarse de encima la sensación de que *era* él quien flotaba dentro del tanque.

Cal estaba a punto de cerrar el libro cuando una gota de lluvia preñada cayó sobre la página. El líquido aterrizó directamente en la cara de la persona del tanque, distorsionando al instante sus rasgos.

Cal miró hacia arriba y entrecerró los ojos.

El cielo estaba completamente despejado, sin nubes, y la luna seguía brillando.

"¿Qué demonios?"

Cal volvió a la página y vio que, en lugar de oscurecer el rostro, la gota de lluvia lo había cambiado.

Que me aspen...

De algún modo, ahora se parecía a Shelly, con sus labios gruesos y rojos, su pelo corto y rubio. Recordó brevemente cómo el Conservador había cambiado de aspecto, había pasado de vagabundo a surfista y a prestigioso alcalde de hacía casi un siglo con sólo agitar las manos delante de la cara.

Y entonces recordó lo que Carson había parloteado, lo que en aquel momento Cal había considerado simples divagaciones de un lunático: el yo, y cómo renunciar a él significaba...

Cayó otra gota de lluvia, sólo que esta vez aterrizó en la nariz de

Cal en lugar de en la página.

Una vez más, volvió los ojos hacia arriba, sólo que esta vez se encontró con un diluvio de lluvia.

"¡Mierda!", maldijo, cerrando de golpe el libro y metiéndoselo en la cintura. Se puso la camiseta mugrienta por encima y se acercó a Robert, que estaba a su lado, haciendo todo lo posible por protegerlo de la peor parte del chaparrón.

"¡Jesucristo!"

En cuestión de segundos, Cal estaba calado hasta los huesos. Era como si el cielo se hubiera abierto de repente y Dios Todopoderoso hubiera vaciado un cubo celestial justo aquí, en Mooreshead, justo en The Pit, sobre el propio Cal.

Tengo que sacar a Robert de la lluvia, pensó, cogiendo las asas del remolque.

Miró a su alrededor, con la esperanza de encontrar algún follaje bajo el que agacharse en lugar de tener que arrastrar el travois todo el camino de vuelta hasta lo que una vez había sido el bosque del señor Willingham.

Observó que había un grupo de arbustos a su izquierda, y estaba a punto de dirigirse hacia ellos cuando vio algo frente a él, al otro lado del Foso.

Una forma, una figura.

Y entonces una voz se le filtró por la cantera. Una voz que le heló el corazón.

"¿Cal? ¿Eres tú, Cal?"

Cal dejó caer el travois.

Capítulo 38

"Llegará en cualquier momento".

Shelly puso los ojos en blanco y gimió, sintiendo que la presión aumentaba en su interior.

El bebé venía bien, pero no salía de su vagina. Sentía como si fuera a salirse de su estómago.

"¿Y cuando llegue? ¿Qué pasará entonces?", preguntó otra voz.

Shelly dejó rodar la cabeza en esa dirección y, a través de los párpados entreabiertos y agitados, distinguió un rostro familiar.

Era la cara de Carson Black, y el bastardo estaba sonriendo.

"Entonces atamos al niño de dos guardianes a los vivos y a los muertos. Abrimos las puertas".

Shelly vio a Carson asentir en su periferia.

"¿Y qué pasa con Bella y los huérfanos? ¿Y si no vuelven a tiempo?".

Se oyó un repentino crujido en su interior, en algún lugar cerca del ombligo, y Shelly chilló.

"¡Sácalo!" gritó. "¡Sácalo!"

Una risita seca llenó la sala.

"Oh, saldrá, cariño, pero no puedes apresurar estas cosas".

Durante varios agonizantes minutos, el único sonido en la habitación fue la respiración entrecortada de la propia Shelly. Y entonces Carson repitió su pregunta.

"¿Qué pasa con Bella y los huérfanos?"

"Se han ido, Carson. Nos sirvieron bien, pero ahora ya no están. Al igual que Robert. Pensé que podríamos cambiarlo, hacerlo entrar en razón, pero, por desgracia, siempre fue un niño de mamá".

A esto siguió una carcajada seca.

"Sólo somos tú y yo, papá, como siempre ha sido".

Robert... ¿se ha ido?

Algo en el interior de Shelly se rompió como un alambre en tensión, y esta vez ni siquiera pudo gritar.

Esta vez, todo su cuerpo se tensó, incluidos el corazón y los pulmones, paralizándola.

¡Ya viene el bebé! ¡Oh Dios, el bebé viene ahora mismo!

Capítulo 39

"¡Has vuelto!"

Cal se quedó mirando por encima de The Pit.

No puede ser.

Pero *podía* ser, en el fondo lo sabía. Había visto regresar a los muertos, los había visto caminar por la tierra con sus propios ojos. Sin embargo, en su mayoría, estas apariciones habían sido extraños, personas con familias y vidas, seguramente pero no su familia, no su vida.

Nunca alguien que conociera y amara había vuelto de entre los muertos y, aunque sabía que era posible, su mente dañada no podía hacerse a la idea.

"No es real... no es real... no es real", repetía una y otra vez incluso cuando la figura empezó a caminar por el borde de La Fosa hacia él.

Cal se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos. Luego empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás.

Es la lluvia y las drogas. Es el cansancio y el estrés lo que me está afectando... no puede ser real.

La lluvia seguía golpeándole, pero cuando no oyó ningún otro sonido, ninguna mención de su nombre, Cal dejó de mecerse y abrió los ojos.

A menos de diez pasos a su izquierda estaba Hank, su amigo de la infancia, encorvado y con las manos metidas en el bolsillo de los vaqueros. A diferencia de los niños del orfanato, tenía exactamente el mismo aspecto que el día de su muerte.

Cal no estaba seguro de si esto lo hacía más fácil o más difícil de creer.

"¿Hank?", susurró. La lluvia en su cara se mezcló con sus lágrimas, empapándolo completamente ahora. "¿Eres realmente tú?"

Hank se encogió de hombros y sonrió, mostrando sus grandes dientes.

"En carne y hueso, Cally-boy. En carne y hueso".

Cal se quedó mirando, incapaz de moverse ni de hablar.

¿Cómo puede ser? Lo vi morir... lo vi tirado bajo el agua por las manos.

Hank apartó entonces la mirada de él y se asomó al Foso.

El agua había empezado a acumularse en el fondo y, aunque aún estaba relativamente en calma, Cal sabía que sólo era cuestión de tiempo que empezara a agitarse y a hacer espuma.

Y las manos... las manos volverán.

"¿Alguna vez te conté la historia de la Gravera Forrester?" preguntó Hank, todavía de espaldas. Cal se dio cuenta de que le pasaba algo en la columna. Era difícil saber exactamente qué debido al aguacero,

pero no parecía estar derecho. "¿Sobre el alcalde y el cura?".

También tenía una mancha granate oscura entre los omóplatos. Cal tardó unos instantes en darse cuenta de que Hank no estaba encorvado como había pensado en un principio.

El chico tenía la espalda destrozada desde que Cal lo empujó de la cornisa y se golpeó contra la retroexcavadora.

Hank se giró.

"Lo sé, lo sé, suena a chiste malo, pero realmente Mooreshead tiene una historia profunda y rica".

Cal no dijo nada; sólo lloró en silencio.

¿Sabe siquiera que está muerto?

"¿No? ¿No te interesa? Bueno, ¿qué tal este? ¿Qué tal el del chico que empujó a su mejor amigo a La Fosa? ¿Sobre cómo estaba tan celoso de que su amigo consiguiera a la chica que simplemente lo mató? *Asesinó a* su mejor amigo. ¿Qué tal esa?"

Los ojos de Cal se abrieron de par en par cuando Hank se dirigió hacia él.

Demasiado para no recordar lo que pasó.

Los labios del chico se separaron de sus dientes, revelando una sonrisa siniestra. Sólo entonces se dio cuenta Cal de que Hal tenía los ojos negros como el carbón.

"Me mataste, Cal. Eras mi mejor amigo, te quería, y me has matado", siseó.

Cal se estremeció y dio un paso atrás.

"¡Lo siento!" gritó. "¡Lo siento mucho, joder! ¡No quería hacerlo!"

Hank siguió caminando hacia él a grandes zancadas que acortaron rápidamente la distancia que los separaba.

"Pensabas que Mooreshead era aburrido, ¿eh? Entonces, ¿qué, decidiste hacer tu propia excitación? ¿En qué estabas pensando? A la mierda Hank, a nadie le gusta el escuálido, bastardo con granos de todos modos. Lo mataré, haré una historia para mí. Luego huiré como un cobarde. ¿Eso lo resume todo?"

Cal sacudió violentamente la cabeza de un lado a otro.

"¡No! ¡No era mi intención! Ha sido un accidente".

Hank volvió la cara hacia la lluvia y se echó a reír. Balbuceó, tosió y luego dirigió sus ojos negros hacia Cal.

Su rostro ya no era joven, vibrante. Al igual que el Conservador, el rostro de Hank había cambiado.

Sólo que su amigo no se convirtió en un apuesto surfista de largo pelo rubio y pálidos ojos azules. En lugar de eso, se convirtió en algo... *horrible.* Algo muerto.

El barro y la suciedad se le pegaban a las fosas nasales en grumos gruesos, le empapaban los párpados hinchados y dejaban huellas sucias a los lados de la cara como arterias bronceadas. En las

comisuras de sus labios se agitaban gusanos como pequeñas lenguas blancas.

"Me has matado", siseó Hank. Algo parecido a un hipo recorrió su cuerpo, e instantes después varias patas delgadas y negras empujaron hacia atrás sus labios putrefactos. Cal observó horrorizado cómo de la boca de su amigo salía el caparazón entero de cinco centímetros de un escarabajo carroñero. Los ojos negros y brillantes del escarabajo, muy parecidos a los de Hank, miraron fijamente a Cal mientras se posaba en la mejilla del muchacho. "¡Tú me mataste y ahora yo voy a matarte a ti!".

Y entonces Hank arremetió.

Cal apenas consiguió esquivar el agarre de Hank. Las manos del chico pasaron a escasos centímetros de su cara, antes de que tropezara con él, casi cayendo encima de Robert en el proceso.

"Por favor", suplicó Cal mientras Hank echaba la cabeza hacia atrás, rociándose el pelo mojado de la cara. Su columna vertebral emitió un horrible sonido chirriante al hacerlo y, cuando sacó su cuerpo del barro, no parecía estar del todo bien.

La columna vertebral de Hank no estaba bien alineada.

"¿Este es tu amigo, Cal?" Hank dijo mientras se tambaleaba hacia él.

Al principio, Cal no estaba seguro de lo que decía y negó con la cabeza.

"¿Qué están...?"

Pero entonces se dio cuenta de que Hank no debía de haber visto a Robert hasta ahora, con la lluvia que estaba cayendo y el hecho de que estaba tumbado en el oscuro remolque de un lado.

"Ni se te ocurra", dijo Cal, con la voz repentinamente endurecida. "Aléjate de él".

Hank volvió a reír y el escarabajo de su mejilla se irguió como si posara para su propio ataque.

"Oh, ¿este es tu nuevo mejor amigo, ahora? ¿Es eso? ¿Vas a matarlo a él también?" Hank dio dos pasos adelante. "Te diré qué; te ahorraré la molestia y lo haré yo mismo."

Hank se inclinó hacia el rostro dormido de Robert y Cal se puso inmediatamente en acción.

"¡No!", gritó.

Las palabras de Seth Parson -no de hoy, sino de hace mucho tiempo- resonaron en su cabeza.

Tú también harás tu sacrificio algún día, Cal.

Y en ese momento, Cal tuvo la certeza de que eso era lo que el conservador metamorfo había querido decir. Se sacrificaría en ese momento, se uniría a Hank para que Robert pudiera salir del coma y acabar con todo esto.

Cal nunca estuvo hecho para liderar.
Cal estaba destinado a sufrir.
"*¡Alto!*", sonó otra voz detrás de ellos.
Cal se detuvo a media zambullida y se giró.
Y en ese momento, se dio cuenta de que estaba equivocado.

Capítulo 40

"¿Stacey?" Hank y Cal dijeron al unísono.

Stacy salió de las sombras y se acercó. Su rostro era exactamente como Cal lo recordaba; nunca podría olvidar el rostro de la chica que había deseado durante tanto tiempo.

La chica que Hank le había arrebatado, tomado por suya engañándole.

"¿De dónde... de dónde has salido?". balbuceó Cal.

Stacey le miró, hizo una mueca y luego se volvió hacia Hank.

"Lo que te pasó... Hank, fue un accidente. Un estúpido y extraño accidente".

La cara de Hank se contorsionó.

"No fue un accidente. Cal me empujó... quería que muriera. Me asesinó".

Cal se acercó sigilosamente al remolque y enganchó un pie detrás de uno de los asideros improvisados.

"¡No quería que murieras!", gritó. "Eras mi puto mejor amigo. Pero tú... ¡te acostaste con Stacey aunque sabías que la quería!"

Hank retrocedió como si le hubieran golpeado, pero Stacey fue quien contestó.

"No soy propiedad de nadie, Cal, ya te lo dije antes. No soy de tu propiedad, de ninguno de los dos".

Cal parpadeó con fuerza, limpiándose la lluvia de los ojos.

La conversación era extraña y tenía un aire de déjà vu aunque estaba un poco apagada.

Algo no va bien.

"Pero... pero... ¡él me empujó!" acusó Hank, apuntando con un dedo descompuesto al pecho de Cal.

Cal asintió mientras empujaba el remolque unos treinta centímetros hacia el borde de la Fosa.

Ahora sabía lo que tenía que hacer, cuál era su sacrificio, y no era atarse a su amigo muerto.

Su sacrificio fue dejarse llevar. Simplemente... dejar ir.

"Yo te empujé", admitió Cal, con los ojos bajos. "Y he vivido toda mi vida lamentando esa decisión cada día. No hay nada que pueda decir o hacer para mejorarlo, para cambiar lo que pasó. Sólo puedo decirte cómo me siento".

Cuando la única respuesta fue un relámpago, seguido rápidamente por un trueno, levantó los ojos.

Sólo que no miró directamente a sus amigos. En lugar de eso, se volvió hacia El Foso. El agua había empezado a burbujear en el fondo como un estanque lleno de miles de pececillos alimentándose.

No tengo mucho tiempo antes de que vengan de nuevo. Y cuando lo hagan, todo habrá terminado. No podré acceder al túnel, entrar en Médula 4.

Sus ojos saltaron de los de Hank a los de Stacey y viceversa.

"¿Cómo te sientes?" Stacey susurró.

Cal respiró hondo.

"Me siento como un pedazo de mierda. De verdad, me siento como una mierda caliente y humeante. Nunca quise hacer daño a nadie, y mucho menos a vosotros dos, mis mejores amigos. Sólo quería... algo más", se encogió de hombros. "Sé cómo suena eso, de verdad, pero es la verdad. Y siento lo que pasó más de lo que os podéis imaginar".

Stacey asintió en silencio, pero Hank no quería saber nada.

"No puedes cambiar los hechos, Cally-boy. Tú me mataste, y durante dos décadas he estado esperando para devolverte el favor. Ahora..."

Alcanzó a Cal en mitad de la frase, cogiéndolo desprevenido. Hank lo abrazó con fuerza y, cuando Cal intentó moverse, sus pies se atascaron en el barro.

Esto es todo... mi tiempo se acabó. Lo siento, Robert. Lo siento, Chloe y Shelly y Aiden. Os he decepcionado a todos.

Pero un instante antes de que las manos muertas lo alcanzaran, Stacey se interpuso entre ellos, con los brazos abiertos de una forma casi cómica. Rodeó a Hank con el mayor abrazo imaginable, uno que Cal deseaba darle pero no podía.

"¡No!" gritó Cal, pero ya era demasiado tarde. El cuerpo de Stacey se sacudió de inmediato y empezó a brillar. "¡No, Stacey! ¿Qué has hecho?"

Stacey giró la cabeza y le miró.

"Vete ahora, Cal. Tu sacrificio ha sido hecho. La madriguera *Leporidae* es larga y profunda, pero también va a estar mucho más llena cuanto más esperes."

Cal se dio cuenta de todo.

No se trataba de Stacey; después de todo, Stacey tendría ahora unos treinta años, mientras que esta chica, la que Hank besaba ahora hambriento con sus labios descompuestos, sólo tenía quince.

La madriguera de los Leporidae *es larga y profunda...*

Cal no dudó. Dio un golpe con el pie, haciendo girar el travois de Robert y luego empujó.

Patinó y empezó a descender por la pendiente de la cantera como un tobogán desbocado.

"Gracias", le susurró Cal al conservador. "Y lo siento, Hank. De verdad, de verdad".

Entonces saltó de cabeza a La Fosa.

Capítulo 41

El barro era más resbaladizo de lo que Cal recordaba de tantos años atrás y, como resultado, se deslizó mucho más rápido de lo que lo había hecho Hank la noche en que murió. A mitad de camino, tuvo que inclinar su dolorido cuerpo hacia un lado para evitar golpearse con la retroexcavadora que había acabado con la vida de su amigo.

Pero mientras que el descenso de Cal fue rápido, el de Robert fue como un tiro de canica sobre hielo. El travois *voló por la* ladera de La Fosa a la velocidad del rayo.

"*¡Maldito heeeeeeellllllll!*"

Robert cayó primero al agua y su travois saltó sobre la superficie antes de golpear bruscamente contra la pendiente opuesta. El cinturón que Cal había utilizado para sujetar las piernas a la madera debió de resbalar durante el descenso, ya que el cuerpo inconsciente de Robert empezó a deslizarse fuera del travois.

Cal se zambulló en el agua y aspiró una enorme bocanada de agua extrañamente salada. Resopló, escupió y, medio vadeando, medio nadando, se acercó a su amigo y lo agarró por los hombros justo antes de que se sumergiera por completo. Con un gruñido, obligó a Robert a volver a la tela oscura antes de apretarle el cinturón.

Luego miró a su alrededor.

Cal no estaba seguro de lo que esperaba encontrar en el fondo de la cantera, pero el resultado fue anticlimático. Pensó en las manos que una vez habían salido de las profundidades, las manos de los trabajadores a los que el alcalde Partridge había condenado a morir, y sintió cómo aumentaba su frustración.

Tiene que haber algo... una puerta, un portal, lo que sea. ¡Tiene que haber algo!

Cal miró desesperado a su alrededor, pero no vio más que agua burbujeante a su alrededor y lluvia cayendo a cántaros por los lados del terraplén. Justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, vio una parte de otra máquina de excavación arcaica que sobresalía del lateral del pozo e intentó acercarse a ella.

Pero no podía; tenía los pies atascados. Gruñó y trató de tirar de sus desgastadas zapatillas, pero esto sólo hizo que el barro le apretara aún más los tobillos.

"¿Qué coño?"

Cal buscó el travois y se agarró a él, tratando de utilizarlo para salir del barro.

Sólo empeoró las cosas.

Antes de que comprendiera lo que estaba ocurriendo, el barro había llegado a las rodillas de Cal.

Era inútil; cada movimiento sólo hacía que se hundiera aún más.

Cal decidió que no tenía otra opción. Con una plegaria silenciosa a un dios en el que no creía, agarró el travois con las dos manos y empujó los talones hacia abajo con toda la fuerza que pudo.

Se oyó un *sorbo* y, antes de que se diera cuenta, el barro le llegaba a medio muslo. Pero lo extraño fue que descubrió que podía mover los pies con libertad, como si el barro fuera sólo una fina capa y por debajo...

Cal volvió a empujar y, un segundo después, se encontró cayendo. Ajustó las manos en las asas del travois una última vez y gritó: "¡Aguanta, Bella Durmiente, vamos a caer!".

Capítulo 42

La caída duró sólo unos segundos antes de que Cal se desplomara sobre el duro suelo. El tobillo se le torció torpemente, pero no sintió dolor alguno. No tenía ni idea de si se debía al agotamiento, a los efectos de los fármacos que le había administrado el Dr. Transky o a algo totalmente distinto.

Tampoco le importaba.

Sus manos seguían extendidas hacia arriba, sus dedos se enredaban tentativamente alrededor de las asas del travois, pero Robert seguía en La Fosa arriba o, peor aún, sumergido bajo el agua.

Por un momento, la extrañeza del techo hizo que Cal se detuviera: podía ver una capa de suciedad húmeda que no debería estar ahí, que no debería permanecer en su sitio de la forma en que estaba. Al igual que él, debería haberse caído.

Era como una especie de extraño *Upside-Down* que hacía nadar su mente.

Un gorgoteo líquido le devolvió al presente y sacudió la cabeza. Luego tiró con todas sus fuerzas.

Robert *y sus amigos salieron* volando de la arena y Cal apenas consiguió apartarse. Se estampó con fuerza contra el suelo, rebotó una vez, pero aunque los párpados de su amigo aletearon, no se abrieron. Al menos seguía respirando.

"¡Joder, por qué no te despiertas!" gritó Cal. Su voz resonó por todo el pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de baldosas blancas de metro, igual que en sus diagramas. En el libro de Cal, sin embargo, la distancia entre las distintas paradas a lo largo de los túneles era corta, y cada una de las nueve ubicaciones estaba a tiro de piedra de la otra. Pero aquí, en el interior del túnel, la escala era diferente.

Muy lejos.

Hasta donde podía ver en cualquier dirección, sólo había más de las malditas baldosas.

Cal se levantó y su tobillo herido casi se dobló.

"¿Por dónde? ¿Por dónde coño?"

Intentó recordar de los diagramas si debía dirigirse al este o al oeste para dirigirse al Sagrado Corazón -por mucho que temiera el lugar, simplemente sabía que era allí donde tenía que regresar-, pero nada tenía sentido para él.

¿En qué dirección está el Oeste en el Upside-Down?

Cal sintió que su frustración empezaba a aumentar y estaba a punto de gritar cuando las luces del túnel parpadearon de repente. Entonces se le ocurrió algo que Robert había dicho hacía tiempo.

Los muertos... vienen cuando las luces parpadean...

"Se acabó el tiempo", dijo, agachándose para agarrar las asas del travois. Ahora las sentía casi naturales en sus manos, como una prolongación de sí mismo, dado el tiempo que llevaba sujetándolas.

"Si alguna vez salimos de esta, Robert, juro por Dios..."

Pero el ruido de pasos le robó las palabras de la boca.

Cal se giró a la derecha y luego a la izquierda. Aunque no pudo identificar de dónde procedía el sonido, vio que las baldosas no eran tan perfectas como había pensado en un principio: parecía que había palabras garabateadas en algunas de ellas. Rápidamente, corrió hacia la pared con Robert a cuestas.

Médula 4, decían las palabras. Debajo había dos flechas, una que apuntaba a la izquierda marcada con la *Médula 6*, mientras que la otra señalaba a la derecha, Médula 2.

Cal se devanaba los sesos intentando recordar qué número correspondía al Sagrado Corazón.

"Dos es... Jesús, ¿cuál es dos, otra vez?". Cal se metió la mano en el cinturón y sacó el libro, pero cuando abrió la primera página, se dio cuenta de que el agua del fondo de La Fosa había hecho que todas las imágenes se emborronaran.

"¡Joder!", maldijo, tirándolo al suelo. Aterrizó con un estruendo, al que siguió un gruñido inhumano procedente de algún lugar de las profundidades de las catacumbas.

Cal apretó los dientes.

¡Se me acaba el tiempo! ¡Ya vienen! ¿Cuál era el nombre del lugar extraño de nuevo, el-

"¡El condado de Askergan era el número 2!", exclamó. Bombeó un puño, luego tomó la decisión consciente de alejarse de la Médula 2 y dirigirse hacia la Médula 6. No estaba seguro de si éste era el camino hacia el Sagrado Corazón, si el Sagrado Corazón era el número 6, pero se le habían acabado las opciones.

Cal se puso en marcha en esa dirección, impulsado por más gruñidos guturales que parecían aumentar de volumen a medida que caminaba.

No había recorrido más de veinte pasos cuando apareció de repente una puerta a su derecha y Cal se asomó al interior.

La sala estaba llena de enormes tanques que llegaban casi hasta el techo. En el primero de ellos había un hombre, desnudo salvo por una máscara que le tapaba la nariz y la boca, suspendido en el líquido.

Cal sabía que tenía que seguir moviéndose, pero había una similitud tan extraña, casi fotográfica, con sus propios dibujos, que quedó hipnotizado por la visión.

La cara... es...

Cal tenía que averiguar si era *él quien* estaba dentro del tanque, por extraña que sonara la idea. Caminó hacia delante y entrecerró los ojos

con fuerza.

Tenía el pelo negro y la cara lisa y redonda. Su-

De repente, los ojos del hombre se abrieron de par en par, revelando unos orbes negros como la medianoche, y Cal se tambaleó hacia atrás. Su talón se enganchó en el remolque y cayó de culo.

Se dio cuenta de que no era él, sino uno de los hombres del Foso. Cal no sabía cómo lo sabía, simplemente lo sabía. Su alivio, sin embargo, por el hecho de que no estaba transpuesto de alguna manera en dos lugares a la vez, duró poco.

Cuando se puso en pie, se oyó un silbido y la parte delantera del tanque, una enorme sección de cristal curvado, empezó a inclinarse hacia delante. El agua burbujeó y se derramó por las costuras, y el hombre, que hasta entonces había permanecido inmóvil con los ojos muy abiertos, empezó a retorcerse.

Cal no necesitó ver más; mientras las luces parpadeaban y se atenuaban, agarró las asas del travois y empezó a correr hacia *Marrow 6*, esperando que no llegaran demasiado tarde.

Rezando para que el bebé de Shelly y Robert no hubiera nacido aún.

Capítulo 43

El tiempo se frunció. Ésa era la única forma en que Cal podía describir lo que ocurrió a continuación. Mientras corría, arrastrando a Robert detrás de él, el tiempo se *frunció*.

Al igual que la distancia.

Al cabo de unos minutos, Cal oyó voces familiares que resonaban hacia él.

Capítulo 44

Shelly gritó.

"*¡Ya viene! ¡Sácalo!*"

La habitación le daba vueltas y estuvo a punto de perder el conocimiento antes de que una mano le diera una fuerte bofetada en la cara.

"Oh, no lo harás", susurró Carson. "Vas a permanecer despierto para esto. *Necesitas estar despierto*".

A Shelly no le importaba nada más que sacar al niño de su interior. El dolor no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, ni quería volver a experimentar jamás.

Su vientre se tensó y esta vez se dejó llevar por la contracción, apretando todo lo que pudo.

Se oyó un desgarro y, por fin, algo de alivio en forma de liberación de la presión. Sintió que más líquido pegajoso cubría su parte inferior, pero no podía mirar.

"¡La cabeza!" Carson exclamó: "¡Puedo ver la cabeza!".

Volvió a producirse una oleada de tensión y Shelly chilló una vez más. Empujó y sintió que ambas piernas se le entumecían por completo mientras algo grande empezaba a arrastrarse fuera de ella.

"¡Alto!", gritó una voz y, al principio, pensó que era Carson, o tal vez Leland. Pero cuando la orden llegó por segunda vez, se dio cuenta de que no era ninguno de los dos. Era la voz de Cal y, por fin, Shelly se animó a abrir los ojos.

Capítulo 45

"¡Alto!" Gritó Cal al entrar en *Médula 6*, la sala situada justo debajo del Orfanato Sagrado Corazón.

Creyó que había vuelto a dar la orden, pero estaba demasiado abrumado por el horrible espectáculo que tenía ante sí para estar seguro.

Shelly estaba desnuda, tendida en una camilla metálica como una cerda anestesiada preparada para el matadero. Tenía las piernas, las muñecas y el cuello atados con bramantes y la parte superior cubierta de sudor.

Pero esto palidecía en comparación con el desastre de cintura para abajo.

Había sangre por todas partes: gruesas manchas oscuras de sangre coagulada manchaban sus piernas y la camilla, mientras que nuevas manchas rojas cubrían la parte inferior de su incipiente vientre.

Y ella estaba *coronando*, buen Dios si no estaba *coronando* ante sus ojos.

Cal pudo ver la parte superior de la cabeza de un bebé que empezaba a sobresalir de entre sus piernas, con un mechón de pelo negro enmarañado pegado al deformado cuero cabelludo.

Carson estaba de pie junto a la cabeza de Shelly susurrándole algo al oído, sonriendo ampliamente.

Leland, vestido con su chaqueta vaquera desteñida patentada, el sombrero negro calado y ocultándole la cara, estaba de pie contra la pared del fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

"Me alegro de que puedas venir, Cal. Has llegado justo a tiempo", dijo Leland con calma.

"¡Para!" Cal repitió, pero esta vez la palabra salió como un gemido.

Pero cuando Shelly volvió a gritar, se dio cuenta de que sus palabras eran inútiles. Leland debió de llegar a la misma conclusión, pues se echó a reír.

Shelly había llegado al punto de no retorno.

"Demasiado tarde, Cally-boy. Llegas demasiado tarde. El bebé está aquí."

Y entonces, con un último grito que casi revienta los tímpanos de Cal, el bebé brotó en un géiser de líquido.

Shelly se quedó en silencio, al igual que todos los presentes. Excepto, por supuesto, el recién nacido que lloraba en .

Capítulo 46

Demasiado tarde... llegas demasiado tarde...

Después de todo lo que le había costado llegar hasta aquí, después de todo lo que había pasado, Cal aún era demasiado tarde para poner freno a lo inevitable.

El bebé de Shelly y Robert había nacido, y ahora sólo era cuestión de minutos *que* cogieran al niño y lo unieran a los vivos y a los muertos. Y entonces las puertas del Infierno se abrirían, y la quiddidad de la Médula podría fluir de nuevo a este mundo.

A Cal sólo se le ocurría una cosa que hacer, una última y desesperada jugada para poner fin a aquel horror.

"Dame el bebé", siseó.

Carson acunaba al niño y le arrullaba la cara cubierta de sangre, mientras el cordón umbilical seguía unido a su ombligo y la placenta enterrada en el interior de Shelly.

Leland se apartó de la pared.

"Sí, buena suerte con eso".

Mientras hablaba, la Cabra inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, mostrando cientos de dientes diminutos y puntiagudos que reflejaban la luz incandescente como hojas de afeitar a la luz de la luna.

Cal sintió que el miedo le recorría, pero pensó que aún estaba a tiempo. Después de todo, aún tenían que matar a alguien para cumplir el triunvirato. Pero cuando Leland rió, una carcajada seca como madera a la deriva que se desmorona, Cal se dio cuenta de que había vuelto a cometer un error fatal.

El cabrón iba a hacerlo él mismo: Leland iba a hacer de muerto, ya que, técnicamente, había muerto hacía tiempo a manos de Sean Sommers.

"Dame al niño, Carson. Tú sostén un brazo y yo sostendré el otro. Abramos las puertas, hijo. Terminemos con esto".

Carson asintió con la cabeza y rodeó la camilla, acunando con fuerza al niño que lloraba.

A Cal se le encogió el corazón. Incluso si conseguía llegar hasta Carson y someterlo de algún modo, eso seguiría dejando a Shelly y a sí mismo como posibles componentes vivos de la santísima trinidad.

"Llego tarde", susurró, a lo que Leland respondió con otra risa chirriante.

"¡Por fin! Después de todos estos años", exclamó Leland mientras alzaba la mano y agarraba el ala de su sombrero negro entre dos garras. "Después de todos..."

"Yo me encargo a partir de aquí, Cal", le interrumpió de repente

una voz desde detrás de él. "Esto es, después de todo, un asunto familiar".

Capítulo 47

Robert ignoró la conmoción en el rostro de Cal y, tras examinar brevemente la escena, confirmó su decisión. Había llegado al momento en que Cal le había arrastrado a la habitación, a *Marrow 6,* y mientras se hacía el remolón, había sopesado sus opciones.

Sólo había un movimiento que tuviera sentido para él, sólo un acto que pudiera salvar el mundo, al menos por el momento.

Robert sólo esperaba que Cal supiera qué hacer después de haber interpretado su papel, pero dado que su amigo le había traído hasta aquí, tenía pocas dudas.

Ahora era el show de Cal, y él estaba absolutamente, inequívocamente de acuerdo con eso. A pesar de todos sus defectos, Cal era un hombre bueno y honesto.

Y el mundo haría bien con él a cargo de proteger a los vivos de los muertos.

"¡Robert! Robert, estás... *¡despierto*!" exclamó Cal.

Robert asintió enérgicamente y se adelantó.

"Ah, hijo, estoy tan contento de que estés aquí para ver esto. ¡Estoy tan contento de que estemos juntos otra vez!"

Robert se volvió hacia Carson, que le hacía cosquillas en la barbilla cubierta de sangre y vérnix.

"Bienvenido de nuevo, hermano", dijo con una sonrisa.

Leland se arrancó el sombrero de la cabeza y lo tiró al suelo, y Robert se encogió instintivamente.

El rostro de Chloe Black estaba destrozado, lleno de cicatrices, deformado, pero al menos era reconociblemente humano. En cambio, el rostro de Leland era de una negrura pura, como el petróleo en la noche, sólo interrumpida por miles de dientes puntiagudos que recorrían el ancho de su sonrisa demoníaca.

En el lugar de los ojos había dos fosas rojas brillantes.

La visión de la cara de la Cabra era tan horrible, tan *malvada*, que Robert estuvo a punto de reconsiderar su decisión.

Pero no lo hizo.

Le tocaba hacer el último sacrificio.

No se abalanzó sobre el bebé, como esperaban Carson y Leland, y tal vez Cal, sino sobre el propio Leland.

Porque Leland era el tercio muerto de la Trinidad, y si lograba llegar hasta él, si Robert lograba rozar su carne muerta, ambos serían enviados de vuelta a la Médula. Porque, a pesar de lo que dijera su padre, él significaba algo para aquel hombre, y si lograba entrar en contacto con él estarían intrínsecamente unidos, del mismo modo que James Harlop había estado unido al atizador de hierro forjado que

había utilizado para descerebrar a su mujer y el doctor Andrew Shaw había estado unido a su cuaderno.

"¡No!" rugió Leland, dándose cuenta por fin de lo que Robert pretendía hacer. Pero comprendió demasiado tarde.

¡Ya voy, Amy! ¡Ya voy!

Robert no quería mirar a su bebé, dado que ya había perdido uno, pero no pudo evitarlo. Cuando su cuerpo, lanzado como un proyectil, pasó junto a su hermano, giró la cabeza y posó los ojos en su hijo por primera y única vez.

Se dio cuenta de que era una niña. Una preciosa y perfecta niña.

Te quiero, Shelly, consiguió pensar justo antes de entrar en contacto con Leland. *Por favor, cuida de nuestro hijo.*

"¡No!" Leland rugió de nuevo.

Sí, pensó Robert mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. *Sí.*

Con los brazos extendidos, agarró a su padre.

Sólo que nunca lo tocó.

Justo antes de que hicieran contacto, Robert sintió que algo en su interior se rompía.

Capítulo 48

¡Ahora, Helen! ¡Te necesito ahora! ¡Adelante! ¡Toma el cuerpo de Robert ahora!

Capítulo 49

Cal observó la escena que se desarrollaba ante él con mórbida fascinación.

No era él quien tenía que hacer el último sacrificio, se dio cuenta, sino Robert. Ahora lo sabía, igual que sabía que iba a arrebatarle el bebé a Carson incluso antes de que el hombre lo soltara.

Sin embargo, aunque consiguió atrapar al bebé antes de que cayera sobre la camilla, la otra parte de la ecuación, el sacrificio de Robert, simplemente no se materializó.

Cal oyó gritar a Leland, pero enseguida se echó a reír.

Shelly gruñó y expulsó la placenta, y Cal, aprovechando la distracción, dio un paso adelante y con la mano libre metió la mano debajo de la mesa. Sus ataduras estaban unidas por una cuerda central y, de un tirón, consiguió liberarla.

Miró hacia allí y vio que, efectivamente, Leland estaba abrazando a Robert, pero cuando alcanzó a ver los ojos de su amigo, estaban completamente hacia atrás.

Helen, pensó miserablemente. *Helen había aparecido.*

Él la había visto hacer esto una vez antes, en el orfanato de arriba. Robert no podía atarse a Leland cuando Helen estaba a cargo de su cuerpo, porque ella, como la Cabra, estaba muerta.

Sin embargo, Cal no estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener su dominio. Pero sabía que no sería mucho.

Con el bebé en un brazo, se inclinó y metió la mano por detrás de la cabeza de Shelly. Con un rápido movimiento, consiguió sentarla. Sus ojos se pusieron en blanco y pareció despertarse.

"¿Qué está pasando?", susurró.

Cal la bajó de la camilla y se sorprendió de que, a pesar de la pérdida de sangre y de haber dado a luz a un niño, fuera capaz de arrastrarse con él.

Sus ojos se posaron en el bebé que lloraba en el brazo de Cal.

"¿Es... es mi hijo?", sollozó.

Cal asintió mientras la bajaba sobre el travois. Luego apretó el recién nacido contra su pecho desnudo.

La tela negra que formaba la base del travois era más larga por un lado, y la volteó sobre Shelly y su bebé. Por un segundo, le cubrió la cara, y le recordó a Chloe y la capa que solía llevar.

Antes de salir corriendo de la habitación, Cal se volvió una última vez para despedirse de su amigo.

Leland seguía abrazando a Robert, pero ahora Carson también los había abrazado. Los ojos de Robert empezaron a aclararse mientras Helen descendía de nuevo a las profundidades de su mente. Cuando se

despejaron por completo, Cal volvió a oír la risa de Leland.

Luego se dio la vuelta y huyó de *Médula 6*.

Robert, como el bebé estrechado en los brazos de Shelly, también era hijo de dos guardianes y, entre la Cabra y Carson, la santísima trinidad estaba completa.

Cal iba por la mitad del pasillo blanco cuando, de repente, todo quedó bañado por una luz imposiblemente brillante.

Y entonces se abrieron las puertas del infierno.

Capítulo 50

Cuando las luces parpadearon, el Director Ames volvió los ojos hacia el cielo, con el ceño fruncido.

Se estabilizaron y bajó la mirada hacia el hombre que realizaba la operación.

El Dr. Simon Transky estaba de pie con un bisturí sobre el cerebro expuesto de Landon Underhill, con una expresión de confusión en el rostro. Bajó el bisturí, pero retrocedió antes de hacer contacto. Repitió esta acción varias veces antes de sacudir la cabeza y alejarse de la mesa de operaciones.

Colocó el bisturí en el plato de plástico con forma de riñón y luego se quitó la mascarilla de la cara con una mano enguantada.

"¿Ames? Veo ambas cortezas cinguladas anterior y posterior agrandadas, y también..."

Una erupción de luz, como si hubieran lanzado una granada de fragmentación dentro del quirófano, aturdió a Ames y éste se tambaleó. Lo único que le impidió caer fue el gran escritorio de roble situado a su derecha.

¡"Si! ¡Si! ¡Al suelo! Han fallado!", gritó, agarrándose a los lados del escritorio mientras el suelo bajo sus pies empezaba a temblar. "¡Han fallado, *joder*!"

Epílogo

Amy Watts volvió los ojos hacia arriba justo cuando el cielo empezaba a silbar y arder. Lo había visto antes, por supuesto. Lo había visto cada vez que su abuelo venía de visita.

Pero había pasado tiempo desde que Leland la había llevado en el barco a la isla y la había dejado allí. Él le prometió que volvería, que regresaría a por ella, pero ella empezaba a tener sus dudas.

Le gustaba su abuelo. No tanto como papá -cómo echaba de menos a papá-, pero el abuelo era bueno con ella. Por eso, cuando el cielo estalló en llamas, en lugar de asustarse como de costumbre -las caras de las llamas daban miedo, porque no paraban de gritar, chillar y cambiar-, se emocionó un poco.

Amy bajó la mirada y acarició la tortuga en miniatura que tenía en la mano. La criatura arqueó el cuello, la miró y pareció asentir.

"Viene el abuelo", dijo Amy en voz baja.

La tortuga parpadeó.

Se oyó un crujido, como un relámpago seco, y Amy volvió a mirar hacia el cielo.

Su corazón se hundió.

El abuelo no iba a venir.

No había nadie.

De hecho, todo el mundo se iba.

Había un agujero en el cielo, un gigantesco abismo que empezaba a arremolinarse, ondulando a lo largo de los bordes como el ojo de un tornado.

Y entonces las caras, las caras que asustaron tanto a Amy que no había dormido en lo que parecía una eternidad, empezaron a formarse en el fuego, sólo para ser arrastradas por el vórtice y llevadas lejos.

Con un suspiro, volvió a mirar a la tortuga que tenía en la palma de la mano. La tortuga la miraba con ojos de oro.

"No, no va a venir", dijo Amy Watts, luchando contra las lágrimas. "Nadie va a venir a por nosotros. Nadie".

FIN

Nota del autor

Robert lo intentó. Cal lo intentó Shelly definitivamente lo intentó. Y a su manera, también lo hicieron Chloe y Aiden.

Este no es el final del viaje de la familia de la Serie Embrujada, ni mucho menos. Pero sí es el final de este arco argumental.

En esencia, The Haunted Series es el viaje de un hombre y sus amigos que aceptan quiénes son y las difíciles decisiones que tienen que tomar al pasar de ser individuos normales a algo más. También trata de la idea del yo, de lo que significa ser *uno mismo* y de la importancia que eso tiene en la vida.

Ah, mierda, ¿a quién quiero engañar? También trata de fantasmas y demonios y el diablo y el infierno y todas esas cosas buenas. No voy a mentir… es muy divertido escribir sobre Rob y su pandilla, sobre sus aventuras a menudo chapuceras.

Espero que hayan disfrutado de estas hazañas, porque yo sí lo he hecho. Un año y seis libros después… ha sido un viaje emocionante. Hay mucho más en este mundo por explorar, incluyendo las aventuras de Ed y Allan en la Médula y, por supuesto, las consecuencias de las acciones de Robert al final del libro.

Me complace anunciar que el Libro 7 de la Serie Embrujada ya está disponible para pedidos anticipados. Titulado *Sacrificio*, contará la historia de lo que ocurre después de que la Médula se desplace hacia atrás, hacia la tierra de los vivos. Realmente creo que vais a disfrutar con éste. Y, como siempre, si tienes algún comentario, sugerencia o simplemente quieres charlar, escríbeme a mi página de Facebook o envíame un correo electrónico.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Patrick

Montreal, 2017

Libros de Patrick Logan

La serie embrujada
Libro 1: Tumbas poco profundas
Libro 2: El séptimo pabellón
Libro 3: La prisión de Seaforth
Libro 4: Crematorio de Scarsdale
Libro 5: Orfanato del Sagrado Corazón
Libro 6: Orillas del tuétano
Libro 7: Sacrificio

Serie Insaciable
Libro 1: Piel
Libro 2: Galletas saladas
Libro 3: Carne
Libro 4: Parásito
Libro 4.5: Nudillos
Libro 5: Puntadas

Trilogía de valores familiares
Bruja
Madre
Padre
Hija

Relatos breves
Actualización del sistema

¿Necesita una dosis de suspense?

¡Echa un vistazo a mi éxito de ventas Chase Adams FBI Serie disponible exclusivamente en Amazon!

Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)

Primera edición: Diciembre 2023